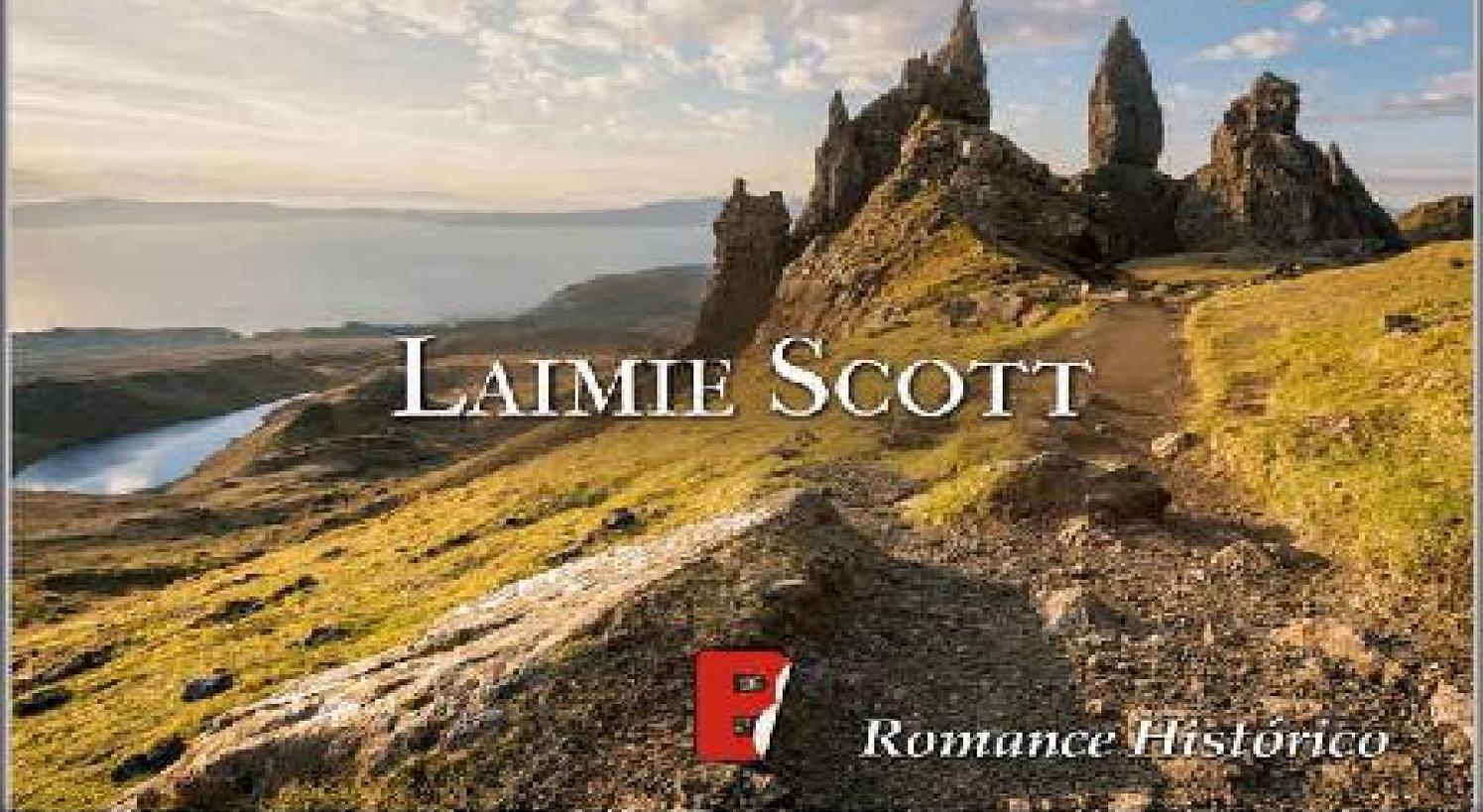


Selección RNR



LA ÚLTIMA LECCIÓN



LAIMIE SCOTT



Romance Histórico

La última lección

Laimie Scott



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

La venganza es el manjar más sabroso condimentado en el infierno.

Sir Walter Scott (1771-1832)

PRÓLOGO

Escocia se encontraba sumida en un período de agitación. Tras la derrota de la casa Estuardo en el último intento de estos por sentarse en el trono de las islas, con la devastadora humillación en Culloden Moor, el gobierno de Londres hacía efectiva una nueva proclama. La consigna era clara: no habría un tercer intento de sentar a un Estuardo en Londres. Para evitarlo, el parlamento había redactado una serie de normas que resultaron atroces para todos los jacobitas, nombre con el que se conocía a los seguidores de Jacobo Eduardo Estuardo, y en especial para aquellos que habitaban en la parte norte del país, en las Tierras Altas o *Highlands*. Era en estas donde se había concentrado el mayor número de rebeldes, calificados como tales según el gobierno británico. Las directrices de la *Dissarming Act*, como dio en llamarse, ordenaban el fin del sistema patriarcal de los clanes escoceses. La abolición de los derechos sucesorios de la nobleza de las *Lowlands* o Tierras Bajas, que colindaban con la frontera de Inglaterra. La total erradicación de la causa jacobita que simbolizaba el uso de las prendas tradicionales escocesas como el *kilt*, el *plaid* o prendas que conllevaran el tartán del clan al que pertenecía. Las gaitas como símbolo del folclore tradicional. El uso de armas de fuego o la conocida *claymore*, espada de doble filo, siendo encarcelado todo aquel que fuera encontrado en posesión de alguna, por un período de seis meses. En caso de reincidir, el sujeto podría ser enviado a las plantaciones de su majestad, en el Nuevo Mundo.

Con el paso del tiempo, los escoceses fueron perdiendo toda capacidad de

reacción y de intento por devolver al Estuardo al trono. Sin embargo, la llama de la rebelión no se extinguió del todo en muchos jacobitas que, a su manera, lograban burlar las leyes británicas.

El ambiente festivo se dejaba notar en toda la localidad de Fort William. Este enclave había pasado a manos inglesas después de la última rebelión, y de igual modo, los pueblos aledaños a esta. No era raro, por lo tanto, para sus habitantes, encontrarse patrullas de soldados ingleses por las calles, cumpliendo su cometido de mantener el orden. La causa de los Estuardo no parecía extinguida en su totalidad y todavía quedaban algunos reductos de resistencia, en especial, al norte del país. En el sur, la región conocida como las Tierras Bajas o *Lowlands*, la gente parecía haber aceptado la derrota de una manera más tranquila y pacífica. Pero no se descartaba que en cualquier momento algún jacobita exaltado pudiera iniciar otra rebelión.

En una de las tabernas de la localidad, una pareja de soldados ingleses acababa de hacer una alto. Cuando entraron en esta, las miradas de los allí presentes no parecieron ser amistosas. Que los escoceses tuvieran que acatar las normas de Londres no significaba que también tuvieran que ser amables con sus oficiales. Y esta era la nota que prevalecía en aquel ambiente. Los dos soldados tampoco eran ajenos al rencor y la desconfianza, ya que acababan de perder toda esperanza de restaurar a la casa Estuardo en el trono.

—Buenas tardes —anunció el hombre de mayor rango de los dos. Vestía el uniforme del regimiento de infantería: casaca de color escarlata bajo la cual se veía un chaleco blanco con botones dorados, pantalones del mismo color que su chaleco y botas de cuero negro sucias del barro y del polvo del camino. Llevaba una espada de empuñadura dorada en su mano derecha.

El silencio de los parroquianos fue la respuesta que recibió. Y solo el tabernero se dirigió a los dos hombres para servirles, más por ganarse unas

monedas que porque en verdad deseara ver allí a dos *sassenachs*, palabra que empleaban para referirse a los ingleses, con un cierto toque de desprecio.

—Lamento decirles que va a celebrarse una fiesta privada. Y que no han sido invitados.

Los dos ingleses asintieron y echaron un vistazo al local que aparecía engalanado.

—Tampoco creo que suceda nada por quedarnos a tomar algo, ¿no creéis? —El tono áspero y hasta cierto modo amenazante del inglés hizo que el tabernero cerrara las manos y las apretara contra sus costados—. Cerveza. Dos.

—Déjalo, amigo. Siempre podemos ir a otro lugar —comentó el otro soldado, que vestía de igual forma salvo por los puños de su chaqueta, que eran de un solo color, rojo en vez del azul del oficial.

—Me gusta este sitio, Nigel. Y tengo ganas de ver una fiesta local, ¿tú no? ¡Vamos esas cervezas! —apremió al tabernero con un golpe en el mostrador y una mirada de advertencia a este—. Entiende que los escoceses no están acostumbrados a estar bajo la supervisión de Londres —recordó el oficial con una media sonrisa. Cogió su jarra de cerveza y la alzó para efectuar un brindis—. ¡Por el rey Jorge!

Solo su colega acompañó dicho brindis. Los presentes en la taberna ni siquiera se molestaron en murmurar el nombre del rey extranjero que se asentaba en el trono. Esa situación era la que peor llevaban los derrotados: un monarca alemán sentado en el palacio de White Hall, en vez de un legítimo heredero como era Jacobo Estuardo.

La puerta de la taberna se abrió en ese mismo instante. Una pareja entró entre risas, seguida de varias personas más. La alegría que parecían compartir desapareció con la misma rapidez con que la bruma se levantaba por la mañana en aquellos parajes. La muchacha se quedó parada frente al oficial inglés, quien la contempló con extrema curiosidad y sonrió.

Ella desvió su mirada y prosiguió su camino seguida por un hombre joven.

El oficial no apartó su atención de esta ni siquiera cuando se sentó a una de las mesas que había libres al fondo, junto a la chimenea en la que ardía un buen fuego. Tenía el cabello rizado del color de las hojas en otoño, la tez pálida y de apariencia suave. Los ojos verdes refulgían llenos de vida, la boca era pequeña, pero los labios perfectos para robarle un beso.

—Deja de mirarla. Es una escocesa.

—Hermosa criatura —asintió levantando su jarra para brindar por ella cuando la joven captó la atención de él.

—Una más de tantas que hay en estos parajes. Tú tienes un extenso ramillete de pretendientas, Travis.

—No me interesan.

—¿Ni siquiera ahora que ha terminado la guerra aquí? Te recuerdo que a los jacobitas ya no les quedan fuerzas ni ganas de volverse a rebelar. Y menos después de las proclamas de Londres contra estos. Ha llegado la hora de que te retires y te asientes en el campo, que formes una familia.

—Antes de buscarme una esposa, prefiero irme al Nuevo Mundo a combatir contra los franceses y los indios —le aclaró con una sonrisa irónica—. No, amigo. El ejército es mi esposa. La única que necesito y la única que me entiende.

—¿Qué me dices de la hija de lord Huntingdon? No irás a decirme que no te has dado cuenta de cómo te mira.

—Lucila es una criatura encantadora, pero... entiende que no tengo intención de enredarme con ella. Pero con esa muchacha... No me importaría retozar con ella en el heno o en una cama. Su aspecto de rebelde me incita a seducirla —comentó señalando a la joven que un momento antes había entrado en la taberna en compañía de otras personas.

Laimie McDonald estaba exultante pese a las circunstancias. La guerra había arrasado una gran parte de sus tierras, las proclamas de Londres habían terminado por despojarla de lo poco que le quedaba, pero, sin embargo, todo ello no había restado ni un solo ápice de ilusión por su cercana boda. Esa

tarde había acudido a casa de los McIvor para acordar los últimos detalles del enlace, antes de dirigirse a la taberna para hacer una pequeña e íntima celebración. Pero cuando llegaron a esta y se encontraron con dos ingleses, su dicha se tornó en rabia y amargura. Fergus, su prometido, observó cómo el semblante de ella había cambiado en el mismo instante en que su mirada se cruzó con la del oficial inglés, pero no le dijo nada. Decidieron proseguir su celebración como si ellos no estuvieran presentes.

—El enlace se celebrará por todo lo alto pese a la situación que atravesamos —dijo un exultante Robson McDonald alzando una jarra para brindar.

—¿Dónde habéis pensado vivir? —preguntó la madre de ella, Flora McDonald—. Laimie asegura que en las tierras de los McIvor.

—He acondicionado la casa para que ella pueda trasladarse allí —comentó Fergus mirando a sus futuros suegros—. Dado que, tras la rebelión, gran parte de mi familia no regresó, hay demasiado sitio.

Laimie se mostró dichosa de que ello fuera a suceder. No veía que llegara el momento de convertirse en la esposa de Fergus.

—En ese caso, brindemos por el enlace —propuso Roy McIvor ajeno a todo lo demás que sucedía a su alrededor.

Laimie se percató de cómo el oficial inglés tenía puesta su mirada en ella de una manera que le producía cierta repulsa. Ella apartó la suya de él y volvió a centrarse en su familia y amigos. Los pocos que habían sobrevivido a la última guerra en el país. Deseaba que la paz y tranquilidad llegaran a aquellas tierras de una maldita vez. Pero sus deseos se iban a ver empañados.

—Parece que están celebrando algo. Tabernero, ¿qué celebran?

—El enlace de Laimie McDonald con Fergus McIvor —respondió, de mala gana, este.

—Vaya, de manera que se trata de una boda. Deberíamos felicitarlos, ¿no crees? —preguntó mirando a su colega Nigel.

—Es mejor que nos marchemos. Tenemos un largo camino hasta...

—Tenemos tiempo de sobra. —Travis avanzó hacia el lugar donde Laimie y sus familiares permanecían reunidos.

Ella lo vio caminar hacia donde se encontraban. Altivo y poderoso, con una jarra en una mano y la espada en la otra. Se detuvo a la altura de ella y, tras hacer una leve reverencia, se dirigió a los presentes.

—Me han dicho que esta es una fiesta privada.

—Así es —le comunicó Fergus sin perder la mirada al oficial—. Y le rogaríamos que nos dejara tranquilos.

—Sois algo desagradecido, joven. Solo vengo a mostrar mis respetos a los novios. ¿Eres tú el prometido de la joven? —preguntó haciendo un gesto con el mentón en dirección a Laimie.

Ella apretó los dientes y cerró sus manos hasta que los nudillos palidieron. No toleraba la presencia de ningún *sassenach* allí, en su celebración.

—Lo soy.

—En ese caso, te felicito, muchacho, por tan hermosa futura esposa. Brindemos. ¡Mesonero, trae de beber!

Laimie fijó su mirada en el oficial inglés. No le gustaba nada que se hubiera entrometido en la celebración. Esperaba que se marchara con el otro después de haber brindado.

—Tomad —dijo entregándole una jarra a Fergus. Cuando todos los presentes tuvieron su correspondiente bebida en sus manos, Travis alzó la suya—. ¡Por los novios!

Ninguno de los allí presentes hizo ademán de brindar y, mucho menos, beber. No porque no le desearan felicidad a los novios, sino porque no aceptaban el brindis de un inglés. Este gesto captó la atención del oficial Travis, quien sostuvo su jarra en alto sin llevársela a la boca para beber. Dirigió su mirada a los presentes y frunció el ceño, contrariado.

—¿Sucede algo? ¿No es de vuestro agrado la bebida? —preguntó sin que ninguno de ellos respondiera. Travis se sintió ignorado y ofendido. Sonrió

irónico ante este gesto y dejó la jarra en la mesa.

Nigel observó a su superior temiéndose lo peor. No estaban en un lugar apropiado para armar jaleo. Estaban en inferioridad.

—Déjalos. Los estamos importunando.

—He hecho un brindis por los novios y nadie lo ha seguido. ¿Qué sucede? ¿Acaso mi dinero no es bueno? —preguntó encarándose con Fergus.

—No es eso.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No queremos tratos con ingleses —le dejó claro como si lo estuviera retando con su mirada. Aquel gesto alertó a Laimie, quien se incorporó de su asiento al temer lo peor.

Travis sonrió de manera cínica.

—Vaya, de manera que se trata de eso —comentó lanzando una mirada de los pies a la cabeza a Fergus—. ¿No os ha quedado claro que ahora mismo Escocia está bajo dominio inglés? Perdisteis la guerra mientras el Estuardo huía a Francia con el rabo entre las piernas —le espetó, riéndose, mientras Fergus sentía arder el rostro.

—Déjalo, Travis. Es mejor irse —insistió Nigel cogiéndolo del brazo.

—No hasta que este maldito jacobita brinde conmigo —le aseguró sin apartar la mirada de Fergus. Travis parecía estar dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias para lograr su propósito.

—Déjalo, Fergus —le pidió Laimie y lo sujetó de los brazos para hacerlo volver en sí. Pero su prometido no parecía predispuesto a hacerle caso en su reclamación.

Laimie temía la reacción de su prometido, pero más si cabía la del oficial inglés.

—¿Vais a hacerle caso a vuestra prometida? ¿Vais a esconderos bajo sus faldas? Yo, con gusto, lo haría —le aseguró, sonriendo de manera socarrona, mientras en su mirada aparecía un destello de lujuria que terminó por encender a Fergus.

Ninguno de los presentes esperaba el golpe del joven en el rostro de Travis. Ni mucho menos que el oficial inglés acabara en el suelo con el labio partido y la jarra hecha pedazos mientras el contenido se derramaba por el suelo.

Laimie lo contempló con el pecho azorado, la sangre bullendo en sus venas y el pánico en su rostro. Lanzó una mirada al oficial que se incorporaba del suelo con una sonrisa de satisfacción. Lo vio despojarse de su guerrera escarlata y, tras doblarla de manera elegante, entregársela a su compañero.

—Solo será un momento, Nigel —le aseguró cogiendo su espada ante el estupor y el miedo de todos.

—Perdonadlo —exclamó Laimie sujetando a Travis por las muñecas para evitar que extrajera su espada de la vaina.

—Ha agredido a un oficial de su majestad el rey. Y exijo una satisfacción. ¿Estáis vos dispuesta a concedérmela? —le preguntó deseando que ella se la ofreciera como pago por no acabar con su prometido.

—¿No nos habéis humillado bastante ya?

—Repito, ¿estáis dispuesta a cambiaros por vuestro prometido? Con gusto lo aceptaré —insistió disfrutando de ese momento.

—Apártate, Laimie. —El tono frío y áspero de Fergus no le dejó la menor duda de que estaba dispuesto a batirse.

—Préstale tu espada, Nigel —le ordenó Travis sin apartar la mirada de Fergus—. Saldremos detrás a solventar este asunto.

—No lo hagas, Fergus. Te matará —le imploró Laimie con la mirada vidriosa.

—Es tarde para echarse atrás. Y tú no vas a entregarte a ese cerdo inglés —le aseguró y caminó hacia la parte posterior de la taberna seguido por todos los demás asistentes.

Laimie sentía que el corazón se le encogía a cada paso que daba hacia el exterior de la taberna. Algo dentro de ella le avisaba de que aquello no podía terminar bien para ella.

Travis desenvainó su espada y, tras sacudirla en el aire un par de veces para

comprobar su filo y su flexibilidad, se puso en guardia a la espera de su adversario.

—No temas, Laimie. A lo mucho que llegará será a herirme. Pero no puedo consentir que nos insulte.

Laimie entrelazó sus manos a la vez que su madre la arropaba con su brazo.

—¿Estáis dispuesto? —preguntó Travis mirando de manera fija a su oponente.

—Cuando queráis.

Se estudiaron desde la distancia mientras sus espadas se limitaban a acariciarse de manera lenta. Pero pronto, Travis comenzó a imprimir un ritmo y una destreza de la que adolecía Fergus. Cuando el filo de la espada del primero rasgó la tela de la manga de la camisa de Fergus, Laimie no pudo evitar sobresaltarse pese a que era su madre la que la sujetaba. Ahogó el grito en su garganta, pero no pudo evitar que su corazón se acelerara.

—No sois mal oponente, pero sabed que no tenéis nada que hacer contra mí. El manejo de la espada requiere práctica y horas de dedicación. Uno no puede aprender en poco tiempo lo que otros hemos perfeccionado con los años. Cómo engañar a tu adversario con un ataque por su derecha y cambiarlo en el último instante hacia su izquierda. ¡Ajá! —exclamó Travis, triunfante, al abrirle otra herida en el otro brazo a Fergus.

Laimie temía el peor de los escenarios. Travis no se conformaría con derrotar y humillar a Fergus. Iba a matarlo por pura diversión.

Fergus sentía el escozor de ambas heridas así como la sangre empapar la tela de su camisa y recorrerle el brazo en dirección a su mano. En un momento, sintió su palma caliente y pegajosa, y como la empuñadura de la espada parecía resbalar de sus dedos.

—No... —murmuró Laimie cuando comprendió que Travis se estaba divirtiendo con él. Jugando como el gato hacía con el ratón antes de comérselo. En ese momento, Fergus se doblaba por la mitad tras recibir una estocada mortal en su vientre. Laimie lo contempló caer al mismo tiempo que

su espada lo hacía sobre la hierba. Corrió a su encuentro en medio de los gritos y los sollozos. Se aferró al cuerpo de Fergus en el momento en el que la poca vida que le quedaba se le escapaba por la boca con un último suspiro. Una última sonrisa, una última mirada antes de que Fergus cayera inerte sobre el suelo. El dolor se aferró al corazón de Laimie para convertirlo en su prisionero. No habría rescate posible para que volviera a ser libre. Se inclinó sobre su prometido u dejó que las lágrimas le bañaran el rostro mientras el llanto se hacía más y más acusado. Lo besó, cerrando los ojos, en un intento de despertarlo. Pero Laimie era consciente de que estaba muerto. Asesinado de manera vil por un maldito inglés. El dolor dejó pasó a la rabia contenida y la furia comenzó a tomar forma dentro de ella. De manera lenta, levantó la cabeza para dejar su mirada pendiente en Travis. Lo vio devolver su espada a la vaina y charlar con el otro oficial como si no hubiera sucedido nada. Como si acabar con la vida de un hombre no fuera para él más que un mero pasatiempo.

Laimie sintió que el odio la levantaba, que la venganza la instaba a tomar en su mano la espada con la que Fergus se había batido. La empuñó con una decisión que heló la sangre de los presentes y se irguió desafiante.

—¡Travis, cuidado! —la advertencia de Nigel tal vez lo salvara de una herida mayor. Se giró a tiempo para evitar que el mandoble de espada le hiriera el brazo.

Con un movimiento ágil arrojó la vaina de su espada lejos. Sonrió al ver a Laimie dispuesta a batirse con él.

—¡Vaya, la novia está enfadada! —exclamó con sorna, parando con su espada cualquier intento de ella por causarle el más mínimo rasguño.

Laimie se dejaba llevar por la rabia y el odio hacia él. Y sus golpes se perdían en el vacío, o bien eran repelidos por Travis sin esfuerzo alguno. En una ocasión, este le palmeó el trasero cuando ella pasó de largo ante él. Aquel gesto enfureció todavía más a Laimie, que volvió a la carga hasta que Travis le arrebató la espada de un fuerte golpe. Laimie se vio derrotada, desesperada

en su estéril lucha contra el *sassenach*. Pero se mantuvo erguida y orgullosa ante él esperando que le diera el golpe de gracia y pudiera reunirse con su prometido.

—No voy a mataros si es lo que estáis esperando.

—Harías bien en hacerlo —le aconsejó Laimie rechinando los dientes con furia, apretando los puños contra los costados de sus ropajes sucios y contemplando a Travis con una frialdad extrema—. Porque os juro que llegará el día en que me cobre mi venganza.

Travis sintió un escalofrío en su espalda. No supo precisar si fue la manera en que tenía ella de contemplarlo o la forma en la que pronunció aquellas palabras lo que se lo provocó.

—Su muerte ha sido en justa lid.

—¡Su muerte ha sido un asesinato a sangre fría! Todos hemos visto cómo os habéis divertido con mi prometido —le aclaró deslizando el nudo que apretaba su garganta. No quería sollozar, ni menos llorar delante de él en ese momento.

—No debió llevarme la contraria cuando lo invité a beber. Si tanto temíais por su vida, haberos cambiado por él. —Travis sonrió arqueando sus cejas—. Con gusto habría aceptado ese cambio.

—¡Idos al infierno! —Laimie se contuvo de hacer cualquier estupidez. Sabía que en ese instante se dejaba arrastrar por el dolor, la ira, la rabia... Todos esos sentimientos que podrían hacerla cometer una equivocación mayor. No. Esperaría a que su momento llegara porque estaba convencida de que así sería. Tendría su venganza. No pararía hasta ver el filo de su propia espada apuntando a Travis, y entonces cumpliría con su cometido.

Travis no la perdió de vista, puesto que temía que volviera a intentar acabar con él. Por suerte, Nigel había recogido su espada, la había limpiado y la había devuelto a su vaina. De manera que podían irse de allí sin temer por sus vidas. Antes de regresar al interior de la taberna, Travis lanzó una última mirada a Laimie y lo que percibió en sus ojos no le hizo la menor gracia.

Seis meses después

—Acordaos de lo que os dije el primer día que vinisteis. La empuñadura es como un pajarillo. Si la aferráis con fuerza, lo acabaréis estrangulando con vuestros propios dedos. De lo contrario, si lo asís con demasiada delicadeza —el hombre propició un toque suave con su espada a la que Laimie sujetaba extendida frente a él, y esta cayó de la mano de ella para su sorpresa—, echará a volar. Debéis encontrar la fuerza justa y necesaria para que la empuñadura no padezca ninguna de las dos situaciones.

Laimie resopló escuchando a su maestro de esgrima. Desde la fatídica muerte de Fergus, Laimie se había empeñado en aprender a manejar la espada de igual forma que había visto hacer a Travis. Había jurado acabar con él y no cejaría en su empeño hasta verlo tendido sobre un charco de sangre en el suelo. Pero ella misma estaba comprobando que aprender a manejar la espada no era nada fácil. Siempre recordaba las palabras que Travis le había dicho a Fergus: se tardaban años en aprender y en perfeccionar cada lance, cada movimiento. Pero ella no podía esperar años a consumir su venganza. Por eso, practicaba día tras día. Noche tras noche, a la espera de convertirse en una consumada duelista.

—En ocasiones, tengo la ligera impresión de que os dejáis llevar por la pasión, Laimie —le aseguró McGillvrai entornando la mirada hacia ella. El viejo maestro de armas sabía cuáles eran los motivos de aquella obcecación por parte de la joven McDonald en querer manejar la espada como el mejor

—. Así no lograréis vuestro objetivo.

Laimie bajó el florete hasta que la punta abotonada rozó el suelo de madera. Sonrió con desgana ante aquella apreciación tan cierta.

—Tenéis razón. Me dejo llevar por la pasión. No puedo controlarla.

—La pasión no os hará lograr vuestros fines. Debéis dejar fuera de combate a vuestro adversario de una manera rápida, limpia y eficaz. Con el menor riesgo para vos. Evitad morir y, si es inevitable, acabad con vuestro contrincante —le aseguró sosteniendo la mirada acuosa de ella.

Laimie recordaba la escena en la que Travis se había divertido con Fergus con cada uno de sus lances.

—En mi caso, es inevitable, maestro McGillvrai.

Este le sostuvo la mirada.

—Sé por qué vinisteis a verme y a pedirme que os enseñara esgrima. No creáis que los años me han hecho perder la capacidad de percibir el motivo por el que la gente contrata mis servicios. Y vos queréis acabar con la vida de ese oficial inglés. —Aquella revelación captó toda la atención de Laimie—. Dejadme decir que no es tarea nada sencilla.

—Lo sé. Lo vi acabar con la vida de mi prometido delante de mí —le dijo de manera resuelta y fría.

—Sabed que ese oficial es de los mejores tiradores de espada que conozco. Y que, con gusto, yo mismo acabaría con él —le aseguró con un destello de rabia en su mirada—. Pero el tiempo no pasa en balde —se apresuró a dejarle claro con una media sonrisa amarga.

—¿Tanto lo odiáis? —Laimie arqueó su ceja derecha con expectación—. Sé de buena mano que él viene a practicar con vos.

—Tengo que comer. No puedo rechazar el dinero que me ofrecen. Además, a él le cobro el triple que a vos —le aseguró con una sonrisa zorruna—. Y siempre procuro que no coincidáis aquí. Para evitar males mayores. ¿Me comprendéis?

—Pero a mí no me cobráis nada —le recordó Laimie sorprendida por este

hecho.

—Por eso le cobro el triple. Lo vuestro y lo suyo. No puedo rechazar a los oficiales ingleses por mucho que su presencia me disguste, señorita McDonald.

—¿Acabáis de decirme que Travis es una de las mejores espadas de Inglaterra? —preguntó Laimie con el ceño fruncido, como si no lo hubiera comprendido bien.

—Exacto. Un hombre despiadado en combate, pero equilibrado y frío a la vez. Comete pocos fallos cuando se bate en duelo.

—Pareéis conocerlo demasiado bien.

—Hablo por la manera en la que practica esgrima cada viernes cuando viene aquí.

—Y decidme, ¿creéis que llegará el día en el que pueda vencerlo? —indagó Laimie inquieta y deseosa por saber la verdad de todo aquello.

McGillvrai cambió el semblante de repente. Apretó los labios y sacudió la cabeza de manera leve.

—Hoy en día no lo conseguirías.

—Pues sigamos practicando —lo instó Laimie levantando su arma al mismo tiempo que adoptaba su posición de combate.

—¡No! —vociferó el maestro de armas con un golpe seco de su florete que desarmó a Laimie una vez más—. Estáis cansada y continuar solo supondría dejaros llevar por el ímpetu. Cometeríais errores que podrían ser fatales. No. Es mejor descansar hasta mañana.

Laimie permaneció en silencio, con los labios apretados. Bajó la mirada hacia sus manos cubiertas por guantes de piel.

—¿De qué sirve que me esfuerce si al final no lograré mi propósito?

—No desesperéis. Llegará vuestro momento.

—¿Cómo no voy a hacerlo después de lo que os he preguntado y me habéis respondido?

—Os he dicho que a día de hoy no estáis preparada para derrotar a Travis

en un combate.

—Entonces queréis decir que, con el tiempo, podría lograrlo. —Laimie experimentó una ola de calor, de entusiasmo, que volvió a encenderle el ánimo.

—Con la ayuda adecuada.

La respuesta de McGillvrai alertó a Laimie, quien no comprendió a qué se refería el viejo maestro de armas.

—¿A qué os referís?

—No a qué, sino a quién. —Laimie frunció el ceño, intrigada por aquellas palabras que, más que aclararle, la sumían en una clara confusión—. Conozco a alguien que puede perfeccionar más vuestro estilo y enseñaros algunos trucos.

—¿Pues a qué estáis esperando para decírmelo? —le preguntó Laimie cuyo corazón iba ganando velocidad hasta que llegó el momento en que pensó que se saldría de su pecho.

McGillvrai sonrió comedido al ver el ímpetu de la muchacha.

—No será sencillo. Tendréis que convencerlo para ello.

—¿Está retirado?

—Después de la derrota en Culloden decidió apartarse de este mundo. Se refugió en sus tierras en el norte y, al parecer, nadie sabe qué demonios hace allí. He conocido a gente que asegura haberlo visto y charlado con él. Pero dicen que después de la guerra se ha vuelto un hombre huraño, hosco, que no gusta de tener visitas. Alexander Murray de Atholl es un hombre marcado por la guerra. Él es el hombre del que os hablo. Vive en el castillo de Blair, en las tierras de Atholl.

—Derrotado como todos nosotros —apuntó Laimie con la mirada perdida en el vacío.

—Vos perdisteis a vuestro prometido. Él perdió a toda su familia, esposa e hijos incluidos.

Laimie contempló a McGillvrai con los ojos abiertos como platos.

—¿Creéis que me aceptará?

McGillvrai sonrió.

—¿Quién sabe lo que pasa por su cabeza?

—No pierdo nada con ir a comprobarlo.

—Odia a los ingleses tanto como vos.

—En ese caso...

—Ya os digo que uno no sabe por dónde va a salir. Tened en cuenta que podría incluso mataros por presentaros en Blair.

—Correré el riesgo. No tengo nada que perder.

—Pero sí mucho que ganar, señorita McDonald. Y ahora sería mejor que os marchaseis antes de que mi siguiente alumno se presente.

El sonido de pasos en la entrada hizo que tanto McGillvrai como Laimie se volvieran hacia el sirviente del primero.

—Con su permiso. Travis Monroe espera en la entrada. Pregunta si tenéis un hueco para recibirlo, ya que le han surgido una serie de asuntos que le impiden venir mañana.

Escuchar aquel nombre hizo que Laimie palideciera de repente. Pero no fue la única, puesto que cuando volvió el rostro hacia McGillvrai, este presentaba idéntico semblante.

—Debéis marcharos cuanto antes. Si os ve aquí... —le aconsejó el maestro de armas a la vez que caminaba hacia una de las paredes de la sala y presionaba un pestillo imperceptible a la vista desde cierta distancia. La pared se abrió dejando paso a un largo pasillo—. Esta es una salida que os conducirá a la misma calle. Solo tenéis que...

—Vaya, estáis ocupado —la voz de Travis al este entrar en la sala de prácticas hizo que tanto McGillvrai como Laimie giraran el rostro hacia él.

Laimie sintió que el pulso se le aceleraba de una manera brusca al quedarse frente al hombre que había asesinado a su prometido. Cerró las manos en un intento por contener su furia y las apretó contra los costados de su cuerpo; lamentó no disponer de un florete en ese momento.

—La señorita ya se marchaba —dijo McGillvrai en su intento por hacer desistir a Travis de lo que presumía que iba a suceder.

El oficial inglés caminó de manera lenta y segura hacia la pareja, con una sonrisa de satisfacción dibujada en su rostro. Acababa de reconocer a la mujer en cuestión.

—¿Por una puerta falsa? ¿Acaso se trata de vuestra amante? —preguntó acercándose hasta ella. Se quedó quieto durante unos segundos en los que estudió con detenimiento el rostro de ella, tras los que sonrió divertido—. ¡Qué agradable sorpresa encontraros de nuevo! Si es la novia enfadada. Veo que el tiempo transcurrido desde nuestro primer encuentro os ha cambiado... para mejor, sin duda. —Travis dejó que su mirada recorriera el cuerpo de ella desde la punta de sus botas hasta el último de sus cabellos—. Reconozco que este atuendo de esgrima os favorece.

Laimie entrecerró los ojos y dirigió todo su odio hacia aquel hombre. Con gusto se batiría en duelo con él. Pero debía ser fría, paciente y recordar las palabras de McGillvrai. No estaba aún preparada para ese enfrentamiento.

—¿Enseñando a traidores? —Travis apartó su atención de la mujer para fijarla en el viejo maestro.

—No rechazo a ningún aprendiz, y vos lo sabéis mejor que nadie. Vos sois inglés y, en mi calidad de escocés y jacobita, podría negaros la presencia aquí. Pero lo poco que me ha dejado vuestro gobierno me obliga a dar clases de esgrima a cualquiera que pueda pagarlas, sin tener en cuenta su procedencia.

—Si ahora estáis pasando penurias es porque combatisteis en el bando de los traidores. Bien, veamos qué has aprendido —dijo Travis con satisfacción mientras se desabotonaba su casaca y la arrojaba contra la pared, la que quedó arrugada sobre el suelo—. Dadle una espada, McGillvrai. Voy a enseñaros un par de cosas que vuestro prometido ya conoció en su momento. —Travis cogió uno de los floretes y, tras comprobar que no tenía el botón de protección, lanzó una primera estocada para buscar sorprender a Laimie.

Esta se rehízo con rapidez y le pasó el golpe, lo que produjo una nueva sonrisa de satisfacción en Travis.

—Bravo, de entrada habéis conseguido detener mi estocada de una manera más rápida y eficaz de la que lo hizo vuestro difunto prometido.

Laimie trató de mantener la cabeza fría en todo momento y así centrarse en el duelo. Era consciente de que Travis buscaría desestabilizarla con comentarios acerca de lo ocurrido con Fergus. Por ese motivo debería mantener la cabeza despejada. Retrocedió unos pasos para rehacerse y ponerse en posición. El cruce de los aceros hizo saltar chispas. El sudor comenzó a empapar su camisa bajo el peto de protección que todavía llevaba puesto.

McGillvrai se movía con cada lance de ambos contendientes. En ocasiones, parecía ser él quien se estuviera batiendo con Travis. Indicaba con sus gestos a Laimie hacia dónde debía orientar sus estocadas.

—Bueno, voy a enseñaros un par de cosas —le dijo Travis divertido, agitando la puna de su florete delante de ella para dejarlo caer de manera suave en sus costados y cortar así los nudos que ceñían el peto de protección a su cuerpo—. Una taque falso doble.

Laimie se sintió más ligera. El peto cayó a sus pies en un abrir y cerrar de ojos, para su sorpresa y la de McGillvrai. Este pensaba que si no hacía algo, Travis se divertiría con ella hasta que se cansara y después... Con gran destreza la fue conduciendo hacia la salida que le había indicado segundos antes de que Travis apareciera. Era la única vía de escape que Laimie tendría. Ella se percató al momento de este hecho y fue caminando hacia atrás como si se viera perdida, lo cual aumentaba el ímpetu de Travis en sus estocadas.

—No os defendéis nada mal —mencionó Travis sonriendo con diversión—. Pero creo que...

En el momento en que estiraba su brazo para propinar una estocada que la hiriera, Laimie se apoyó sobre la pared, la hizo haciendo y, por lo tanto, desapareció tras esta. Caminó por un corredor iluminado con antorchas

mientras a su espalda escuchaba los gritos de Travis maldiciendo aquella jugada.

—¿Qué diablos...? —Travis desclavó la punta de su florete de la pared y buscó a continuación el mecanismo que abría la pared. Pero no lo encontró. Furioso, se volvió hacia McGillvrai—. Vos tenéis algo que ver en todo esto. ¿Por qué le estáis enseñando esgrima?

—Ya os lo he dicho. No rechazo a ningún cliente que pueda pagarme lo que pido por mis enseñanzas.

—Sois un traidor, McGillvrai, y como tal podría mandaros arrestar.

—¿Por enseñar esgrima?

—Por dar cobijo a traidoras como ella —exclamó colérico, extendiendo su brazo hacia la pared por la que Laimie acababa de desaparecer.

—No tengo la menor idea de si es partidaria de un rey o de otro. Os repito que no me interesan las inclinaciones políticas de mis alumnos. —McGillvrai se mostraba comedido en sus explicaciones. Sabía que no le convenía mostrarse autoritario o rebelde con Travis, puesto que podría buscarte unas complicaciones que no deseaba. Observó al oficial inglés apretar los labios con furia y, a continuación, partir el florete en dos y dejarlo caer sobre el parque.

Travis recogió su casaca del suelo y, con paso presuroso, abandonó el salón de armas ante la atenta mirada de McGillvrai. Una tímida sonrisa se perfiló en sus labios. De momento, había conseguido que ella salvara la vida y, de paso, ver a Travis algo ofuscado porque ella se le hubiera escapado. Pero McGillvrai tenía una cosa clara y era que no iba a permitir que él asesinara a sangre fría a Laimie, y menos en su casa.

Laimie corrió como si el mismísimo diablo fuera tras ella. Llegó al final del corredor por el que McGillvrai le había dicho que continuara hasta salir a la calle. Empujó una puerta de madera que aparecía ante ella y se asomó con sumo cuidado. Al parecer, se encontraba en una especie de callejón sucio y algo lóbrego para su gusto. Cerró la puerta tras ella y comprobó que no podía

abrirse desde fuera. Luego, tras recuperar el aliento por unos segundos, emprendió el camino a casa sin más demora. Debía huir de Travis por el momento. No estaba preparada para enfrentarse a él. Y no estaba dispuesta a dejarse matar a sangre fría como había sucedido con Fergus. No. Tendría paciencia. Se volvería más cuidadosa y fría a la hora de llevar a cabo su venganza. Sabía que su momento llegaría, y ella debía estar dispuesta para aprovecharlo.

Llegó a casa envuelta en una fina capa de niebla que había comenzado a extenderse por toda la ciudad. La oscuridad era latente pese a que era media tarde tan solo. Empujó la cancela de entrada, recorrió el corto camino de losetas deslustradas que conducían a un tramo de escalones, los subió con paso presuroso y llamó a la puerta haciendo sonar la aldaba con insistencia.

Laimie no esperó a que quien abriera le preguntara, sino que entró deprisa, sin pararse. Cuando estuvo en el salón, a salvo de sus temores y junto al fuego del hogar, Laimie cerró los ojos y soltó todo el aire encerrado en su interior. Por un instante, llegó a pensar que el corazón iba a estallarle y que entonces ya nada tendría sentido en su vida. Vivía para vengarse del mismo hombre que había cruzado su florete con ella hacía escasos minutos.

—¿Qué sucede, hija? ¿A qué ha venido esta manera de presentarte en casa?
—preguntó su padre, quien se mostraba inquieto por el comportamiento de ella.

—Travis. Lo he visto —respondió entre jadeos. Se incorporó para quedarse apoyada contra el saliente del hogar y dejar su mirada fija en el vacío.

—¿Al inglés? —preguntó la madre de ella con la voz ahogada en su garganta. Contempló a Laimie asentir despacio.

—Apareció cuando McGillvrai y yo habíamos terminado nuestra lección por hoy —comenzó explicándoles, sin lograr frenar los latidos en su pecho.

—¿Te reconoció? —El tono de alarma en la voz de la madre hizo que Laimie deslizara el nudo que apretaba su garganta sin dejarla hablar. Por ese motivo, esta se limitó a asentir.

—Pero ¿y qué ha sucedido? —Su padre se mostraba contrariado por verla allí, en aquel estado de agitación, aunque estaba convencido de que se debía a que había logrado escapar, pues no traía consigo su capa de paseo.

—Me reconoció y le pidió a McGillvrai que me entregara un florete para batirme con él. Quería saber cómo me desenvolvía con este.

—¿Te has batido con el inglés? —preguntó su padre con el ceño fruncido.

—Sí, y a duras penas he logrado escapar. McGillvrai me había indicado una salida secreta que conducía hasta un callejón detrás de su casa.

—Ese hombre no parará hasta dar contigo —se aventuró a decirle su madre con un gesto de pesadumbre.

—McGillvrai me ha aconsejado que me marche al norte. A las tierras de Atholl.

—¿Para qué? —preguntó su madre extrañada por aquella repentina marcha.

—Debo encontrar al jefe del clan Murray de Atholl y pedirle que me adiestre con la espada.

—Pero...

—McGillvrai lo conoce. Me asegura que para vencer a Travis debo practicar más. Y que el único que puede hacerlo es él. Y más ahora que ese *sassenach* ha descubierto que estoy aprendiendo esgrima aquí en la ciudad. No me dejaría continuar.

—El clan Murray de Atholl siempre fue partidario de los Estuardo. Combatieron en ambas rebeliones bajo sus banderas hasta que fueron casi exterminados —comenzó a narrar su padre con la mirada perdida en las llamas del fuego que ardía en el hogar—. Todos perdimos a nuestros seres queridos en la última guerra.

—¿Conoces al tal Alexander? —Laimie entornó la mirada hacia su padre e hizo la pregunta con cierta cautela por lo que este pudiera referirle.

—Un ferviente defensor de la casa real Estuardo. Gran estratega. Feroz en el combate gracias a su destreza con la espada. Familia de George Murray, el lugarteniente de Jacobo Estuardo. Desde que este se marchó a Francia junto

al joven principie Estuardo, Alexander se ha encargado de las tierras y del castillo de Blair, junto a los pocos supervivientes. Sí, sin duda que McGillvrai sabe lo que hace.

—Debo prepararme para irme cuanto antes. Ese cerdo *sassenach* sabe que estoy viva. Es cuestión de tiempo que pueda encontrarme, madre —le aseguró Laimie preocupada por todo lo que estaba sucediendo—. Si me quedo, acabará conmigo como lo hizo con Fergus. Y mi venganza no tendría sentido.

—Diré a Archie que te acompañe.

—Pero solo hasta llegar a las tierras de Atholl. Después ha de regresar. McGillvrai asegura que Alexander es un hombre huraño y violento. Podría emprenderla con él.

—¿Y contigo? —preguntó su madre alarmada por aquellas palabras.

—No creo que se atreva a hacerle nada a una mujer solitaria —le aseguró Laimie en su intento por calmar a su madre—. Y, además, le diré que voy de parte de McGillvrai.

—Pero...

—Debemos dejarla partir, Flora. O de lo contrario ese inglés removerá toda la ciudad en su busca. No he olvidado la manera en la que te contempló aquel fatídico día en la taberna —le recordó su padre con un tono cargado de resquemor y tristeza—. No, es mejor que parta esta misma noche hacia las tierras de Atholl. Voy en busca de Archibald.

—Debo hacerlo, madre. Debo irme para regresar y cumplir con mi objetivo. Se lo debo a Fergus.

Aquel juramento que había hecho sobre su tumba el día que le dieron sepultura la perseguiría hasta el fin de sus días. O hasta que lograra acabar con Travis. Solo entonces Laimie podría descansar.

Travis estaba poseído por una furia sin precedentes. No esperaba volver a ver a aquella muchacha a la que él le había arrebatado a su prometido. Decir que

no le había gustado que sucediera sería cometer perjurio. Estaba más bonita de lo que la recordaba. Después de todo, el volver a estar soltera le favorecía. Y cuando su rostro se encendió durante los lances del duelo... Travis había deseado rasgarle la camisa para dejar su blanquecina y suave piel al descubierto. Sonrió al imaginársela de ese modo. Pero de repente volvió a pensar en sus lecciones, en el maestro de armas que le había dado cobijo y le estaba enseñando. ¡Malditos jacobitas! Uno no podía fiarse de ninguno de ellos. De ninguno de sus vecinos o amigos. ¿Qué haría ella ahora? ¿Seguiría con sus lecciones o las abandonaría? Él prefería que continuara y, a ser posible, con el mismo maestro. De ese modo, podría observar sus avances, su cuerpo doblarse para permitir que su ropa se ajustara a su curvilínea figura. Sí. «Apuesto a que no ha conocido los placeres de la carne», pensó sonriendo con lascivia. Volvería al día siguiente al estudio de esgrima para verla de nuevo.

Cuando todo estuvo dispuesto para emprender la marcha, Laimie se despidió de su padre y subió a su caballo. El joven Archibald la acompañaría para que nada malo le sucediera. No obstante, Laimie sabía defenderse sola de los peligros. El hecho de llevar tiempo aprendiendo a manejar la espada la dotaba de una seguridad en sí misma, así como cierta confianza en sus padres, que no había tenido jamás. La muerte de Fergus la había convertido en una mujer completamente diferente. Más fría y más calculadora de mente. Dura y resistente como una roca. Por eso, aquel viaje a las Tierras Altas no le representaba demasiado obstáculo.

—Cuida de ella. Ya sabes que es algo testaruda a la hora de tomar decisiones —le pidió el padre de Laimie a Archibald en el momento en que ambos se quedaron a solas.

—Descuidad, señor. Haré todo lo posible por que llegue a salvo a las tierras del clan Atholl.

Laimie se despidió de su madre, quien la contemplaba partir con la mirada

vidriosa.

—Pronto regresaré. Antes de que te des cuenta de que me he marchado, me verás cabalgar de vuelta a casa. No creas que un mal nacido *sassenach* podrá mantenerme alejada de casa por mucho tiempo. Además, juré acabar con él por lo que le hizo a Fergus.

—Ten cuidado, hija.

—¿Has pensado en lo que harás si Alexander Atholl no acepta tu petición?
—la pregunta de su padre arrancó una sonrisa irónica a su hija.

—No te preocupes padre. Lo hará. Acabará tan harto de mí que no le quedará otra opción que aceptarme. No pienso rendirme a las primeras porque él se muestre reacio a enseñarme esgrima.

—No obstante, si no accediera a ello, vuelve a casa. Buscaremos la manera de esconderte.

—Lo haré. —Laimie se lo prometió sabiendo que no cumpliría esa promesa. Su orgullo estaba por encima de la rendición. No conocería la derrota. Su clan apunto había estado de ser masacrado en la última guerra contra los ingleses. Y ella había perdido a su prometido. «No habrá más derrotas», se decía día tras día a sí misma.

Laimie y Archibald emprendieron el camino en medio de la oscuridad que empezaba a caer sobre la región, pese a ser media tarde. Los días comenzaban a acortarse en demasía con la llegada del otoño. El cielo tenía el color gris plomizo y una tibia niebla comenzaba a descender para ocultar los tejados de las casas. Ella lo había decidido así para no perder ni un solo minuto. No quería dar opción al inglés a pensar demasiado en ella y que comenzara a buscarla por toda la ciudad hasta dar con ella. No. No se lo permitiría. Por eso cabalgaban a buen ritmo mientras salían de las murallas de Fort William. Su intención era andar toda la noche o una gran parte de esta hasta haberse alejado lo suficiente de su casa y de la posibilidad de que Travis la encontrara.

—¿En serio piensas quedarte aunque Alexander Murray rechace tu

proposición para que te enseñe esgrima? —Archibald no parecía convencido del todo.

—Al final lo hará.

—Pero no es muy frecuente que una mujer aprenda a manejar una espada para batirse en duelo. Y que conste que apoyo todas tus decisiones para acabar con ese cerdo inglés de Travis por lo que le hizo a Fergus.

—Es la única manera de hacerlo. En un duelo. Si acabara con él de otra manera, me arrestarían, me juzgarían y me ahorcarían. Y no es eso lo que pretendo. Si al final yo terminara colgando del extremo de una soga..., ¿qué bien le haría a Fergus? —Laimie entrecerró sus ojos y dirigió su mirada interrogante a Archie.

—En eso tienes razón. Un duelo ante padrinos y demás gente siempre es considerado como algo legal. Sería la mejor manera de lograr tu venganza.

—Sí, he de lograrla, aunque me lleve años. Pero lograré tener a Travis a merced de mi florete —le aseguró Laimie convencida de que así sucedería.

—Tal vez deberíamos detenernos en algún lugar para descansar. No creo que nadie nos persiga esta noche.

—Quiero llegar cuanto antes al castillo de Blair. Allí podremos descansar.

—¿Estás pensando pasar la noche allí?

—Es la mejor manera de comenzar, ¿no crees? Si pretendo que Alexander se convierta en mi maestro de esgrima, la mejor manera que tengo es presentarme ante las puertas de su castillo pidiendo cobijo. Después llegará el momento de hablar de armas. Y ahora vamos, démonos prisa o no llegaremos nunca.

Los dos azuzaron a los caballos para que aumentaran el ritmo de sus pasos. Laimie sentía la intensidad del momento. Quería llegar lo más pronto posible al castillo de Blair para conocer a su actual inquilino. Antes de proponerle nada quería estudiarlo con detenimiento.

El castillo de Blair se divisaba a lo lejos pese a la oscuridad. Su fachada de color blanco estaba salpicada por el negro de sus tejados de pizarra y sus

cúpulas en los torreones. Existía un camino de tierra que conducía hasta su entrada y que se abría paso en medio de la agreste vegetación. Durante los últimos años, el castillo había sido transformado en una casa o mansión de estilo georgiano. Por fortuna, la última guerra no parecía haberlo alcanzado y se mostraba orgulloso ante los ojos de los dos viajeros. Laimie sintió una punzada de orgullo cuando lo contempló en todo su esplendor. Sin duda que era uno de los castillos más emblemáticos de la región y de la nación. Si era cierto que Alexander Murray de Atholl se alojaba en este, eso quería decir que no había sido transferido a manos inglesas, gracias a Dios. Muchos de los castillos y palacios de Escocia habían cambiado de dueño con la misma rapidez y facilidad con que lo hacía una moneda de mano. Londres regía no solo la política de Escocia tras la derrota de esta en Culloden, sino que, además, se había adueñado de las riquezas y emplazamientos más emblemáticos, como los castillos de la capital, de Stirling o de Fort William.

Laimie detuvo su caballo ante la entrada principal. Se apeó y levantó la mirada hacia lo alto para poder contemplar algo más del edificio. Bien era cierto que la oscuridad de la noche dificultaba en gran medida este hecho. Pero las antorchas y algún que otro farol que habían diseminados por la entrada permitían contemplarlo.

Laimie se acercó a la entrada principal y cogió la aldaba de la puerta para dejarla chocar con fuerza contra esta. Esperó a que alguien se acercara a abrirles mientras Archibald desmontaba. El sonido de pasos anunció esa llegada, y el posterior chirrido de la cerradura lo confirmó. Los goznes emitieron un lamento prolongado y, después, se dejó ver la figura de un hombre algo entrado en años que, con un farol en su mano derecha, miró con extrañeza a Laimie.

—¿Qué deseáis? —El tono cavernoso del hombre no asustó a Laimie, quien no perdió su sonrisa afable.

—Buenas noches. Mi sirviente y yo estamos de paso en estas tierras y se nos ha hecho de noche. Vimos luz en el castillo y entendimos que estaba

habitado. Por eso, pedimos si sería posible pasar aquí la noche. —Laimie adoptó un gesto de desesperación en su intento por hacerle comprender a aquel hombre que no tenían otro sitio dónde ir a esas horas.

El desconocido carraspeó sin saber muy bien qué decir, ya que en lo que a él concernía, no era el señor de Blair.

—¿Qué sucede, Jhonas? —la pregunta provino del interior de la casa mientras el sonido de pasos se acercaba a la puerta.

Laimie estiró el cuello un poco para poder ver a la persona que caminaba en ese momento hacia la puerta. La oscuridad reinante en el corredor le impedía verlo con claridad. Pensó que serían los sirvientes del tal Alexander, por lo que se preparó para contarle la misma historia a otro de estos. Pero, entonces, la aparición de aquel hombre le cortó la respiración y sus palabras quedaron a la espera de un momento mejor.

—Unos viajeros que piden pasar la noche aquí —comentó el tal Jhonas volviendo su rostro hacia el recién llegado.

El extraño entrecerró sus ojos y dirigió una mirada inquisidora a Laimie, lo que le provocó a ella un leve sobresalto. Ladeó su cabeza como si la estuviera evaluando desde otra perspectiva. Cogió el farol que Jhonas tenía en su mano y lo acercó hasta su rostro para detenerse en ella. No estaban acostumbrados a recibir visitas en mitad de la tarde, noche ya. Y menos que fueran una mujer joven y un criado.

—¿Qué quiere? —preguntó haciendo un gesto con su mentón hacia ella.

Laimie necesitó unos segundos para recomponerse y ganar aplomo ante la presencia de aquel hombre de aspecto fiero e intimidatorio. No alcanzaba a verlo bien, pero debía decir que el haz de luz que arrojaba el farol sobre el rostro de él le hacía tener la imagen de un hombre del que sería mejor escapar cuanto antes.

—Pasar la noche, ya que se nos ha hecho algo tarde... —Laimie sentía como los nervios se adueñaban de su cuerpo y se aposentaban en su estómago sin que ella pudiera remediarlo. Pero lo cierto era que la mirada de aquel

extraño no dejaba de intimidarla.

El recién llegado asintió en silencio, le entregó el farol de vuelta a Jhonas mientras él caminaba de regreso a la oscuridad de la entrada, sin inmutarse por las visitas.

—Déjalos entrar.

La orden se escuchó desde el interior y complació en gran medida a Laimie. Archie la contemplaba sin querer saber si ella sabía lo que estaba haciendo.

—Gracias.

—Oh, no me las de a mí, señorita. Ha sido el señor quien ha accedido a tal menester —explicó Jhonas señalando con el pulgar hacia la reinante oscuridad de la casa que se había tragado al otro hombre.

Laimie se detuvo en seco al escuchar referirse a aquel hombre como «el señor».

—¿Era el dueño de la casa? ¿El hombre que ha salido y se ha vuelto? — Laimie sintió como la voz le temblaba ligeramente al asociar la presencia de aquel extraño con el hombre que estaba buscando.

—Sí, él es el dueño del castillo de Blair. Él es Alexander Murray de Atholl, familia de lord George Murray —le anunció Jhonas con un toque de orgullo en su voz.

Laimie abrió sus ojos como platos al tiempo que su pecho se agitaba en demasía. «¿Era él?», se preguntó. ¿El mismo que hacía un momento le había parecido un hombre tenebroso a la luz del farol y del que sería mejor salir huyendo?

Laimie y Archibald siguieron a Jhonas hacia el interior del castillo. Una enorme chimenea encendida les dio la bienvenida en la misma entrada. El suelo y las paredes parecían haber conocido tiempos mejores, ya que ambos estaban deslustrados. Laimie llegó a la conclusión que se debía a las pasadas rebeliones. Varias cabezas de animales disecados adornaban el espacioso salón al que fueron conducidos. E incluso un ciervo descansaba sobre lo que parecía una alfombra, junto al hogar. Este estaba construido en piedra y lo que suponía mármol. Había dos sillones forrados en terciopelo rojo situados frente al fuego. Uno de estos estaba ocupado por Alexander Atholl. Laimie podía contemplar sus piernas estiradas y las botas apoyadas en un escaño. Permanecía con la mirada fija en las danzarinas llamas, con gesto pensativo. Pero se incorporó de su asiento en cuanto escuchó el sonido de los pasos.

Laimie pudo contemplarlo mejor en esta ocasión, aunque su feroz aspecto no había variado ni un ápice. Tenía los cabellos enmarañados, del mismo color que la pólvora. Sus ojos se asemejaban a la boca de las pistolas y en ese momento le devolvían la mirada de una forma intrigante. Dio un paso hacia ellos mientras su sombra se proyectaba en la pared.

—¿Quiénes sois? ¿Y qué hacéis en las tierras de Atholl? —El tono de su voz dejaba claro que, aunque los había acogido, su presencia no le hacía mucha gracia.

Laimie sabía que debía perderle el temor que había despertado en ella su fiero aspecto. Y que debería tratarlo de igual a igual si quería ganárselo. No en vano ella pertenecía a uno de los clanes de más renombre en toda Escocia.

—Soy Laimie McDonald, y él es Archibal McDonald.

—¿McDonald? —Alexander frunció el ceño.

—De Fort William —precisó Laimie al ver la confusión en el rostro de él.

—Fort William... Un poco lejos de vuestro hogar, ¿no creéis? —Había un toque de ironía y sorpresa en su pregunta. Alexander cruzó los brazos sobre el pecho y arqueó sus cejas como si estuviera esperando una aclaración a por qué estaban allí.

—Sí.

—Bien, no quiero ser entrometido ni parecer grosero, de manera que no os preguntaré qué hacéis en mis tierras. Ni tampoco me interesa saberlo. Podéis comer algo y pasar la noche aquí, y mañana seguir vuestro viaje hacia donde vayáis, cosa que tampoco me interesa lo más mínimo.

Laimie sintió como la garganta se le cerraba y le impedía decir nada. Quedaba claro que Alexander pensaba que ambos seguirían el viaje a la mañana siguiente. Pero las intenciones de ella eran otras que por ese momento no iba a desvelar. Preferiría esperar a la mañana siguiente para exponerle la razón de su presencia allí.

—Jhonas os enseñará vuestras habitaciones y... podéis comer algo. Si no lo habéis hecho todavía.

—Muy amable por vuestra parte... —Laimie entornó la mirada y dejó el comentario en el aire a la espera de que él le dijera su nombre pese a que ella ya lo sabía por la referencia que el tal Jhonas le había hecho en la puerta del castillo.

Pero él permaneció callado, sin apartar la mirada de ella ni un solo instante. Ni tan siquiera para dirigirse al que parecía ser su único sirviente.

—Jhonas, acompáñalos a sus habitaciones.

«¿Quién diablos es esta muchacha y qué está haciendo tan lejos de su casa? ¿Se habrá fugado de esta con el hombre que la acompaña?», se preguntó contemplándola alejarse en dirección al piso superior. Cuando Alexander volvió a encontrarse a solas en el gran salón, se sentó en su sillón y volvió a

quedarse con la atención fija en las llamas.

Laimie y Archibald se instalaron en sendas habitaciones en el piso superior del castillo. La de ella era amplia, con un gran ventanal cubierto por cortinas en tonos rojizos. La cama tenía un dosel y se situaba frente a un pequeño y coqueto hogar en el que el fuego estaba apagado.

—En un momento, la estancia os parecerá más acogedora —le aseguró Jhonas inclinándose para encenderlo.

Laimie se paseó por la habitación cuyas paredes estaba cubiertas de tapices con escenas de caza. Los muebles de madera eran de color caoba y se conservaban en perfecto estado. Y vio un espejo de cuerpo entero en un lado, en el que se contempló.

—¿Vive solo el señor? —preguntó Laimie mirando a Jhonas incorporarse una vez que el fuego comenzó a cobrar vida y el calor inundó la estancia.

—Sí.

—¿En un castillo tan grande como este? ¿Y su familia?

Jhonas apretó los labios y emitió un quejido. Sacudió la cabeza y miró a Laimie con tristeza.

—Procurad no hacer preguntas al respecto si él está presente.

—Entiendo.

—La perdió en la última rebelión. Pero eso es algo de lo que no habla, ni tampoco los que vivimos con él. Es un episodio bastante doloroso para esta casa y esta familia.

Laimie asintió sin decir nada más.

—Todos perdimos a algún ser querido en la última guerra.

—Si desean tomar algo, díganme y se los serviré. Hay comida caliente.

—Gracias, pero preferiría hablar con su señor.

—Como gustéis. —Jhonas inclinó la cabeza en señal de respeto y salió de la habitación para hacer lo mismo en la del otro invitado. Aquella muchacha no sabía lo que decía. ¿Hablar con Alexander? ¿No le había bastado con que él le dijera que el tema familiar era doloroso y que no se hacía ninguna

referencia a este? ¿Qué interés tenía en hablar con él si se marcharía a la mañana siguiente?

Laimie se acercó al fuego con paso lento. Extendió las manos para calentárselas y dejó que la ola de calor que desprendía la aliviara. Fue una suave caricia que la ayudó a reconfortarse. El camino había sido largo, pesado y bajo una temperatura algo gélida, la verdad. Se frotó las manos y los brazos tratando de entrar en calor lo más rápido posible mientras dejaba que el último comentario del tal Jhonas captara su atención. Alexander Murray no hablaba de lo que le había ocurrido a su familia ni permitía a las personas que vivían con él que lo hicieran. Entendía su postura si era cierto lo que su padre le había contado antes de partir hacia el lugar en el que se encontraba. Suspiró y se dijo que no sería sencillo convencerlo para que la ayudara a perfeccionar su esgrima. Nada más tenía que fijarse en sus modales, algo bruscos, pese a haber accedido a darle comida y cama para esa noche. Ni qué decir de su aspecto. Su apariencia se asemejaba más al de una bestia en cautividad que a un laird escocés emparentando con lord George Murray, el lugarteniente de Carlos Estuardo y primer duque de Atholl.

Laimie salió de la estancia y se dirigió hacia el salón donde suponía que se encontraría con él. Lo imaginaba frente al fuego de la misma manera en que lo había encontrado cuando Jhonas los hizo pasar al interior de la casa. Y no parecía estar muy equivocada, puesto que el sonido de sus pasos en los escalones hizo que Alexander se removiera en el sillón que ocupaba y que se levantara para fijar su oscura y lóbrega mirada en ella.

Laimie se aferró con determinación al pasamano porque tuvo la impresión de que acabaría en el suelo. La presencia de él observándola de manera fija la provocó un vuelco en el pecho. Una cosa era escuchar a los demás hablar de él, y otra tenerlo cara a cara. Sin duda que su presencia intimidaba a cualquiera que se encontrara ante él.

Alexander volvió a sentirse intrigado nada más volverla a ver. Estaba seguro de que le ocultaba algo que no le había contado. Algo en lo que él no

pretendía inmiscuirse bajo ningún concepto. No quería que nadie fuera a molestar su tranquila existencia. Ya había hecho bastante con permitirle pernoctar en Blair, junto a su acompañante.

—Confío en que la habitación sea de vuestro agrado —le comentó entornando la mirada hacia ella, sin moverse del sitio en el que estaba, apoyando las manos sobre el borde del respaldo de su sillón.

—Sí, gracias. Es muy acogedora.

—Imagino que Jhonas os ha encendido el fuego en el hogar.

—También. Gracias por preocuparos. Sois muy amable. Se ve que no acostumbráis a tener invitados. Y por ese mismo motivo quería agradeceros vuestra hospitalidad.

Alexander cogió aire antes de responderle.

—No acostumbro a tenerlos.

—¿Por qué? —Laimie parecía ir ganando confianza con él, pero Alexander se mostraba cauto y reservado.

—No me interesa saber lo que sucede fuera de estos muros. —Hizo un gesto con el mentón hacia ella.

—Todo ha cambiado desde la última guerra.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué habéis venido hasta Blair? —Había un toque apremiante en su voz, así como en su semblante.

Laimie se acercó al fuego. De ese modo, no lo tendría de frente y no le resultaría tan intimidatorio. Pero él se volvió al instante, como si temiera perderla de vista. Laimie deslizó el nudo que oprimía su garganta y que le impedía hablar. Se tomó su tiempo controlando su respiración, así como los latidos de su corazón retumbando como los cañones en la batalla. Desvió su atención del fuego y se enfrentó a su destino, uno que no le parecía nada favorable.

—He venido a veros. —Laimie le sostuvo la mirada y se dio cuenta de que su semblante apenas si había cambiado al escuchar aquellas palabras referidas a él mismo. Tuvo la sensación de que ni si quiera la había escuchado y el

pulso pareció ralentizarse. El corazón refrenó sus latidos hasta hacerla creer que se le detendría del todo en cualquier momento. Le aterraba la falta de interés que Alexander mostraba. Solo cuando hubieron pasado unos segundos él pareció reaccionar.

—¿A mí? ¿Para qué? —Él frunció el ceño y sus ojos se oscurecieron. Tensó el cuerpo a la espera de que ella se aclarara. Sabía que aquella mujer no estaba allí de paso. Y en ese instante parecía que iba a desvelarse el misterio que encerraba.

—Vengo de parte de McGillvrai. Maestro de esgrima, o de armas si lo preferís.

—McGillvrai —Alexander repitió el nombre en un susurro y se mostró más confundido todavía. ¿Qué diablos tenía que ver su viejo amigo y maestro de esgrima con ella? ¿Por qué la había enviado a él?

—Ha estado enseñándome esgrima.

—¿A vos? —Alexander inclinó la mirada y la miró de los pies a la cabeza sin terminar de comprender todo aquel misterio. Le parecía extraño, o incluso increíble, que McGillvrai se hubiera prestado a ello.

—Sí, a mí —respondió Laimie elevando el mentón con altanería e impregnando a su tono del orgullo requerido ante aquel hombre. No le había gustado que la hubiera contemplado como si fuera a comprarla en una feria.

—¿Y qué tenéis que ver conmigo?

—McGillvrai me aconsejó que viniera a veros para que me ayudarais a perfeccionar mi estilo.

Alexander cruzó los brazos e inclinó la cabeza hasta que el mentón tocó su pecho. La sacudió y desechó cualquier acto que tuviera que ver con ella.

—Pues dejadme que os diga que habéis hecho vuestro viaje en balde —le espetó Alexander con un tono severo antes de darle la espalda y quedarse mirando las ascuas del fuego. Pero con lo que él no contaba era con la obstinación de ella.

Laimie ya suponía que él no la aceptaría de buenas a primeras. Nada más

había que ver su talante con ella. Pero no se desanimó, sino que volvió a insistir.

—McGillvrai ya me lo ha advertido, pero yo no quise creerle. Por ese motivo estoy aquí.

—Pues mañana temprano os aconsejo que regreséis a Fort William.

—No voy a hacerlo —le aseguró con el semblante serio y la voz cortante, lo cual captó la atención de él.

Alexander giró el rostro y percibió la determinación en su mirada por no rendirse. Este gesto le sorprendió en un principio porque daba a entender que era una mujer valiente y decidida. Pero también era un comportamiento poco inteligente. Se sintió desconcertado ante su arrebato. Por lo general, nadie osaba enfrentarse a él. Su palabra era *ley* en aquellas tierras de Atholl. Y aunque ella fuera una forastera allí, también la cumpliría. Pero la curiosidad atrapó a Alexander sin quererlo.

—¿Cuál es motivo para no hacerlo?

—Matar a un hombre.

La sangre fría y el aplomo con el que ella lo dijo ni siquiera intimidaron a Alexander. Él creía que lo había visto y oído todo durante los últimos años. Y que a esas alturas de su vida, nada ni nadie podían sobrecogerlo. Pero entonces la mirada y la determinación en la voz de ella dieron la impresión de hacerlo.

—¿Por qué? ¿No ha habido suficientes muertos con la última guerra en Escocia?

Laimie tuvo la sensación de que se burlaba de ella, a juzgar por su talante jocoso al respecto de los caídos en las batallas.

—¿Qué os ha hecho para que deseéis acabar con su vida? —Alexander se sentía más atrapado en la curiosidad que ella despertaba en él por momentos.

—Mató a mi prometido. —Laimie procuró que su voz no le temblara ni que su mirada se tornara vidriosa por los recuerdos. Ni tampoco pretendía mostrarse débil ante él, y lo había conseguido porque el odio hacia Travis la

había convertido en una mujer cuyo corazón parecía haberse helado.

Alexander tornó sus labios en una delgada línea. Su mirada pareció ablandarse por un momento al escucharla. E incluso sus propios fantasmas fueron a por él. Ella no era la única que había perdido a alguien muy querido. Le sostuvo la vista.

—¿Y vos pensáis acabar con él? ¿En un duelo a espada? —Vio a Laimie asentir convencida—. ¿Por qué no le pegáis un tiro? Es más eficaz y rápido que la espada.

—Porque entonces sería acusada de asesinato.

—¿Y qué puede importaros si vuestro objetivo es acabar con él? — Alexander arqueó las cejas sin entender aquellas reticencias de ella—. Una venganza es una venganza. No importa cómo se lleve a cabo. Ni qué arma se use. Espada, pistola, daga... incluso un golpe certero con una piedra en la cabeza.

—Si lo asesinara a sangre fría, me colgarían sin dudarlo. Pero si acabo con él en duelo a espada, en el que el honor esté en juego, nadie podrá tocarme — le comentó de manera resuelta—. Sería una muerte en buena lid.

Aquella explicación pareció convencerlo. Sí. Aquella muchacha parecía tenerlo todo pensado. Todo excepto que tal vez fuera ella la que muriera.

—Lo tenéis bien pensado, ¿eh? —ironizó él asintiendo.

—Llevo mucho tiempo pensando en la manera de cobrarme la afrenta que sufrí. Debo llevar a cabo mi venganza. Solo así se hará justicia y Fergus podrá descansar en paz.

—¿Y vos? ¿Os sentiréis mejor una vez que hayáis acabado con ese hombre? ¿No le teméis a los demonios que pueden perseguiros día y noche? ¿No tenéis miedo a vivir con la sombra del remordimiento?

Laimie se concedió la licencia de sonreír, aunque fuera de manera irónica.

—Llevo haciéndolo desde el día en el que Travis acabó con mi prometido por mera diversión.

Alexander entornó la mirada hacia ella.

—¿Travis? —Hubo un momento de vacilación en Alexander cuando escuchó el nombre.

—El oficial inglés Travis. McGillvrai asegura que es la mejor espada del ejército.

—Lo es. Doy fe —asintió Alexander recordando la vez en que se enfrentaron en el campo de batalla de Culloden Moor.

Laimie se acercó más a él. Parecía que a medida que pasaba más tiempo a su lado, el temor que le había provocado verlo iba disipándose como la bruma.

—¿Lo conocéis?

Alexander inspiró hondo tratando por todos los medios de que la mirada de ella no le afectara. Debía reconocer que hacía tiempo que no tenía visitas en Blair, y mucho menos que fueran una mujer como ella. El color de sus ojos parecía ir cambiando a medida que la luz de las llamas se reflejaba en su rostro. «Es joven, bonita, temperamental y... algo estúpida si pretende acabar con la vida de un oficial inglés», pensó mientras mantenía su atención fija en los ojos de ella.

—Solo lo he visto en una ocasión. —Alexander desvió la vista—. En Culloden, cara a cara.

Laimie abrió los ojos como platos al escucharlo.

—¿En Culloden? —Casi ahogó el nombre de infausto recuerdo para los jacobitas y para toda la nación escocesa.

—Cruzamos nuestras espadas. Se batía con honor, con el que se espera de un oficial del ejército del rey Jorge.

—¿Qué sucedió? —Laimie aguardaba expectante a que Alexander continuara su narración.

—Lo desarmé e iba a acabar con él, pero el impacto de un proyectil de la artillería inglesa que cayó a escasa distancia nos arrojó al suelo y llenó todo el espacio de humo. Cuando este se disipó, Travis ya no estaba. Se había marchado. Me advirtieron sobre él antes de entrar en batalla, por eso sé que

era él. Lo vi conducir a los soldados de infantería hacia la batalla. Y, luego, antes de que nos encontráramos, lo observé batirse con su espada y derribar a los nuestros con suma facilidad. ¿Vos pensáis acabar con su vida? — Alexander formó un arco de clara expectación e incredulidad con sus cejas.

—Para eso estoy aquí —le respondió. Adoptó una pose determinante y elevó su mentón en un gesto de orgullo. Vio a Alexander asentir y esbozar una sonrisa cargada de cinismo y, luego, agacharse sobre los troncos que crepitaban en el hogar.

—Perdéis el tiempo. Ya os lo he dicho.

—Eso es algo que debo decidirlo yo, ¿no creéis? —Laimie dio un paso hacia él y apretó los puños contra los costados como si estuviera conteniendo sus ganas de golpearlo por insolente.

—Comed algo —le dijo incorporándose al ver llegar a Jhonas con una bandeja y una par de platos de comida—. Tal vez con el estómago lleno veáis las cosas de otra manera. Y luego descansad.

Alexander se alejó de ella en dirección a su fiel Jhonas, al que le susurró unas palabras en gaélico. El sirviente se alejó con una inclinación respetuosa.

—Venid. Probad el guiso de venado. Os sentará bien.

Laimie caminó hacia la mesa porque en verdad se sentía desfallecer de hambre y de cansancio. Se sentó a la mesa dispuesta, bajo la escrutadora mirada de él.

—¿Y vuestro acompañante? ¿No desea tomar nada?

—Prefiere descansar. Eso me ha comentado cuando he pasado a verlo antes de bajar aquí.

—En ese caso. —Alexander se sentó en el otro extremo de la mesa y se dispuso a acompañarla—. Con vuestro permiso.

—Es vuestro castillo —ironizó ella viendo como se disponía a cenar.

—Sí.

—¿No tenéis familia? No veo a mucha gente por aquí.

Alexander soltó el cubierto y dejó la mirada fija en el vacío. Apretó los

labios y movió la cabeza en sentido negativo.

—La guerra se los llevó. —El tono melancólico y de rabia de él causó cierto dolor en Laimie, quien ya conocía la historia por boca de su padre. Pero necesitaba hacerle ver que ella también había perdido a sus seres queridos y que, si buscaba la venganza..., no era por diversión.

—Lo lamento.

—De modo que Travis acabó con vuestro prometido... —Alexander prefirió retomar el tema que había llevado a ella hasta Blair, que hablar de sus propias desgracias.

—Lo asesinó en un duelo en el que él sabía que mi prometido no tenía ninguna posibilidad —le resumió, apretando los dientes con furia, al tiempo que sus ojos se ensombrecían.

—No será nada sencillo conseguir lo que buscáis. Olvidadlo y seguid con vuestra vida como hemos hecho el resto —le pidió agitando su mano ante ella. ¿Por qué diablos le importaba lo que pudiera sucederle? No la conocía. Por él, que se batiera con el mismísimo diablo si de ese modo era más feliz.

—¿Vos lo habéis conseguido? ¿Seguir adelante con vuestra vida como me decís que haga? —Laimie entrecerró sus ojos y los enfocó en el rostro de Alexander.

—No nos queda otra.

—Si no cumpliera lo que le prometí a Fergus en su tumba, no sería una mujer de honor.

—¿Honor? ¡Mirad a vuestro alrededor y decidme dónde está el honor del clan Murray! Un castillo vacío por seguir a un príncipe romántico que soñaba con la idea de subir a un trono que le está vetado. Seguí al Estuardo hasta el último momento porque así me lo pedía mi honor. —Alexander se recostó contra el respaldo de la silla, con una mueca burlona en su rostro—. Sacrifiqué al clan Murray en una lucha estéril que sabía de antemano que no lograría ganar. Pero, aun así, lo seguí por mi honor. Ya veis los resultados —le profirió agitando sus manos en el aire delante de ella—. Por eso, os repito

que os olvidéis de vuestra particular venganza. Todos hemos perdido a nuestros seres queridos en la guerra.

Laimie lo contempló en silencio. Sentía cierta lástima de él. No era el hombre que esperaba encontrarse ni mucho menos. Quien se sentaba frente a ella era un ser abatido, sin vida, que dejaba pasar el tiempo de manera lánguida, esperando a reunirse con los que ya no estaban allí.

Alexander apuró su copa de vino, se levantó de la mesa y fijó la mirada en Laimie una última vez antes de retirarse.

—Sois una mujer bonita, Laimie. No malgastéis el tiempo en una venganza que no tiene sentido, y buscad un esposo, formad una familia y seguid adelante sin mirar atrás. Los tiempos de gloria se han marchado para no regresar —le aseguró esgrimiendo una sonrisa delicada y tierna que golpeó a Laimie de una manera algo inesperada—. Que descanséis.

Alexander la dejó sola en el gran salón, y ella se quedó pensando en las últimas palabras de él. «¿Encontrar un hombre y formar una familia?», se repitió sin creer que él estuviera hablando en serio. Aunque tuviera tiempo para hacerlo, no así las ganas. Ya había estado prometida y no se le había pasado por la cabeza volver a estarlo.

Tampoco iba a seguir su consejo de marcharse de allí a la mañana siguiente. Había viajado hasta las tierras de Atholl para encontrarse con él y convencerlo de que la ayudara a perfeccionar su estilo con el florete. Podría decir lo que le viniera en gana al respecto de ella, pero Laimie no pararía en su empeño. No mientras el oficial Travis siguiera respirando.

Con ese pensamiento, se retiró a su alcoba en el castillo, pero pasó antes por la de Archibald para dejarle algo de la cena que había sobrado.

—¿Qué tal ha ido la conversación con Alexander? No he bajado como me pediste —le recordó el joven contemplando la bandeja con la cena.

—Ten. Tendrás hambre.

—Ya lo creo. —El muchacho puso los ojos como platos, cogió la bandeja, la que llevó hasta la mesa, y se sentó a degustarla—. Entonces, ¿qué tal la

charla con él?

Laimie resopló.

—No tiene la más mínima intención de ayudarme a mejorar mi estilo.

—Con eso ya contabas, ¿no? Según me has contado por el camino, McGillvrai te aseguró que no sería nada sencillo. Que Alexander Murray vive retirado y que no quiere saber nada del mundo fuera de este castillo.

—Sí, sí. Ahora se trata de hacerlo entrar en razón y convencerlo para que me acepte como alumna.

—¿Y si no lo consigues?

—Lo conseguiré. No pienso marcharme de aquí hasta que al menos vea cómo manejo el florete. —Le dejó claro una Laimie ofuscada en su interior.

—Entonces, ¿piensas quedarte aquí, en Blair?

—Sí, en cuanto a ti... Puedes regresar a Fort William por la mañana. Ya no te necesito —le aseguró Laimie convencida de que lograría su objetivo más tarde o más temprano—. No voy a rendirme solo porque él me lo pida.

—¿Le has contado por qué estás aquí? —Laimie asintió en silencio mientras contemplaba a Archibald dar buena cuenta de la cena—. Y piensa que debes sacarte esa idea de la cabeza, ¿no?

—Sí. Asegura que no conseguiré derrotar a Travis. Y que sería mejor que me olvidara de una vez por todas de mi venganza, que me buscara un esposo y formara una familia —le resumió herida en su orgullo—. ¿Acaso se cree que soy una damisela? Soy hija de McDonald —dijo envalentonada por llevar ese apellido.

—¿Y él? ¿Dónde está su clan? No he visto a mucha gente por el castillo.

—Como te comenté, su esposa y sus hijos perecieron en la última guerra contra Inglaterra. No me ha querido contar cómo sucedió. Tan solo que es mejor continuar con la vida.

—Pero tú no pareces dispuesta a hacerlo por lo que cuentas.

—No. Mañana volveré a hablar con él.

Archibald suspiró resignado porque comprendía que nada de lo que dijera

haría que Laimie cambiara de opinión. Su único fin desde que Fergus había muerto era la venganza y no descansaría hasta haberla alcanzado. Sin importarle el precio que tuviera que pagar para lograrla.

Alexander se retiró a su alcoba, pero no se acostó, sino que permaneció despierto un rato más. Caminó hasta uno de los ventanales del castillo y se asomó para contemplar la noche oscura en aquellos parajes. Su mirada quedó fija en la lejanía como si esperara ver algo o a alguien. Recordó a su esposa y a sus hijos fallecidos. Siempre pensó que la guerra no llegaría hasta aquellas tierras. Que Blair era el lugar más seguro para ellos. Pero se había equivocado y en ese momento estaba pagando el precio por esa equivocación. Le había pedido a Laimie McDonald que se olvidara de su venganza y que prosiguiera con su vida al igual que él había hecho. Pero ¿qué vida llevaba? Encerrado en Blair sin querer saber nada del mundo exterior. Huraño y agresivo como una fiera enjaulada que espera el momento de reunirse con su creador. Alexander había perdido las ganas de vivir hacía tiempo, sin embargo, seguía respirando. Al menos la señorita McDonald tenía un propósito en su vida. Un fin que la mantenía viva día tras días. La venganza por la muerte de su prometido. Y eso la ayudaba, seguramente, a soportar los días. Su adiestramiento con la espada sin duda que sería algo más que un mero pasatiempo. Era el instrumento al que se aferraba para seguir en pie. ¿Cómo iba a rehacer su vida cuando su prometido había muerto? ¡Claro que él comprendía cómo se sentía! Pero ¿qué quería que le dijera? ¡Adelante, id a matar a Travis y a todos los que son como él! Con suerte, os llevaréis por delante unos cuantos antes de que os ahorquen. ¡Muchacha atolondrada! Era demasiado impetuosa y orgullosa como para cejar en su empeño por acabar con ese oficial *sassenach*.

Alexander se apartó de la ventana y se dirigió hacia el hogar con el que contaba la alcoba, fría y húmeda en ese tiempo. Necesitaba entrar en calor antes de dormir o, al menos, intentarlo. Resopló cuando sus pensamientos

regresaron a Laimie McDonald. Confiaba en que se hubiera marchado por la mañana.

Laimie vagó por la amplitud de su habitación mientras se retorció las manos. Pensaba en todo lo que había sucedido ese día y en la conversación con Alexander Murray. Y no le gustó recordar sus palabras acerca de abandonar su venganza. Si él no estaba dispuesto a perfeccionar su esgrima, entonces le preguntaría quién podría hacerlo. Pero no iba a abandonar su empresa después del tiempo transcurrido. Cogió el florete que llevaba con ella para protegerse de los posibles sobresaltos del camino y lo extrajo de su funda. El acero emitió destellos cuando la débil luz de las llamas en el hogar cayó sobre este. Laimie lo esgrimió en alto y lo contempló detenidamente y con orgullo. Pensó en Fergus una vez más antes de guardar el florete en su vaina y dejarlo sobre la silla. «¿Y si Alexander tuviera razón?», se preguntó para su propia sorpresa, lo cual la sacudió. ¿Y si en verdad no lograba acabar con Travis después de todo? ¿Acaso era mejor abandonar y dejarlo pasar? No, no podía. No quería. No iba a esconderse de él. Sabía que en cuanto él la volviera a ver, intentaría acabar con ella. Era él o ella. Así de simple. Seguiría viviendo hasta que Travis estuviera bajo la punta de su florete pidiendo clemencia.

La luz del nuevo día se filtraba por los ventanales de la habitación que ocupaba Laimie. Esta se removió bajo las sábanas y la colcha de la cama. La madrugada había sido fría y la había obligado a levantarse para colocar la cobija que en un principio había retirado. Sin duda que el clima en aquellos parajes era mucho más helador que en Fort William. Y en ese instante, con el calor en su cuerpo, parecía estar pensando si abandonar el lecho era lo más acertado. Pero su estómago no parecía estar de acuerdo con ella porque comenzó a protestar. Laimie apretó los labios y, de manera lenta, comenzó a echar hacia atrás las ropas de cama. Sintió el golpe del frío y se apresuró a encender el hogar para entrar en calor lo antes posible. Se encontraba atareada en esa misión cuando alguien tocó en la puerta. Laimie se irguió y se envolvió con al colcha.

Archibald se encontraba vestido y listo para lo que parecía su partida del castillo de Blair.

—¿Te marchas ya?

—Sí, es mejor que lo haga cuanto antes. Quiero estar en casa a media tarde. Pasaba a despedirme, pero también quería saber si tus intenciones de permanecer en Blair Atholl siguen igual de intactas que anoche.

—No pienso irme de aquí —Laimie lo expresó con total seguridad.

—Pero él no parece muy dispuesto a ayudarte.

—Lo hará. —La mirada de ella refulgió de expectación ante Archibald

—No estarás pensando en hacer algo que...

Laimie abrió sus ojos al máximo al escuchar a Archibald insinuar que ella

sería capaz de ofrecerse como moneda de cambio.

—No estoy tan loca como para hacerlo. ¿Por quién diablos me tomas?

—Bien, solo quería estar seguro de que seguías pensando en quedarte. No era mi intención molestarte. Es mejor que me marche. Cuídate y espero que consigas tu propósito.

—Gracias. Te deseo un buen viaje de regreso. Diles a mis padres que estoy y estaré bien en Blair Atholl. Que no se preocupen por mí. Puedo cuidar de mí misma.

Archibald esbozó una tímida sonrisa ante aquel comentario. No le cabía la menor duda de que así sería. Desde la muerte del prometido de ella, Laimie se había convertido en una mujer dura, aguerrida, fría y decidida que no vacilaba en enfrentarse al peligro. El hecho de saber disparar, montar a caballo y, por último, manejar el florete como un hombre la habían convertido en todo lo contrario a una damisela.

Laimie se quedó sola, salvo por el calor que desprendía el hogar. Se acercó a este, ya que sentía un frío extraño recorriendo su espalda y que en nada tenía que ver con la soledad de la alcoba. En cierto modo, tenía algo de miedo a permanecer en el castillo de Blair junto a Alexander Murray. Pero ese pensamiento se lo guardaba para ella.

Alexander llevaba en pie desde hacía un par de horas, como era su costumbre. Antes siquiera de que saliera el sol. Desde que había terminado la guerra padecía una especie de insomnio que le impedía dormir de manera plácida durante toda una noche. Y a la última, además del sonido de los disparos de la artillería inglesa, los gritos de los moribundos y las imágenes de cuerpos sin vida, se le había añadido Laimie McDonald y su alocada proposición de matar a un oficial inglés. Por mucho dolor que atesorara y por mucho rencor que tuviera hacia este, le convendría dejarlo todo como estaba si no quería acabar muerta. No creía que ella fuera capaz de batirse y derrotar a un oficial inglés por mucho que McGillvrai la hubiera enviado hasta allí.

¿Pretendía que él le ayudara a perfeccionar su estilo? ¿Cómo había podido siquiera pensar en semejante locura? Alexander arqueó las cejas en señal de sorpresa al recordar sus palabras y sus firmes intenciones. Esperaba que, por su propio bien, ella hubiera seguido su consejo y que a esas horas se encontrara cabalgando de vuelta a su hogar en Fort William.

Permanecía junto a uno de los ventanales del salón mientras observaba de manera distraída cómo la bruma matinal se alzaba hasta las cumbres de las montañas y dejaba limpio el valle entre estas. Se volvió para salir del salón en busca de Jhonas cuando, al hacerlo, se la encontró en el umbral de la puerta. Sin capacidad de reaccionar ante aquella aparición, Alexander no pudo hacer nada salvo escuchar lo que ella tenía que decirle.

—Buenos días —saludó Laimie con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza que rompieron cualquier esquema preconcebido por él al respecto de ella. No esperaba que la joven fuera tan testaruda y que todavía permaneciera allí. Claro que tal vez había ido a despedirse de él. Pero algo en su mirada y en sus gestos le indicaron a Alexander que sus deseos estaban bastante lejos de cumplirse.

Alexander creía que pocas cosas podían sorprenderlo a esas alturas de su vida. Tal vez el hecho de que una muchacha se mostrara tan decidida podía ser una de ellas. Frunció el ceño y sacudió la cabeza pasados unos segundos en los que pareció volver en sí.

—¿Qué demonios estáis haciendo aquí? —Su voz sonó con una mezcla de curiosidad, desconcierto y enfado porque ella se mostrara tan díscola—. Anoche os dije que...

—Soy consciente de lo que me dijisteis la pasada noche.

—Pues salvo que hayáis pasado a despediros de mí, no encuentro sentido alguno a vuestra presencia aquí. —Alexander avanzó con decisión hacia ella, con el firme propósito de intimidarla. Pero como cabía esperar por parte de él, ella no se inmutó al ver su gesto de fiereza en su rostro.

Laimie se había recogido el cabello y dejado su rostro despejado, de ese

modo le permitía contemplar su belleza. Vio a Alexander apretar los labios y formar una sola línea, sin poder apartar su atención de ella, y sintió un ligero escalofrío a medida que aquel par de ojos luminosos la observaban con detenimiento.

—Oh, sí. Me quedó muy claro, pero yo he decidido quedarme. Salvo que vayáis a echarme a empujones de vuestra casa —matizó con un deje irónico que encendió más a Alexander—. Algo que podéis hacer si os place, ya que sois el dueño del castillo de Blair.

¿De dónde diablos había salido aquella mujer? ¿Por qué se mostraba tan empecinada en algo que podía costarle la vida? ¿Por qué se le enfrentaba sin aparente temor a su reacción?

—No enseño esgrima —le dejó claro con voz autoritaria. Alexander sacudió su mano delante de ella y le dio a entender que no admitía más comentarios sobre el tema.

—¿Por qué motivo? Os pagaré las clases. Y el alojamiento y la comida si es lo que queréis. Tengo el dinero en mi alcoba —se apresuró a aclararle antes de que pensara lo que no era, como había hecho Archie.

—No necesito vuestro dinero. Guardároslo para regresar a Fort William —le objetó con un gesto de desprecio lanzándole una mirada de pies a cabeza que la hizo temblar por un segundo—. No soy un maestro de armas.

—Pero McGillvrai... Él... me aseguró que vos... —Laimie avanzó detrás de Alexander cuando este abandonó el salón en dirección a la cocina. «No pude haber hecho aquel viaje para nada», se dijo ella en un intento por animar su atribulado espíritu. La cuestión era más bien que él no tenía intención de ayudarla; así de simple. McGillvrai no la engañaría sabiendo lo que todo ello suponía para ella.

Alexander estaba cansado de aquel discurso. Tal vez si se mostraba distante, ella desistiera. Pero escuchar el repiqueteo de los tacones de sus botas, el frufú de su falda y su respiración a su espalda hicieron que se volviera sin que supiera lo cerca que estaba ella.

Laimie no esperaba aquel brusco giro por parte de él. Y tuvo la sensación de chocar contra un muro sólido y trastabillarse hasta caer de espaldas sobre el suelo. Pero algo la sostuvo en el último instante y la impulsó hacia delante hasta volver a encontrarse con aquel obstáculo que no era sino el propio Alexander.

Este la sostuvo con determinación antes de que llegara al suelo por su culpa.

—Deberíais tener más cuidado —protestó Laimie con el corazón latiendo acelerado y los labios entreabiertos para poder respirar.

—Si no me siguierais tan de cerca —se quejó Alexander con ella entre sus brazos todavía. Estaba tan pendiente de los ojos de Laimie que se había olvidado de ese hecho.

—Huáis de mí. —Laimie se mostró mordaz en su comentario. Arqueó una ceja en señal de expectación mientras Alexander parecía contrariado por la manera en la que en ese momento le devolvía la mirada.

—¿Huir? ¿Por quién diablos me tomáis? Ni siquiera en la batalla lo he hecho cuando los ingleses nos cercaban. Así que menos lo haría de una muchacha joven como vos.

—Es la impresión que me habéis dado, puesto que os estaba preguntando por el motivo por el cual no queréis ayudarme con mi esgrima, ya que estoy segura de que existe uno. Y vos habéis abandonado el salón como si yo fuera un demonio —protestó ella sofocada por encontrarse presa del leve abrazo de él.

—Tal vez lo seáis después de todo —ironizó él apretándola más contra su cuerpo de una manera inconsciente.

Laimie acusó la cercanía entre ambos. Contuvo la respiración por un segundo, sintiendo la mano de él sobre su espalda. Con el rostro del hombre tan cerca del suyo, Laimie reconsideró la opinión que tenía de él. No le parecía tan fiero como la noche pasada, cuando su rostro apareció iluminado por el haz de luz procedente del farol. Podría asegurar que, pese a su aspecto

hosco y descuidado, Alexander era un hombre atractivo.

—¿Me enseñaréis a mejorar mi esgrima? —Laimie atacó pensando que lo pillaría con la guardia baja.

—¿Por qué queréis arriesgar vuestra vida? No lo entiendo. —Alexander dio un paso atrás para contemplarla desde cierta distancia. Era una mujer joven, hermosa, con una mirada capaz de hechizar a cualquier hombre. De manera que, ¿por qué arriesgar la vida por algo que había sucedido hacía tiempo?

—Porque lo prometí. Y una McDonald cumple sus promesas —le aseguró mostrándose orgullosa, altiva y decidida ante él.

Alexander sacudió, contrariado, su cabeza. ¿Tan loca estaba?

—Aunque yo os enseñara, os matarían —le aseguró de manera tajante, sin dejar opción a segundas opiniones.

—¿Qué puede importaros lo que me suceda? —Laimie se mostró intrigada por la preocupación que él parecía mostrar.

—En parte, tenéis razón. No debería importarme, pero... —Alexander calló de repente. La contempló en silencio y se dijo que no debería sentirlo por ella porque, al fin y al cabo, era una desconocida.

—No iréis a decirme que os preocupa —bromeó Laimie con un poco más de confianza hacia él. A cada minuto que pasaban juntos, él no le daba la impresión de ser el hombre del que su padre y McGillvrai le habían hablado.

Alexander cruzó los brazos y apretó sus labios en un gesto pensativo. A lo mejor estaba equivocado en sus planteamientos para que ella desistiera de su venganza y se marchara de Blair. Tal vez lo más apropiado en ese caso sería demostrarle lo equivocada que estaba. Una sola lección bastaría.

—Será mejor que comamos algo. Seguiremos charlando sobre el asunto, pero no os prometo nada —apreció al ver la sonrisa tímida de controlada satisfacción en el rostro de ella.

—No me prometéis nada —asintió ella regocijándose en su interior porque tal vez hubiera logrado otra pequeña victoria.

—Esperad aquí. Diré a Jhonas que nos traiga algo para desayunar.

Alexander desapareció de la vista de ella. Necesitaba escapar por un momento de la presencia de Laimie. Toda aquella situación le parecía algo fuera de control. Llevaba años apartado de la sociedad, de las intrigas palaciegas, de las mujeres, de todo lo que habitaba en el exterior de su propiedad de Blair Atholl. Desde que lo había perdido todo se había encerrado en aquellas cuatro paredes. Y de repente aparecía ella. ¿Qué pretendía McGillvrai con enviarla hasta allí? ¿Que le ayudara a perfeccionar su estilo de esgrima para intentar acabar con la vida de un oficial inglés? ¿Qué clase de locura se había apoderado de su viejo amigo? Permaneció pensativo a mitad de camino de la cocina, sopesando los pros y los contras de aquella situación. Y lo cierto era que no lograba encontrar un elemento a favor de ella. De aceptar su propuesta. De dejarla permanecer en el castillo. En cambio, encontraba infinidad de elementos discordantes con la presencia de Laimie. Pero el principal era su tenacidad. Alexander sabía que ella no se rendiría de una manera fácil. Si había sido capaz de guardar la venganza hacia el oficial Travis durante tanto tiempo, ¿qué no haría para conseguir que él la ayudara? Ese era el principal problema al que él se enfrentaba; la paciencia de ella.

—Ops, señor. ¿Qué hacíais aquí parado? —Jhonas casi tropezó con Alexander cuando salía de la cocina.

—Venía a pedirte que sirvieras comida para dos personas.

El fiel sirviente se quedó callado, con la mirada entornada hacia su señor y un gesto de incompreensión.

—¿Para dos?

—La señorita McDonald desayunará conmigo. —Alexander trató de parecer normal, desinteresado en ese aspecto. No esperaba que Jhonas pensara que había aceptado la proposición de ella, todavía.

—Bien, en ese caso...

—Es casi seguro de que partirá cuando lo haya hecho —se apresuró a explicar Alexander convencido de que no sería así, sino que ella se obstinaría

en permanecer en Blair Atholl hasta haber conseguido su propósito.

Jhonas se volvió a la cocina y Alexander hizo lo propio hacia el salón donde lo esperaba ella.

Laimie paseaba por el espacioso salón, ajena a la mirada intrigante de su dueño desde el umbral de la puerta. Contemplaba los tapices algo deslustrados por el paso del tiempo, pero llamativos pese a todo. La colección de armas, algunas pertenecientes a siglos pasados y otras algo más recientes. El emblema y el tartán del clan Murray aparecían en la pared que albergaba la chimenea de piedra en la que rugía un generoso fuego. Laimie no pudo resistirse a coger en su mano una de las espadas. Un florete cuyo filo brillaba a medida que ella lo movía. Deslizó su mano sobre el acero bruñido para comprobar hasta que punto su caricia sería mortal para una persona.

—Tened cuidado u os cortaréis.

La voz de Alexander produjo un ligero sobresalto en Laimie. Se volvió con rapidez y agilidad, con el arma en la mano, esgrimiéndolo como si fuera a prestarse a defenderse de un ataque.

Lo que menos esperaba Alexander era encontrarse de repente frente a la punta desnuda que le apuntaba al pecho. Y al otro extremo, la mirada chispeante, inquisidora y llena de intrigas de la dueña que lo sostenía. Alexander mantuvo la vista fija en los ojos de ella, a la espera de saber qué haría. Esa era una parte vital en un duelo. Mirar a tu contrincante a los ojos para ver qué se proponía.

Laimie pensó que la empuñadura parecía pesarle más de lo habitual. O era más bien una cuestión suya de dejarse intimidar, porque al otro extremo del florete estaba Alexander Murray mientras la contemplaba sin ningún atisbo de sentimiento. Parecía vacío. Como si no le importara lo más mínimo que ella acabara con él en ese lugar y en ese preciso instante.

—Podría sacaros la promesa de que me ayudaréis —le comentó con una sonrisa irónica. El pulso se le aceleraba si pensaba en Alexander y en que, con un leve giro de su muñeca, podría atravesarlo.

—Podrías. A lo mejor... me hacíais un favor después de todo.

—Estaríais dispuesto a dejaros matar. Lo leo en vuestra mirada —le aseguró ella con un tono melancólico. No conseguiría arrancarle su promesa de ayudarla bajo amenaza. De eso no le cabía duda alguna. Alexander Murray era un hombre al que no le importaría morir. No le tenía aprecio a su vida.

—Adelante. Presionad si es lo que en verdad percibís en mi semblante —le ordenó mientras él cerraba su mano entorno al filo cortante del florete, sin perderle la mirada a ella.

Laimie deslizó el nudo en su garganta.

—No. Mataros no serviría a mi propósito —suspiró derrotada, bajó la mirada y, con esta, el arma.

Ella no esperaba la reacción de él. Con un leve golpe de la palma de su mano, el florete quedó libre y él se apresuró a recogerlo antes siquiera de que este tocara el suelo. Su gesto captó la atención de ella, quien ahora lo miraba intrigada y sorprendida.

Alexander, por su parte, esgrimió el arma ante ella con una sonrisa de cierta satisfacción.

—Nunca bajéis la guardia de esa manera. No importa que vuestro adversario se muestre derrotado o arrogante. Mi puesta en escena de un hombre abatido ha hecho que os descuidarais y quedarais a mi merced. Bajasteis vuestra mirada y el arma a la vez. Un acto de principiante. Nunca lo hagáis salvo que vuestro oponente yazca muerto a vuestros pies.

Laimie sonrió con burla.

—Una buena jugada.

—El florete es como un pajarillo, como supongo que os habrá dicho McGillvrai...

—Si lo sujetáis demasiado flojo, terminará escapando. Si lo apretáis con fuerza, lo estrangularéis —recitó ella con una mezcla de orgullo e ironía.

—Como os ha sucedido a vos. A medida que bajabais el brazo, relajabais la

mano y dejabais libre al florete. Con un ligero golpe de mi mano, os lo he arrebatado.

Alexander apartó la punta del florete e hizo una señal a Jhonas para que pasara y dejara el desayuno sobre la mesa. «Sin duda, verme apuntando con un florete a la muchacha lo ha sorprendido», pensó Alexander al tiempo que colocaba el arma en su lugar.

—Comed algo mientras os recuperáis del susto —le sugirió él y tomó asiento a la mesa sin apartar la mirada de ella. La había tenido bajo su arma durante unos segundos, sin pararse a pensar si ella merecía la pena. Alexander sonrió con ironía al recordar el consejo de su viejo amigo el maestro de esgrima—. Decidme, ¿cuánto tiempo pasasteis con McGillvrai?

Aquella pregunta volvió a captar la atención de Laimie. Por un instante, pensó que él la apartaría, que la haría de menos, puesto que, con un simple gesto, había conseguido desarmarla y amenazarla con el florete. Algo así como que no serviría para tenerla como alumna. Pero con su pregunta, Alexander le parecía que volvía a recuperar el interés por ella. Lo contempló comer y beber sin dirigirle una sola mirada.

—Más de tres meses.

—Ummm, un tiempo considerable. Si lo aprovechasteis bien.

—McGillvrai así lo consideraba.

—Decís que él os remitió aquí.

—Sí, fue él quien me aseguró que, si quería derrotar al *sassenach*, debía venir a veros. —Laimie fijó la mirada en Alexander y esperó a que él levantara la suya del plato.

—No obstante, os habéis confiado —le reiteró fijando su vista en el rostro de ella. Y no se trataba de una amistosa, sino de clara advertencia—. Os he desarmado con demasiada facilidad. De la misma manera que haría con alguien que sujeta un florete por primera vez.

Laimie no bajó la mirada, sino que la mantuvo a la misma altura que la de él. Con el mentón alzado en señal de orgullo y desafío. No se arredraría ante

aquel hombre por muy necesitada que estuviera de sus servicios como maestro de armas.

—No volverá a suceder —le aseguró Laimie procurando que la modulación de su voz fuera lo más firme y decidida posible, ya que su cuerpo era un completo manojito de nervios.

—Claro que no volverá a suceder. Porque si llegara el caso, vos estaríais muerta, en el suelo, porque el arma de vuestro adversario habría logrado su objetivo. —Alexander buscaba intimidarla, hacerle ver que lo que pretendía no era un juego de niños, sino matar y evitar que la mataran a ella. Pretendía que saliera huyendo de Blair Atholl en ese mismo instante. Ya. Antes de que él tomara una decisión que tal vez fuera la equivocada.

—Soy consciente de ello.

—Pues tenedlo muy presente cuando tengáis una espada, sea del tipo que sea, en vuestra mano. Y delante, un hombre con la misma arma y el mismo deseo que vos.

—Lo tendré. —Laimie se tragó el orgullo y el llanto sin perder la compostura. Si Alexander Murray la estaba poniendo a prueba para que ella renunciara a su venganza, estaba muy equivocado con ella. Si había soportado el dolor que había causado la trágica pérdida de su prometido, ninguna humillación que aquel hombre le hiciera terminaría por afectarle.

—Comed. Os va a hacer falta —apreció él señalando el plato del que apenas si había probado bocado—. ¿Y vuestro acompañante? ¿Sigue durmiendo? ¿No quiere tomar algo? —Alexander se recostó contra el respaldo de la silla de madera labrada, con la jarra de cerveza en la mano y aguardando a que ella se explicara.

—Archie se marchó de regreso a Fort William esta misma mañana. Temprano.

—¿Cómo decís? —Alexander se incorporó y dejó la jarra sobre la mesa, con un sonido sordo. Contempló atónito el rostro de ella que reflejaba la más simple naturalidad antes vista.

—Que se marchó temprano. Pasó por mi habitación para despedirse antes de emprender el regreso a Fort William. ¿Por qué ponéis ese gesto?

—¿Cómo queréis que me ponga? ¡Os ha dejado sola! O, mejor dicho, ha pensado con juicio. No como vos —le refirió sacudiendo la mano delante de ella. Alexander se sintió confuso ante aquella confesión y esa nueva situación. Desde la muerte de su esposa, hacía ya un par de años, ninguna mujer que no perteneciera al clan Murray había pisado Blair Atholl. Y mucho menos había pasado la noche en este.

—Le pedí que regresara.

Alexander no daba crédito a lo que estaba escuchando por boca de ella. Su naturalidad y su desparpajo a la hora de contarlo lo estaban dejando sin aliento.

—¿Por qué? ¿Por qué habéis hecho algo semejante? —El tono inquisidor y hasta cierto punto amenazante de él no consiguieron intimidarla. Y Alexander se dio perfecta cuenta de esto: de que no iba a lograr que se marchara de Blair Atholl tratando de amedrentarla con sus modales. No. Sin duda que ella era una mujer dura, con un orgullo inquebrantable después de haber visto morir a su prometido. Debería cambiar de estrategia. Y sabía cuál era la más acertada.

—Porque la única que tiene interés en vos soy yo. —Aquella respuesta provocó una ola de repentino calor en Laimie. Tal y como lo había expresado, pareciera que sus intereses en Alexander Murray fueran de otra índole. Por ese motivo, se apresuró a rectificar—. No quiero que me malinterpretéis. Mi interés en vos es más bien profesional.

Alexander no rebatió su comentario. Permaneció absorto en sus propios planes para ella.

—Descuidad. Los míos tampoco os atañen en ese mismo sentido —le dejó claro sin ningún atisbo de interés en ella.

—Soy yo la que necesita de vuestra maestría.

Alexander percibió un tono de súplica en la voz de ella que, sin embargo,

no consiguió conmoverlo. Tal vez ambos estaban forjados de la misma forma. Ambos habían sido golpeados de manera brutal por el destino.

—Ya os he dicho que no enseñe esgrima. Ni si quiera soy un maestro de armas. Solo soy... —Alexander se detuvo sin motivo aparente. Bajó la mirada y entrelazó sus manos. Luego, esbozó una sonrisa irónica—. Un hombre golpeado por la guerra y que lo ha perdido todo. —No quiso mirarla de frente porque no quería hacerla partícipe de su dolor. Se levantó de la mesa con un gesto rápido y brusco que propició que la silla cayera al suelo con un ruido que se dejó escuchar en todo el salón.

Laimie lo contempló caminar hacia la salida con paso acelerado. Cerró los ojos y se recostó contra el respaldo de la silla tratando de serenarse y de encontrar un equilibrio en lo que estaba sucediendo. Alexander tenía sus propios demonios al igual que ella. Apoyó los codos sobre la mesa, cubrió su rostro con las manos y expulsó el aire acumulado en su interior. Durante unos segundos no se movió. No pensó en nada ni en nadie, sino que fue capaz de dejar su mente en blanco.

—Disculpadme, señorita MacDonald.

La voz de Jhonas la alertó, lo que le provocó una taquicardia inesperada. Laimie tuvo la sensación de ahogarse mientras abría los ojos como platos y miraba al sirviente de Alexander. No lo había escuchado entrar en el salón.

—Lamento haberos asustado.

—No pasa nada. Yo también me descuidé. ¿Qué queréis?

—El señor me ha pedido que os acompañe al piso inferior del castillo. Desea veros allí.

Laimie frunció el ceño. ¿Qué pretendía ahora? Después de su brusca marcha del salón, ella podía esperar cualquier cosa de él. Incluso que la encerrara en una lóbrega mazmorra para que lo dejara tranquilo.

Se levantó de la silla y siguió los pasos de Jhonas hasta llegar a una puerta abierta y a la que se llegaba descendiendo un pequeño tramo de escalones. Laimie se volvió hacia el sirviente cuando se dio cuenta de que él se había

quedado rezagado detrás de ella.

—El señor os espera —le insistió señalando la puerta abierta con su mano.

Laimie pareció dudar un instante. Pero al momento se dijo que si había llegado hasta allí buscando la ayuda de Alexander Murray, no iba a echarse atrás por que estuviera delante de una puerta abierta que conducía a un destino incierto. Inspiró hondo y, tras lanzar una última mirada atrás, hacia Jhonas, y ver que este ya no estaba, comenzó a descender los escalones hacia la luz que proyectaba una de las lámparas que habían colgadas del techo artesonado. El suelo estaba recubierto de madera y sonaba con cada uno de los pasos que ella daba. Contuvo la respiración cuando se dio perfecta cuenta de dónde se hallaba: la sala de armas del castillo. En medio de esta, la figura de Alexander, florete en mano, y mirándola como si pareciera extrañado de verla allí. Como si fuera la primera vez que se veían.

A Laimie parecía que le faltaba decisión para llegar hasta él. Tal vez se debiera al impresionante lugar en el que se encontraba según su parecer.

—Acercaos. No seáis tan remisa. Por San Andrés, que hace un momento estabais deseando esto —le dijo abriendo sus brazos con la intención de abarcar toda la amplitud del salón—. Y ahora os mostráis cauta, recelosa y algo ¿temerosa?

Laimie se humedeció los labios. No era capaz de articular una sola palabra. La sala contenía armaduras de siglos pasados así como espadas, lanzas, escudos de madera de los años de las guerras de la independencia escocesa que tano había escuchado narrar a su padre. Picas, mazas o dagas hasta llegar a esos años de las rebeliones, ejemplificados con mosquetes, pistolas, *claymores* que se sujetaban con dos manos, como la que había llevado William Wallace.

—¿Sorprendida?

Laimie seguía contemplando aquel compendio de armas que la rodeaba.

—Yo...

—Aquí tenéis armas de diferentes épocas como podéis ver. Restos de

batallas en las que el clan Murray se vio inmerso.

Alexander se acercó a ella a medida que hablaba y sin apartar su atención de su rostro. Se fijó con atención en su forma de parpadear, en el perfil de su nariz, recto y delicado. Su boca, que en ese instante mantenía entreabierta tomando aire. Alexander dejó que su mirada siguiera descendiendo de manera lenta, como si de una caricia se tratara, por el cuerpo de ella. Sintió su boca secarse cuando trazó el perfil de sus pechos mientras subían y bajaban al compás de su respiración. Su cintura y sus caderas torneadas y que dejaban que la falda cayera recta hasta el suelo. Alexander no sabía por qué lo había hecho. Por primera vez en años después de la muerte de su esposa, había contemplado a una mujer.

Laimie giró el rostro para encontrarse con el de él. Con su mirada fija en ella. Percibió el brillo en sus ojos porque con anterioridad le habían parecido carentes de vida y de ilusión. Laimie sintió el vuelco en el estómago y el calor inundar todo su cuerpo hasta hacerse más latente en su rostro.

—¿Por qué me habéis mandado llamar?

Alexander cruzó las manos a su espalda sin soltar el florete. Daba gracias a que lo tenía porque, de lo contrario, no sabía muy qué habría hecho con estas teniéndola a ella tan cerca. En verdad que se sentía turbado. Un completo desconocido. Trató de dejar esos pensamientos para después, cuando estuviera a solas. En ese momento quería explicarle algunas cosas a ella. Pero primero debía hacer otra cosa.

—Ante todo, quería disculparme por la manera tan brusca en la que abandoné el comedor y os dejé a solas. —Alexander se inclinó de manera respetuosa ante ella.

—No voy a juzgaros por vuestros modales. Quedaos tranquilo.

—Os lo agradezco. No estoy acostumbrado a tener visitas y es posible que me olvide de ello. Al vivir solo, he desarrollado costumbres y comportamientos que pueden llamaros la atención, como hace escasos momentos.

—¿Os estáis refiriendo a los propios de una bestia encerrada?

—¡Es así como me veis! —Su voz se asemejó a un trueno lejano que hizo dar un paso atrás a Laimie.

—Quedaos tranquilo. Sabré disculparos.

Alexander se dio cuenta de que tal vez ella estuviera en lo cierto y que sus modales no fueran los esperados en un anfitrión. Pero llevaba mucho tiempo viviendo solo con su dolor y no había conocido ningún otro sentimiento.

—Bien, y ahora, ya que estáis aquí. Sed tan amable de coger un florete y mostradme lo que habéis aprendido con mi buen amigo McGillvrai.

Laimie entrecerró los ojos y dudó de aquel cambio de parecer en él. Nada más verla esa mañana en el salón se había mostrado reacio a enseñarle esgrima o, más bien, a perfeccionar su estilo. Y, de repente, le pedía que escogiera un florete para batirse. Debería tener cuidado y no dejarse embaucar por sus cambios. Ello podría hacerla cometer otro error, como el de perder su florete con un leve toque de la mano de él sobre la suya. Vio a Alexander coger un peto de cuero y deslizarlo por su cabeza para, a continuación, abrocharse sus correaes a los costados.

—Tomad —le dijo entregándole uno a ella.

Laimie lo cogió ante la atenta mirada de él. Desconocía el motivo por el que despertaba cierto recelo en ella. Lo deslizó por su cabeza para ajustarlo, pero se encontró con alguna que otra dificultad.

—Dejad que os ayude —le dijo él y se situó a su espalda para apretar las cintas de cuero. El olor a jabón perfumado lo atrapó sin esperarlo. La suavidad de su cabello cobrizo, la piel blanquecina y aterciopelada de su cuello. Alexander apretó en demasía la correa y al hacerlo el cuerpo de Laimie se tensó y se acercó más al de él.

—¡Ahhh! —exclamó ella al notar como él le abrochaba el peto. Pero sobre todo cuando su cuerpo se encontró con el de él y rebotó.

—Lo siento. ¿Os queda demasiado ceñido? —El aliento de él se esparció por el cuello de Laimie y erizó la piel a su paso. Ella hubo de contener la

respiración un instante, en los que los dedos hábiles de Alexander aflojaron los correajes. Y cuando sintió que la opresión desaparecía, exhaló un gemido —. Creo que ahora os queda bien.

Alexander cerró los ojos y soltó el aire retenido en su interior antes de apartarse de ella. ¿Qué había sucedido para que él hubiera reaccionado de aquella manera? Trató de centrarse en el motivo por el que estaban allí, y que no era otro que hacer que ella desistiera de su empeño y se marchara cuanto antes de Blair Atholl. Y aunque no le costaría vencerla en un singular duelo, debería quebrar su voluntad.

La observó de reojo mientras ella revisaba los floretes, hasta que pareció encontrar uno a su gusto. Seguía los mismos pasos que sin duda le había enseñado McGillvrai. Un arma equilibrada. La sacudió en el aire para comprobar su flexibilidad e hizo algunos lances ajena a la mirada de él. Alexander fue testigo de cómo la falda se ajustaba a sus muslos cuando ella tiró una estocada larga y se inclinó. Más le valdría desarmarla lo más rápido posible.

Laimie levantó la mirada hacia él cuando estuvo satisfecha de su florete. Trató de no parecer impaciente ni nerviosa y, por supuesto, de ocultar sus temores. Pensó que solo era una práctica más y que no tenía nada que temer.

—Veamos de qué os han servido las enseñanzas de mi buen amigo McGillvrai. —Alexander sonrió con ironía; quería que ella se descentrara. Buscaba la manera de derrotarla antes siquiera de comenzar. Sabía que no era justo. Que no era lo más acertado. Pero no estaba dispuesto a que ella siguiera en Blair. Y la mejor manera era hacerle ver lo equivocada que estaba.

Laimie sostuvo el florete delante de ella y adoptó una posición defensiva. Necesitaba centrarse en el duelo y no el rostro sonriente de él. ¿Acaso pensaba que la derrotaría en seguida? Laimie se aferró a la empuñadura y se dispuso a repeler los primeros lances de él.

Pronto, el tintineo de los dos aceros entrechocando inundó el silencioso

salón de armas. Alexander comenzó a tantearla de manera lenta, delicada y algo tímida. Tampoco quería intimidarla desde el principio, sino que más bien buscaba conocer su estilo.

Laimie se defendía con total naturalidad de los tímidos ataques de él. Sin duda que era una primera toma de contacto y que a medida que pasaran los minutos él incrementaría su velocidad en las estocadas y mostraría su capacidad.

—Os defendéis bastante bien —le dijo Alexander dando un paso atrás para poder contemplarla en su plenitud. Ella comenzaba a sudar y a respirar de manera entrecortada porque él la estaba obligando a estirar el brazo para dar la estocada. La estaba desgastando físicamente. Y, al mismo tiempo, la contemplaba como a la mujer que era.

—Y vos os mostráis algo remiso a atacarme —le aseguró buscando la manera de provocarlo para que le mostrara su repertorio de estocadas.

Alexander sonrió. Hacía mucho tiempo que no se divertía tanto. Y aunque en un principio consideró que estaba algo oxidado por el paso del tiempo sin ejercitarse, debía admitir que no estaba tan mal después de todo.

—Preparaos —le dijo e hizo girar la muñeca con un ataque simple que se tornó en uno falso doble y que hizo retroceder a Laimie con grandes apuros. Alexander la contempló abrir los ojos al máximo de su expresión al verse sorprendida por aquel asalto—. Veo que lo conocéis.

Laimie retrocedió y rompió la distancia entre ambos para recuperar el resuello.

—Veamos con esta. El doblar, uno dos y... —Alexander no estiró del todo el brazo en el último momento, cuando vio que ella parecía perdida.

Laimie paró el golpe con alguna dificultad y finalmente esquivó la punta abotonada de su florete. Sentía el sudor empapando sus cabellos y su frente.

—El engañar la contra —le dijo Alexander mientras movía su muñeca con destreza y agilidad y ponía en serios apuros el lado izquierdo de ella.

Laimie se vio sorprendida de nuevo y en esa ocasión sintió el golpecito en

el peto ante la sonrisa de Alexander, quien parecía estarse divirtiendo a su costa.

—Uno, dos en tercera. Parada en cuarta y... —Alexander y ella se miraron de manera fija a los ojos. El florete de él apuntaba de forma directa al corazón de Laimie.

Ella entreabrió sus labios para respirar un poco mejor. El esfuerzo del lance la había dejado casi sin fuerzas. Debía reconocer que no había sido lo mismo batirse con McGillvrai que con el hombre que ahora mismo la miraba de manera fija mientras la punta de su florete apuntaba al lado izquierdo de su pecho.

Alexander se sintió extraño una vez que había llegado a ese punto. La tenía donde quería. Rendida. Pero por alguna razón desconocida no se sintió dichoso de haberlo logrado porque en el fondo sabía que había desplegado sus mejores estocadas para desarmarla sin ninguna posibilidad para ella. Lo había hecho para hacerla ver que no tenía posibilidades. Apartó el florete de manera lenta y se alejó de ella despacio, con la cabeza gacha.

Laimie consiguió sosegarle poco a poco, pero consciente de que él había querido desarmarla para que viera sus posibilidades. Si en un primer momento le había parecido que él jugaba con ella, después le dejó claro que no habría consideraciones.

—Ahora ya sabéis en qué punto os encontráis —le dijo con un tono duro y frío. Alexander se deshizo del peto y lo arrojó contra el suelo—. No tenéis posibilidades contra Travis, y vos lo sabéis.

—Por ese motivo necesito de vos —manifestó y dejó caer su florete al suelo, lo que provocó un sonido que repercutió en el amplió salón.

El tono de ella se asemejó a una especie de ruego. Alexander se debatía entre arrojarla de Blair Atholl y echarla a la calle y olvidarse de ella. O bien, aceptarla y enseñarle a manejar la espada como hacía él. Después de todo, ¿qué podía importarle la suerte que corriera? No le debía nada. No era nada suyo. ¿Qué podía suponer la presencia de ella en el castillo? Si la echaba de

su casa, sabía que tarde o temprano encontraría a alguien que le enseñaría cuatro cosas por un puñado de monedas, o incluso por su cuerpo, y con ello le bastaría. Ella era testaruda y orgullosa hasta el punto de que sería capaz de dejarse matar por ese inglés. Pero al menos si se quedaba con él, podría enseñarle algunas estocadas definitivas. Enseñarle a mejorar su defensa y a que no la desarmaran en tres lances como había hecho él. Si se quedaba a su lado, tendría una oportunidad de vivir. Pero con cierto riesgo para él al darse cuenta de cómo la contemplaba en ciertos momentos. Se dijo que se debía a que hacía mucho tiempo que no recibía visitas en Atholl. Nada más. Alexander resopló antes de volverse hacia ella.

—Os enseñaré cuanto conozco para perfeccionar vuestra esgrima —le dijo tratando de mostrarse frío y duro con ella—. Si os pidiera que os marchaseis, me estaría arrepintiendo de ello lo que me resta de vida. Y todo porque soy consciente de que no abandonaréis vuestro propósito después de todo y de que, en cuanto os encontréis con ese inglés... —Alexander apretó los dientes, furioso consigo mismo por lo que iba a decirle. Pero no tenía otra posibilidad después de todo. Sacudió la cabeza, se volvió y le dio la espalda—. ¡Coged vuestro florete! Olvidáis con suma facilidad que no debéis bajar la guardia en ningún momento.

Laimie siguió sus indicaciones. Un espíritu renovado la invadió y la hizo afrontar aquella situación con otro talante. Sin embargo, ella era consciente de que él no se lo pondría nada fácil. Y que tal vez acabara arrepintiéndose de su decisión con el paso de los días.

—Tal vez sea un estúpido o un loco por aceptar plegarme a vuestra petición.

—Os lo agradezco.

—No hace falta que lo hagáis. Y ahora, preparaos. Uno, dos, tres y cuatro —le marcó él con su florete ante la atenta mirada de Laimie.

Aquel hombre podría parecer un tipo hosco, fiero y maleducado en ocasiones. Pero cuando la miraba de manera fija, Laimie comenzaba a

percibir cierto brillo en sus ojos. Ella se concentró en los diversos lances para no hacerlo enfadar. Había conseguido que la aceptara y la ayudara a perfeccionar su esgrima para lograr su propósito. Pero debería ser paciente y disciplinada.

—Si queréis mejorar vuestro estilo, solo hay tres cosas que necesitáis saber. Hay que tener tiempo para entregarse a este arte; disciplina para no saltarse ninguna clase, y mucha práctica. Y vos la tendréis entre estas cuatro paredes del Blair Atholl —le aseguró mirándola con una sonrisa que provocó un escalofrío en ella.

«Ahora necesito averiguar qué obtendré yo a cambio por el tiempo que voy a dedicaros. Aunque no estoy seguro de querer saberlo», se dijo él moviendo con celeridad el florete para que ella hiciera lo mismo.

—¡MÁS deprisa! ¡Vamos! ¡Uno, dos, tres y cuatro! ¡Otra vez! —el tono imperativo de Alexander martilleaba la cabeza de Laimie desde primera hora de esa mañana. Ese día se encontraban practicando fuera del propio castillo, en la entrada principal. El día aparecía despejado y la temperatura era agradable, por lo que Alexander había decidido que podrían practicar fuera.

Laimie paraba los golpes una y otra vez. Conocía de memoria aquella sucesión de estocadas, pero él se obstinaba en seguir y seguir con lo mismo.

—¿Hasta cuándo debo continuar con los mismos movimientos? —le preguntó ella mirando a Alexander a los ojos, sin apenas prestar atención a su espada, ya que conocía la ejecución de sus movimientos—. Llevo más de una semana así y tengo la sensación de que no he avanzado nada —protestó finalmente cuando él detuvo el ejercicio de manera brusca, sin avisarle, lo cual la dejó con su espada en mano, presta a descargar el golpe.

Alexander había detenido el ejercicio toda vez que no podía dejar de pensar en ella. En su curvilíneo cuerpo enfundado en aquella camisa ajustada a su cintura y a sus pechos y que ella había desabrochado para tomar aire. La visión de su piel blanca y brillante debido al sudor del esfuerzo lo estaba distrayendo. Y si se fijaba en sus piernas recias delineadas por sus pantalones y sus botas, entonces su sentido del honor parecía resquebrajarse un poco más. Como bien había dicho ella, llevaba más de una semana en Blair Atholl y, aunque la convivencia era normal, en ocasiones se tornaba algo complicada para él, puesto que, sin pretenderlo, tal vez Laimie estaba consiguiendo que despertara su deseo por una mujer. Por *ella*.

—Necesitas manejar la espada con mayor rapidez —le dijo tuteándola después del tiempo que llevaban juntos e inventando una disculpa que no tenía razón de ser. Llevaba días realizando ese ejercicio a la perfección y su velocidad y destreza con la espada o el florete iban aumentando—. Si mis ejercicios te aburren, siempre tienes la opción de marcharte. —Alexander le sostuvo la mirada; deseaba que ella arrojara el florete al suelo y le anunciara que lo dejaba.

—¿Más todavía? —Laimie se mantuvo en sus trece. Creía que él le estaba tomando el pelo. Aunque, después de todo, él era el maestro de esgrima y ella había acudido hasta allí por él—. Al menos podrías dejarme descansar. Tengo la sensación de que el brazo se me va a caer del cuerpo de un momento a otro.

Ella lo siguió observando en silencio mientras Alexander se le acercaba con paso firme. Laimie se humedeció los labios y sintió su boca seca. La imagen que ofrecía Alexander en ese momento era la de alguien salvaje. Con el cabello enmarañado por el sudor, la sombra de la barba en sus mejillas, y esa sonrisa que conseguía ponerla en guardia cada vez que se la regalaba. No podía negar que Alexander era un hombre con presencia.

—Dame el florete. Nos tomaremos un descanso hasta que recuperes tu brazo.

—Esta vez, no pienso quedar desarmada a tu merced —le aseguró y sujetó el arma entre sus dedos, lo que provocó una sonrisa cínica en él.

—¿No te fías de mí? —le preguntó con un tono insolente, pues esperaba que ella se rindiera. Pero el suave tacto de sus dedos en los de él para apartar su mano de la de ella obligó a Alexander a dar un paso atrás al instante. Se volvió y le dio la espalda. Ya era suficiente tiempo de andar pensando en situaciones que no tenían el más mínimo sentido.

Laimie acusó ese gesto brusco por parte de él, pero dichosa porque era consciente de que lo había derrotado con ese gesto. En ocasiones, se encontraba con un hombre atento y delicado con ella. Pero en otras se volvía

rudo y desconsiderado, como en ese mismo instante, en el que le dio la espalda sin más explicaciones. Alexander mostraba dos caras, de igual modo que cuando practicaba con ella. Comenzaba esgrimiendo su espada de manera lenta, suave, dejando que su filo acariciara el de la espada de ella. Y en otras, atacaba sin descanso ni reparo. Sin pensar en que pudiera herirla dada su fortaleza y su destreza. Era como si el diablo lo poseyera. Y luego, cuando por fin la desarmaba y se quedaba parado delante de ella mientras la contemplaba como si estuviera mirando el amanecer más hermoso de aquellos parajes, Laimie creía fundirse en su interior. Temblaba como una hoja sacudida por el gélido viento invernal procedente de las Tierras Altas. Se encontraba indefensa y pensaba en el motivo que llevaba a Alexander a comportarse de aquella manera.

—¿No crees que estoy perdiendo el tiempo?

La voz de ella lo trajo de regreso a la realidad. Por un instante, se había olvidado de que Laimie estaba justo detrás de él. Se volvió pausadamente para enfrentarse a ella una vez más.

—No. Ya te lo he dicho. No estás perdiendo el tiempo. Pero si lo consideras así... —Cogió aire y se encogió de hombros—. Puedes marcharte de Blair Atholl cuando gustes. Ya lo sabes. No hace falta que te lo repita a cada momento que tú pienses así.

Alexander tensó las mandíbulas a la espera su respuesta, que deseaba que fuera la que una parte de él quería escuchar: que se iría. La retó con la mirada para doblegar su espíritu orgulloso, inquebrantable. Pero eso era algo que no conseguiría con ella. Otro en su lugar ni siquiera se habría asomado por allí para solicitar su destreza con la espada. De manera que mucho menos aguantaría lo que ella con tal de lograr su objetivo.

Laimie se permitió la licencia de sonreír con ironía ante aquella sugerencia. Inspiró hondo, sin bajar la mirada ni un solo instante, y pensó en que no iba a seguir su consejo bajo ningún concepto. Estaba allí para lograr su propósito.

—¿Acaso quieres que lo haga? —Laimie entornó la mirada hacia él, con un

deje de diversión en el tono de su pregunta. Jugeteaba con el florete entre sus manos.

—No se trata de lo que yo quiero, sino de lo que tú acabas de expresar. Crees estar perdiendo el tiempo al practicar estos ejercicios tan básicos.

—Tal vez porque ya pasé tiempo con McGillvrai repitiéndolos una y otra vez hasta hartarme —le aclaró caminando hacia él con la rabia en su mirada.

—¿Crees que porque mi amigo McGillvrai te haya enseñado unos cuantos lances de esgrima ya está? ¿Acaso piensas que lograrías derrotar a Travis? — Había una mezcla de ironía y enfado en la pregunta de él. No quería que se marchara porque sabía que iría en busca del inglés para retarlo, y entonces este... Alexander detuvo sus pensamientos en el momento justo. Pensar en su cuerpo tendido sobre la hierba húmeda de la mañana con un cerco de sangre manchando su camisa hizo que Alexander se tensara y que al mismo tiempo algo dentro de él prendiera. Un sentimiento que se asemejaba al cariño por ella. Al miedo a perderla como ya había sucedido con su esposa e hijos.

—Ya sé que Travis es un buen esgrimista, pero...

—Entonces quédate y sigue practicando hasta que te hartes. Pero si encuentras un solo *pero* en ello, puedes marcharte. Aunque creo que no es lo más conveniente. Me has pedido que te ayude y lo estoy haciendo a costa de mis convicciones. Sin embargo... —Alexander deslizó el nudo que apretaba su garganta y le impedía decir lo que él quería. Lo que comenzaba a sentir poco a poco. Día tras día—. Me gustaría que permanecieras en Blair.

La manera en la que se lo pidió sobresaltó a Laimie hasta el punto de arrancarle su enojo de raíz. Hasta hacer que ella trastabillara al dar un paso. Su pulso comenzó a ganar velocidad al mismo tiempo que los latidos de su corazón retumbaban en el interior de ella. ¿Qué significaba aquella petición suya? ¿Qué estaba cambiando aquel huraño hombre? Quiso preguntárselo, pero entonces Laimie se dio cuenta de que él había levantado la mirada por encima de ella. Su semblante se ensombreció al momento. Laimie lo contempló mirar a lo lejos con el ceño fruncido mientras su cuerpo se

tensaba.

—¿Qué sucede? ¿Qué...? —Laimie giró sobre sus talones para contemplar a dos hombres a caballo que entraban en las inmediaciones de Blair Atholl. ¡*Sassenachs!*

Alexander descendió los escalones hasta situarse junto a ella. Su mano la sujetó por el brazo, lo que la hizo estremecerse. Volvió la mirada hacia él y percibió temor en sus ojos. ¿Temor por ella? Volvió su atención a los dos jinetes. Soldados ingleses. ¿Qué hacían allí? ¿De patrulla o se habían perdido?

Ambos detuvieron sus monturas a escasos pasos de la pareja. Descendieron y, tras pasar las riendas por la cabeza de los caballos, se quedaron de pie.

—Buenos días —dijo uno de ellos con una leve inclinación de cabeza.

—Buenos días —refirió Alexander.

—¿Podríamos dar de beber a los caballos?

—Y, de paso, a nosotros —sugirió el otro sin apartar la mirada de Laimie ni un solo instante.

Alexander escrutó sus rostros. No se fiaba de sus intenciones. Sabía cómo se las gastaban, lo había vivido en sus propias carnes. Se volvió hacia la entrada sin perder de vista a los dos ingleses ni a Laimie. Casi le temía más a ella que a los soldados porque sabía de lo que podía ser capaz de hacer con aquellos dos hombres. Y más con su florete en la mano.

—¿Es vuestro esposo?

Laimie se vio sorprendida por aquella pregunta. Y su ligero sobresalto no pasó desapercibido para el soldado.

—No, no lo es.

—Vaya, entonces...

Alexander se apresuró a regresar con una jarra de agua que en ese momento tendía a uno de los dos soldados.

—Dice que no es vuestra esposa —comentó el soldado que se había dirigido a Laimie.

Alexander intercambió una mirada con esta. Quería saber cómo se encontraba. ¿Nerviosa? ¿Asustada? ¿O ninguna de las dos?

—No. No es mi esposa. Practicamos esgrima —le dijo haciendo referencia al florete de ella.

—Curioso, ¿no crees? —preguntó el soldado volviendo su mirada hacia su compañero.

Laimie contuvo la respiración hasta que escuchó aquella declaración rotunda de él.

—¿Jacobitas? —preguntó el soldado mientras entornaba la mirada con curiosidad hacia Alexander—. Por estas tierras abundan los seguidores de los Estuardo.

Este cerró sus manos en puños, cuyos nudillos palidecieron.

—Bebed y marcharos —les sugirió Alexander; sentía el fuego de la ira crepitar en su interior. Si no lo hacía pronto, apostaba a que no saldrían vivos de las tierras de Atholl.

—Calma, hombre. Estamos descansando y contemplando las vistas —le dijo el que parecía tener más interés en Laimie. Se acercó a esta con decisión.

—No se te ocurra ponerle la mano encima o te arrepentirás. —El tono frío y cortante de Alexander paralizó el corazón de Laimie. Ella desvió su atención hacia él y lo que percibió en su semblante le heló la sangre. Pero también el asentimiento al bajar por un segundo su mirada hacia el florete que ella sostenía en su mano. Si la cosa se complicaba, Alexander no dudaba de la capacidad de Laimie para acabar con el inglés.

El soldado detuvo su avance y se centró en Alexander. Arrojó el vaso lejos y el agua restante se esparció por la tierra.

—¿O qué? ¿Vas a impedírmelo? Bulford, creo que este tipo es un jacobita declarado. Deberíamos arrestarlo por traición o, mejor dicho, ahorcarlo —expuso llevando su mano hasta la empuñadura de su espada, dispuesto a extraerla de su vaina.

Laimie se quedó paralizada al ver a Alexander tan tranquilo mientras el

inglés casi había sacado su arma para, sin duda, matarlo.

—¡Señor! —La voz de Jhonas dejó a los dos ingleses y a Laimie paralizados. En un abrir y cerrar de ojos, Laimie contempló como Alexander tenía en su mano el florete con el que había estado practicando. El servicial Jhonas se había apresurado antes de que los soldados ingleses fueran a más.

Pero en es instante eran los dos soldados los que parecían más que dispuestos a batirse con él.

—Laimie, por lo que más quieras. Ten cuidado —le advirtió con un tono de voz suplicante y autoritario que la dejó quieta en su sitio. El corazón de Laimie latía desbocado al contemplar la escena y sentirse útil para ayudarlo. Pero él se lo había pedido, luego... Alzó su florete en alto, dispuesta a defenderse de la acometida de uno de los ingleses.

—Veamos si en verdad sabes manejarlo, preciosa.

Laimie apartó cualquier pensamiento de su mente. La dejó en blanco y se centró en aquel inglés que le recordó a Travis.

El sonido de los aceros al entrecrochar llenó de ruidos el lugar. Alexander se desenvolvía con gran agilidad y maestría. Laimie contuvo el golpe de su oponente con demasiada facilidad. Este continuó lanzando estocadas bastante sencillas que Laimie conocía a la perfección. Cuando los primero lances hubieron pasado, ella se rehízo y comenzó a ejecutar con maestría lo que había aprendido hasta ese momento, lo que hizo retroceder a su adversario, quien no podía dar crédito a que ella lo estuviera haciendo recular. Laimie se aprovechó de aquel momento de desconcierto por parte del inglés y con maestría aplicó un ataque falso que desconcertó a su oponente. Cuando este quiso reaccionar, Laimie hundió varias pulgadas de su acero en su vientre y lo contempló caer como si de un peso muerto se tratara. Luego, se volvió hacia Alexander.

—Engañar a la contra. Uno, dos y... tres. —El florete de Alexander penetró en el costado del otro soldado, que trastabilló herido. Ese momento lo aprovechó Alexander para rematarlo y que cayera muerto a sus propios pies.

Laimie se quedó paralizada durante unos segundos en los que fue consciente del peligro que había pasado. En un gesto inesperado, tal vez fruto de los nervios y del temor experimentado, corrió hacia Alexander y se abrazó a él con todas sus fuerzas. No solo había temido que a él le sucedería algo, sino que ella misma había sentido la tensión propia de un duelo a muerte.

Alexander abrió la mano para dejar que la espada cayera a sus pies. Luego, la deslizó bajo el mentón de Laimie para contemplar su brillante mirada. Sacudió la cabeza sin comprender por qué se había comportado de esa manera: corriendo a refugiarse entre sus brazos y apoyando su rostro contra su pecho mientras él era consciente de cómo ella temblaba.

—¿Te ha gustado la lección? —le preguntó él tratando de quitarle hierro al asunto. Pero, sobre todo, quería mostrarse algo irónico porque lo que había percibido en la mirada de ella acababa de hacerlo estremecer.

Laimie entreabrió sus labios para decir algo, pero la mirada y la sonrisa cínica de él la desconcertaron. Había tenido miedo por él.

—¿Lección? Pero si... —Laimie seguía desconcertada con él. Se apartó unos pasos, se desembarazó del abrazo y experimentó una fría sacudida al hacerlo. Lo observó sin poder creer que se lo hubiera dicho en serio—. Acabo de matar a un hombre.

—Engañar a la contra. Un ataque doble falso. Algo así como el que empleé contigo el primer día. —Se quedó contemplándola sin saber qué más podía decirle. ¿Qué había tenido miedo por ella? No creyó que volvería a tener esa sensación en su vida, tras la muerte de su esposa e hijos. Pero ahí estaba de nuevo—. Jhonas, dile a Brady que te eche una mano con los caballos. Ocultadlos en los establos. Ahora voy hacia allá.

El fiel sirviente desapareció en el interior del castillo. Alexander volvió a centrarse en Laimie.

—Los buscarán. Son soldados ingleses —le dijo esta contemplando con temor a Alexander por lo que pudiera sucederle.

—No lo harán —le aseguró recogiendo las armas de ambos—. Las Tierras

Altas son traicioneras. Hay caminos que te hacen dar vueltas y más vueltas hasta que te das cuenta de que te has perdido. No le extrañará a nadie que estos dos lo hayan hecho —le aseguró señalando a ambos.

—Pero... ¿qué vas a hacer con ellos?

—Darles sepultura. Los caballos los ocultaremos en las cuadras y nos desharemos de cualquier insignia o distintivo inglés. Y ahora, ¿vas a quedarte ahí mirando o vas a echarme una mano? —le preguntó y la observó fríamente mientras cargaba sobre sus hombros a uno de los soldados para llevarlo lejos de la entrada del castillo.

Laimie entrecerró sus ojos y lo vio alejarse de ella como si lo sucedido fuera de lo más normal. De nuevo volvía a ser rudo. ¿Qué pretendía que hiciera? ¿Quería que cargara con aquel soldado? «Y pensar que un momento antes he temido por su vida», pensó mientras sujetaba al soldado por las manos y tiraba de este.

—Deja. Ya me encargo yo —le dijo Alexander al llegar junto a ella, lo cual la encendió mucho más. Se quedó mirándolo como si fuera a abofetearlo por lo que había dicho.

—Pensé que pretendías que hiciera algo —le aseguró, arrastró como podía al soldado y se aferró a las manos de este con fuerza cuando sintió la cercanía de Alexander a su lado. Tenía la impresión de que se caería si lo soltaba. Pero entonces él se inclinó para ayudarla y ocupó todo el espacio, atrapándola de nuevo con su cuerpo, y Laimie quiso escapar de él en esa ocasión. Se apartó a duras penas observándolo cargar con el cuerpo y alejarse de ella para dejarla sumida en una espiral de confusión que no sabía hacia dónde la llevaba.

Alexander, Jhonas y algunos sirvientes más que había en Blair cavaron las fosas para enterrar a los dos soldados. Lo hicieron en un lugar algo apartado, donde había bastante maleza, para que no resultaran evidentes a la vista de cualquiera que pasara por allí. Una vez concluida la tarea, Alexander Murray se dirigió a los establos para echar un vistazo a los caballos.

—Son buenos—apuntó Jhonas palmeando los cuartos traseros de uno de

ellos.

—Encárgate de las armas. Servirán para adornar la sala de esgrima —le pidió Alexander mientras él descargaba la montura y las riendas y las dejaba en el suelo.

—¿Creéis que alguien los echará de menos?

—Poco o nada me importa. Los *sassenach* que se internan en estas regiones saben a lo que se exponen. Y no me refiero a que puedan ser asaltados por partidas de prófugos jacobitas que permanecen escondidos, sino a que la propia naturaleza es muy traicionera.

—¿Y la señorita?

—¿Qué? ¿Qué sucede con ella? —Alexander no quiso dar muestras de su preocupación por Laimie, así que empleó un tono neutral en su pregunta mientras miraba a su ayudante con curiosidad.

—¿Cómo está? Lo cierto es que la situación ha sido algo...

—Sé lo que quieres decir. No te preocupes. Debe acostumbrarse si pretende matar a Travis. Acaba de aprender una lección que tardará en olvidar. No es una damisela de la capital ni nada por el estilo.

—¿Por qué habéis dejado que se quede?

Alexander emitió un gruñido.

—Porque es demasiado testaruda. Tiene en mente una idea y no creo que la abandone hasta que no la lleve a cabo. Eso es. He llegado a la conclusión de que la mejor y más rápida manera de que lo haga es enseñarle cuanto sé, — Alexander estaba convencido de que así sería. Caminó hacia la salida de las caballerizas y se encontró con ella allí, de pie, aguardándolo; o al menos eso creía él.

«Porque no quiero que su muerte pese en mi conciencia», pensó mientras dejaba su mirada suspendida en el vacío por un solo instante y el rostro de ella se adueñaba de su mente.

—Deberíais hablar con ella sobre lo sucedido. Su reacción con vos ha sido la de alguien que en el fondo tiene miedo.

—Pues claro que lo tiene. Acaba de matar a un hombre con su propia mano. Es bueno que sepa lo que sentirá si llega el caso que se encuentre con Travis. Una cosa es querer matar a alguien y otra muy distinta hacerlo —le recordó Alexander antes de volverse hacia la salida de la cuadra, con el genio encendido por aquella recomendación de su fiel Jhonas.

Laimie lo contempló con los ojos entrecerrados, mostrando su incertidumbre, pero también su admiración. No había vacilado en salir en su defensa cuando uno de los soldados se acercó a ella dispuesto a cualquier cosa. Lo vio caminar hacia ella con las manos sucias de tierra y polvo que sacudió antes de situarse a escasos pasos de donde estaba.

—¿Qué haces aquí?

—Esperándote. ¿Seguimos con la clase o, por el contrario, la damos por terminada?

Alexander sonrió irónico.

—Veo que la muerte de los dos *sassenach* no te ha quitado las ganas de seguir con la clase.

—Nos interrumpieron.

—Cierto. Pero creo que sería mejor dejarlo por hoy. Asearnos y descansar. Hoy has aprendido un par de estocadas mortales. —Alexander pasó al lado de ella y rozó su hombro con toda intención. No hizo mención alguna acerca de la muerte del inglés a manos de ella, como le había sugerido Jhonas.

—¿Y el resto del día? —le preguntó Laimie, girándose en dirección a él, a la espera de que él hiciera lo mismo y la mirara. Pero él no lo hizo.

—Puedes hacer lo que gustes —le dijo sin volver la mirada hacia ella y recogiendo las espadas del suelo. Alexander no quería hacerlo porque estaba convencido de que no podría resistirse a preguntarle qué tal se sentía. Y porque él mismo deseaba rozarla. Volverla a tener entre sus brazos como minutos antes. Pedirle que lo acompañara a dar un paseo por los alrededores del castillo de Blair, e infinidad disparatadas ocurrencias. No. Era mejor dejarla a su aire mientras él se refugiaba en la biblioteca hasta que decidiera

que era hora de abandonarla. Solo así, lograría vencer el repentino deseo por besarla que ella había creado en él.

Laimie permaneció en el sitio con los brazos en jarras observándolo entrar en el castillo sin mediar ni una sola palabra más. Ni un gesto, ni mucho menos un mirada. Resopló y decidió que no lo necesitaba para seguir practicando en el salón de armas. Al menos el ejercicio le quitaría el absurdo pensamiento de encontrar atractivo a Alexander. De igual manera le ayudaría a sacudirse el estado en el que se encontraba. Había matado a un hombre y él ni siquiera se le ocurría preguntarle qué había sentido. ¿Cómo se encontraba? O ¿a qué había venido su repentino abrazo? De nuevo volvía a comportarse como un hombre rudo y sin consideración alguna. Pero ¿qué podía esperar de él? Le había dejado claro que la enseñaría y nada más. Ese era después de todo su cometido. No tenía por qué ser educado y atento con ella. Esas cualidades no entraban en su acuerdo para aprender esgrima.

Laimie se encerró en la sala de armas para practicar. Pensaba que el ejercicio le vendría bien después de todo. Sin embargo, la imagen del soldado muerto la asaltaba una y otra vez y la hacía detener su brazo a la hora de lanzar una estocada. Llevaba horas practicando. Había parado para comer algo, pero de inmediato había regresado al salón de armas del castillo. Sentía la necesidad de seguir ejercitando los movimientos que ya conocía. Pero también intentaba recrear, sin mucho acierto, las estocadas que había visto realizar a Alexander. ¡Alexander! No lo había vuelto a ver desde que se había despedido de ella tras salir de la cuadra. No había bajado a verla ni a preguntarle por cómo estaba o qué demonios hacía allí abajo. ¡Nada!

Laimie sentía los músculos de sus brazos algo fatigados por el exceso de ejercicio. Y lo mismo podría decirse de sus piernas. Sudaba de manera copiosa y sentía la camisa pegada a su cuerpo como si se tratara de una segunda piel. Estaba centrada en deslizar el filo de su espada por entre las velas de uno de los candelabros que había. Recordaba haber aprendido ese

ejercicio estando con McGillvrai. Y en ese momento, a solas, lo practicaba tratando de no derribar las velas.

—Deberíais acercaros un poco más. De ese modo, la estocada que pretendéis dar sería más certera y mortal. Como la que le regalasteis al inglés.

Laimie acusó el influjo de aquella voz y, en el último instante, vaciló al lanzar su estocada. La punta de la espada chocó contra una de las velas y derribó la del candelabro en vez de pasar entre las dos. Laimie emitió un gruñido de fastidio por este clamoroso error. Apretó los dientes, enrabiada por ello, y bajó la espada hasta que la punta rozó la madera del suelo. Lanzó una mirada poco amistosa a su inesperada visita.

—Os habéis descuidado —apreció él caminando con las manos atrás.

—Si no me hubieseis dicho nada, el acero habría pasado entre los dos brazos del candelabro. Por el contrario, he dado de lleno a una de las velas.

—Miradlo por este otro lado. Habéis derribado a vuestro oponente —ironizó él memorizando la visión que tenía de ella en ese preciso instante.

Laimie se había recogido el cabello con una cinta, salvo por algunos mechones rebeldes que caían sobre su rostro enrojecido por el esfuerzo. Entreabría los labios de manera sugerente, de igual modo que los dos primeros botones de su camisa. «Si me se acercara un poco más y la obligara a inclinarse, podría contemplar sin duda el nacimiento de sus voluptuosos pechos», pensó sonriendo de manera cínica.

—Presumo que fue McGillvrai quien os enseñó este ejercicio. —Alexander se inclinó a recoger el trozo de vela que había quedado en el suelo y volvió a colocarlo en su correspondiente lugar en el candelabro.

—Sí.

—Os he estado observando. —Aquella apreciación provocó un ligero sobresalto en Laimie, quien no pudo evitar sentir el calor acentuado en su rostro—. Os quedáis corta en vuestra estocada. No llegáis a estirar el brazo por completo, y eso os impide llegar hasta vuestro adversario, así como descuidáis vuestra guardia. Lanzadme una estocada. —Laimie frunció el ceño

ante aquella petición—. No temáis. No vais a conseguir herirme. Ni mucho menos matarme.

Ella se dispuso a obedecer su petición. Intercambió una mirada con él y vio que asentía y le daba a entender que estaba preparado. Laimie estiró su brazo, pero apenas si rozó el cuerpo de él. Aquella apreciación la enojó más todavía porque sin duda que él llevaba razón.

—Otra vez.

Laimie repitió su estocada, y él aprovechó para girar lo suficiente y que su mano le tocara la cintura. Ella acusó la tibia caricia y la consabida consecuencia en forma de suspiro incontrolado.

—¿Lo veis? No solo os quedáis corta, sino que, además, me habéis facilitado el poder heriros sin complicación alguna. —Alexander no había retirado su mano mientras le explicaba el movimiento y su rostro se giraba para quedar a escasos centímetros del de ella.

Laimie se sintió extraña en aquel momento. Tener a Alexander tan cerca, con su mano rozándole la cintura, era algo que no había pensado. Ni tampoco sabía cómo controlar su respiración, la cual se había visto alterada. Se humedeció los labios y deslizó el nudo que le apretaba la garganta y que le impedía hablar.

Alexander sonrió y se apartó de ella cuando comprendió que la situación se había vuelto algo comprometida para ambos. La había contemplado con el deseo de besarla, de dejar que su mano rodeara la cintura de ella y la atrajera hacia su cuerpo para sentirla cerca, más cerca de lo que en ese momento estaba. Bajó la mirada, pero su atención se centró en el escote de su camisa abierta y que revelaba la blanquecina piel. Pero en el último instante, él se echó atrás. No quería complicarle la vida a la muchacha. Besarla sería una completa estupidez por su parte.

—Tuvisteis suerte al acabar con el soldado.

Laimie no se movió del sitio mientras observaba a Alexander dar un paso atrás con la mirada llena de confusión. Se había mostrado torpe y reticente a

seguir contemplándola como hasta hacía un momento, en el que ella creyó que la besaría y a lo que no se opondría porque sentía un extraño deseo de que sucediera. Sentir la mano de él en su cintura, aunque fuese de una manera casual debida al lance del ejercicio, le había provocado un remolino en el estómago.

—¿Suerte? —Laimie lo contempló contrariada por aquella aseveración por parte de él.

—El pobre loco estaba en desventaja ante vos. —Alexander torció el gesto y le dio a entender que así había sido—. Estaba más pendiente de vos como mujer atractiva que de vuestro florete. Estaba convencido de que no sabríais manejarlo. Eso lo llevó a la perdición. Y vos lo aprovechasteis muy bien con una estocada certera y mortal.

—No os lo discuto, pero...

—Habéis matado a vuestro primer oponente en un duelo. Es mejor que no lo penséis en demasía y que lo toméis como algo normal.

—¿Normal? —estalló Laimie ofuscada por aquellas explicaciones tan poco... delicadas.

—Si acabáis con Travis, estad segura de que os buscarán para acabar con vos. Tenedlo muy presente —le informó adoptando un semblante frío y serio—. Por cierto, debéis tener más cuidado con la guardia, ya que os he sorprendido en el lance anterior. Pienso que también es debido a las horas que lleváis practicando. Deberíais dejarlo por hoy. Asearos y cenad conmigo si os apetece. Después podemos charlar en el salón como viejos amigos y podéis aprovechar la ocasión para aclararme a qué ha venido vuestra reacción cuando acabé con el otro inglés —le propuso sin saber si lo que estaba diciendo sería del agrado de ella. Si sería adentrarse hacia un grado de complicidad que les convenía a ambos. Alexander era consciente de que ella se acabaría marchando de Blair Atholl. Que nada ni nadie podrían hacerla desistir de su empeño por matar a Travis, aun a riesgo de su propia vida. La contempló una última vez antes de caminar hacia la puerta mientras sentía la

mirada de ella en su espalda.

Laimie no supo reaccionar ante aquel ofrecimiento por parte de él. Estaba demasiado confusa con sus palabras acerca de lo sucedido esa mañana; con la sensación provocada por la mano de él sobre su cintura, y porque para él matar parecía algo normal. Por estos motivos no dijo nada y dejó que él se marchara taciturno. Bajó la mirada hacia la espada que todavía tenía en la mano y suspiró. Sacudió la cabeza y se preguntó qué diablos estaba sucediendo entre ellos. No quiso responderse o no supo, de manera que devolvió la espada a su lugar en la armería y siguió el camino que él había iniciado hacia la salida. Mañana sería otro día. «Mañana veré las cosas de otra manera», se dijo, apagó las velas que restaban encendidas y cerró la puerta detrás de ella.

Se había cambiado de ropa después de haberse sumergido en una tina de agua caliente y perfumada. Alexander había tenido el detalle de hacer que se la prepararan. Habían encendido el hogar en su habitación para que esta estuviera lo bastante caldeada para que ella no cogiera frío. Después había dado orden de que le entregaran jabones y productos de aseo que habían pertenecido a su fallecida esposa.

Él, por su parte, se encerró en la biblioteca y se sentó frente al fuego. Con la cabeza gacha y la mirada fija en las danzarinas llamas, trataba de no pensar en *ella*. En la misma muchacha que en ese instante estaría completamente desnuda y sumergida en un baño de agua caliente y jabón. Alexander cerró sus manos en puños cuando se la imaginó, y se culpó por ello. Llevaba demasiado tiempo sin una mujer. Desde que terminó la guerra y esta se llevó a su esposa y a parte de su familia, él se había encerrado en Blair cual ermitaño, sin querer saber nada más del mundo afuera de aquellos muros. Pero entonces, el mundo había acudido hasta allí para introducirse entre estos y recordarle lo que se estaba perdiendo. La vida seguía fuera de Blair.

Laimie era bonita, deseable, testaruda y orgullosa, «como buena hija de los McDonald», pensó dejando que su boca se curvara en una sonrisa. Había contemplado morir a su prometido a manos de un inglés, y eso la había marcado. De igual manera que acabar con la vida de un pobre desgraciado soldado esa misma mañana. Estaba seguro de que, aunque consiguiera derrotar a Travis, sus temores y sus fantasmas la perseguirían allá donde fuera. Si ella creía que, una vez que lograra su venganza, todo habría

terminado para ella, entonces era que no sabía nada de la vida. Él podría contarle por experiencia propia que no funcionaba así.

Un suave toque en la puerta hizo que despejara la mente de los pensamientos en torno a Laimie.

—Adelante. —Dejó su atención fija en la puerta que se abría y revelaba a la mujer más bonita que había contemplado en aquellos años. Alexander acusó el vuelco en su pecho. Sintió la boca seca y tuvo la impresión de que el corazón se le iba a parar de un momento a otro. «Demasiado tiempo sin una mujer», se repitió parado allí, memorizando el rostro de Laimie. Estaba... diferente pese a ser un vestido sencillo el que lucía en ese instante. Tal vez fuera él mismo quien la encontraba distinta.

Laimie se sintió algo cohibida cuando percibió el cambio en el semblante de él. Su mirada fija en ella parecía causarle algún que otro inconveniente y le hacía más complicado avanzar. ¿Volvía a ser el hombre afable que le había permitido conocer en algún que otro momento?

—Estoy segura de que acabo de dejarte sin palabras —le dijo en un tono jovial e irónico, tuteándolo por primera vez desde que llegó a Blair. Laimie necesitaba romper aquel momento tan extraño que acababa de surgir entre ambos.

Alexander sacudió la cabeza.

—No, quiero decir que... debe ser como dices.

—Llevas viéndome con pantalones y camisas muchos días. Prácticamente desde que llegué aquí.

No se trataba de que ella llevara puesto un vestido, sino, más bien, de la imagen de ella en su conjunto, aparte de los pensamientos suyos al respecto. Alexander la contempló caminar hacia él sin ser consciente de lo extraño que lo hacía sentirse en su interior. Del deseo por rozarla, por acariciarla, aunque supiera que no era lo que más le convenía a ninguno. Pero el deseo estaba allí como un tercer invitado y no parecía que se quisiera ir pese a que él tratara de echarlo con todas sus fuerzas.

—Es un vestido de lo más sencillo el que tengo, pero consideré que sería apropiado para cenar. Porque sigues pensando que cenemos, ¿verdad? Me refiero a que no has cambiado de idea desde que me lo sugeriste esta tarde.

—Laimie entornó su mirada con cierto temor a que él se hubiera olvidado. O que hubiera cambiado de opinión sin más.

—No, claro. Te lo dije porque apenas si hemos tenido tiempo para charlar. Y en parte se debe a mí. A que me he acostumbrado a estar solo.

Laimie había estado considerando su invitación toda la tarde. No sabía si debería aceptarla o quedarse en su cuarto y pedirle a Jhonas que le subiera algo para cenar. Desde que estaba en Blair solo había comido algo con él la noche en que llegó al castillo, pero fue algo frugal y rápido. Por lo general, lo había estado haciendo sola, ya que Alexander desaparecía cada mañana en cuanto terminaba la clase de esgrima y apenas si se dejaba ver por el castillo. Ella tampoco hacía mucha intención por buscarlo o incluso preguntar a los habitantes de Blair por él. No quería tener una relación íntima con él.

—Diré a Jhonas que nos sirva aquí la cena. Estaremos más tranquilos. — Alexander pasó por el lado de ella y la rozó de manera involuntaria.

Laimie se quedó sola frente a la gran chimenea de mármol cuya repisa estaba engalanada con candelabros. Por encima de esta había colgado un enorme cuadro que sin duda representaba al padre de Alexander, eso dedujo ella por el parecido existente. Giró en redondo para ver los muebles repletos de libros, una mesa en el centro con varias sillas. Y los dos sillones junto al fuego, en uno de los cuales había permanecido sentado él. Le llamó la atención el espacio que ocupaba un cuadro en una de las paredes opuestas a la chimenea. Una mujer joven, de ojos claros y pelo castaño con una expresión relajada en el rostro. «¿La esposa de Alexander?», se preguntó volviéndose cuando escuchó el sonido de pasos que entraban en la biblioteca.

Él se quedó clavado en el sitio y observó, primero, a ella y, después, al cuadro. Laimie percibió el anhelo y el cariño hacia la persona del retrato.

—Jhonas nos servirá la cena aquí.

—¿Tu padre? —preguntó señalando el cuadro colgado por encima de la repisa de la chimenea.

—Vestido con el traje escocés y los colores del tartán del clan Murray — dijo con orgullo, levantando su mirada hacia su progenitor antes de ver a Laimie volverse hacia el retrato de Meredith—. Mi esposa.

—Lamento que la guerra se la llevara.

Alexander apretó los labios.

—Yo también. Pero no pudo hacerse nada —le dejó claro volviéndose hacia el fuego para remover los troncos.

—Ambos perdimos a nuestros seres más queridos —le recordó Laimie con cierta nostalgia hacia Fergus, y Alexander se percató de ello. Ambos compartían cierto dolor en su interior—. Pero debemos seguir adelante y aferrarnos a algo.

—¿La venganza en tu caso? —Alexander no se volvió hacia ella durante el momento en que formuló la pregunta.

Laimie permaneció con los labios entreabiertos como si fuera a rebatir aquella pregunta. Por un instante, su sentido de la venganza pareció pasar a segundo plano, y todo debido a la mirada que en ese momento él le dirigía, tras unos segundos de vacilación. Solo pudo sacudir la cabeza y apartarse para darle la espalda al tiempo que se retorció las manos en un claro gesto de nervios.

—Te aferras a esta para seguir adelante. Pero ambos sabemos que, aunque consigas matar a Travis, eso no devolverá la vida a tu prometido.

—Ya lo sé —le espetó, girándose para envararse ante él, con la rabia titilando en sus pupilas, las manos cerradas en puños dispuestos a descargar golpes y el corazón latiendo sin control. Respiraba con dificultad presa de la mezcla de sentimientos encontrados que llevaba experimentando desde hacía días. Practicaba esgrima para perfeccionarla y llevar a cabo su misión. Pero, al mismo tiempo, vivir allí le estaba haciendo pensar y darse cuenta de que tal vez no lograra solucionar nada derrotando a Travis.

—¿Entonces? —Alexander arqueó las cejas con expectación.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Qué te importa? Sigues viviendo en este castillo, aferrado a tus recuerdos, olvidando el mundo exterior.

Alexander apretó los labios con decisión. Estaba ofuscado con él mismo, con el destino y con ella. Esos tres elementos parecían haberse puesto de acuerdo para amargarle la vida. La repentina aparición de Laimie le había hecho recordar que, a pesar del tiempo transcurrido desde la muerte de su esposa y de sus hijos, todavía seguía *vivo*.

La sujetó por los hombros y la miró de manera fija. No sabía si decirle lo que estaba pensando de ella serviría de algo, pero...

—Aunque no me creas, me importas, Laimie.

Ella acusó el sentido de aquellas palabras. Abrió sus ojos a su máxima expresión primero, y los entrecerró posteriormente, dudando del significado de esa confesión.

—Te lo agradezco, pero solo deberías centrarte en perfeccionar mi esgrima.

—Me preocupa lo que pueda sucederte. Ya te lo he comentado en otra ocasión.

—Ni siquiera me conoces. Llevo aquí unas semanas y...

—Eso no quita que tenga miedo por ti. Por lo que pueda llegar a sucederte si te encuentras con Travis. ¿Vas a decirme que tú tampoco lo sientes? Como esta mañana, en la que acabaste con la vida de un soldado inglés y después corriste a abrazarme. ¿Por qué?

Laimie sonrió. Las palabras de Alexander le produjeron un palpito en su lado izquierdo. Se sintió dichosa por que él le hubiera dicho aquellas palabras; que temiera lo que pudiera sucederle.

—No estoy tan loca para enfrentarme a Travis de buenas a primeras. Soy consciente de que me falta mucho por perfeccionar. —Laimie bajó la mirada y el tono de su voz al tiempo que se volvía a separar de él. La calidez de su mirada y el suave tacto de sus manos sobre sus brazos la habían hecho pensar en cosas que no debían ser. Tal vez, después de todo, ella también se

estuviera dando cuenta de que no estaba tan muerta por dentro como ella pensaba; ni era tan fría como quería demostrar.

—Ni lo espero ni lo deseo.

—Agradezco tu preocupación hacia mí, pero... pierdes el tiempo si has pensando en hacerme cambiar de opinión —le dijo altiva y orgullosa, con el mentón alzado ante él.

—Soy consciente de que no lo conseguiría —le aseguró y giró hacia el fuego con una media sonrisa bailando en sus labios.

—¿Puedo conocer el motivo?

—Eres demasiado orgullosa y testaruda, Laimie —afirmó sonriéndole.

—¿Es así como me ves? —Laimie se acercó a él con el enfado reflejado en su rostro—. Pues déjame decirte que...

—Encantadora y atractiva, con una combinación de mordacidad y dulzura —prosiguió diciéndole al tiempo que se inclinaba un poco sobre el rostro de ella—. ¿Qué sentiste esta mañana, Laimie?

Laimie se había quedado con la boca abierta. Iba a reprocharle sus comentarios sobre su carácter sin esperar a que él siguiera definiéndola, y menos de aquella manera tan inesperada. El rostro de él estaba tan cerca del de ella que bastaría un leve empujón para que sus bocas quedaran selladas. Sacudió la cabeza confundida ante aquella explicación. No quería decirle que lo había abrazado porque había sentido miedo a que le sucediera algo malo. Porque ella también se preocupaba por él de una manera que no cabía en su entendimiento.

Alexander levantó la mirada para ver aparecer a Jhonas con la cena.

—Déjala sobre la mesa.

Laimie siguió sumida en aquella especie de ensueño provocado por las palabras de él. Lo contempló alejarse de ella hacia la mesa donde Jhonas dejaba la cena.

—Acercaos, o se enfriará. —Las palabras de él le sonaron lejanas a Laimie, quien no se había recuperado en su totalidad. ¿En verdad que él la veía de la

manera en la que la había definido?

Alexander la contempló en silencio, consciente de lo que su comentario había provocado en ella. Tal vez se hubiera excedido, pero eran tan reales como que le preocupaba lo que pudiera sucederle.

Ella se acercó a la mesa mientras en su cabeza revoloteaban las palabras de él. Sonrió con ironía a la vez que se sentaba.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—La manera en la que me ves. Orgullosa y cabezota, bien. De no serlo, no estaría aquí, dispuesta a llevar a cabo aquello que juré sobre la tumba de mi prometido —le aclaró con un deje algo sarcástico que buscaba provocarlo. Le lanzó una mirada que sería capaz de helar el infierno—. Encantadora, mordaz y dulce. ¿No crees que se trata de una combinación algo extraña? —Laimie arqueó una ceja en señal de expectación y desconcierto.

—En esa contradicción reside tu encanto.

—Oh. —Laimie se sentía más confusa. Debía admitir que, cada vez que trataba de rebatir los comentarios de él, Alexander conseguía confundirla más.

—No voy a obligarte ni a decirte que no vayas en busca de Travis. Pero al menos prométeme que lo pensarás. —La mirada de él estaba llena de preocupación—. Ya he perdido demasiados seres que eran queridos para mí. No me gustaría perderte a ti también.

—¿Pretendes que deje mi venganza sin cumplir? —le preguntó sin caer en la cuenta de lo último que él le había confesado.

—¿Qué bien le harías a tu prometido, Laimie?

—Demostrarme que su muerte no fue en balde. Que Travis lo humilló, jugó con él antes de acabar con su vida. ¿Qué mal había hecho? ¿Apoyar a los Estuardo? ¿Por eso murió? ¿O para diversión de un maldito *sassenach*? —Laimie se levantó y, apoyando las manos sobre la mesa, se encaró con Alexander. Su mirada refulgía como en ninguna otra ocasión que él la había contemplado. Ni si quiera cuando practicaba. El dolor apareció reflejado en

su rostro—. Tal vez para ti todo esto carezca de sentido, pero no para mí. Buenas noches. —Laimie arrojó la servilleta sobre la mesa y emprendió la marcha hacia la salida del salón, ante la atónita mirada de Alexander.

—¡Espera!

Laimie escuchó la voz de él alta y clara, pero no detuvo su avance porque no solo estaba enrabiada, sino dolida. Y no fue hasta que sintió la mano de él reteniéndola y atrayéndola hacia él, que se detuvo en seco.

—¿Qué más puedes decirme? —le preguntó ella alzando su mirada luminosa por las lágrimas de impotencia—. ¿Que en eso consisten los duelos? ¿Qué tuvo la mala fortuna de encontrarse con la mejor espada del ejército británico?

—No, nada de eso. ¡Maldita sea, no quiero que corras la misma suerte que tu prometido o que mi esposa! Solo eso. Te estoy pidiendo que lo reconsideres, pero si estás decidida a seguir adelante... —Alexander se detuvo preso de la agitación que oprimía su pecho al tenerla una vez más entre sus brazos. Apretó los labios, furioso consigo mismo por haberle permitido entrar en su vida.

Laimie no hizo más intentos por alejarse de él. La volvería a alcanzar y de nuevo quedaría entre sus brazos, como aquella misma tarde practicando esgrima. Recordó su manera de rozarle la cintura, el pecho y sintió una oleada de calor invadirla. Contuvo la respiración por un momento, aguardando a que él prosiguiera con su explicación. Lo percibió dudar, fruncir el ceño y sacudir la cabeza, hasta que él solo se apartó y la dejó libre para su completa sorpresa y desazón.

Alexander aguardó paciente a que ella se pronunciara. A que le rebatiera ese último comentario. Que le prometiera que lo pensaría.

—No puedo hacerlo. Lo siento —le confesó, bajando la vista hacia sus manos entrelazadas, al mismo tiempo que sentía la opresión en el pecho.

—Si es eso lo que quieres... —Le lanzó una última mirada, recorriendo su cuerpo desde los pies a la cabeza, antes de volverse hacia el salón y cerrar la

puerta con un golpe seco que provocó un sobresalto en ella.

Laimie cerró los ojos al mismo tiempo que el ruido de la puerta penetraba en su corazón. Los abrió para quedarse contemplándola cerrada, sin atreverse siquiera a acercarse y llamar, ni mucho menos abrirla y volver a entrar. Una fría corriente la envolvió cuando se encontró a solas en mitad del pasillo iluminado tan solo por algunas lamparillas. Laimie inspiró hondo y relajó los hombros; se sentía algo derrotada después de todo. Tal vez él estuviera en lo cierto y su venganza fuese una completa locura. Pero lo había prometido sobre la tumba de Fergus. No podía echarse atrás a esas alturas y solo porque él se lo pidiera. ¿Quién se creía que era para hacerlo? El dolor de cabeza se hizo más acusado y decidió regresar a su habitación cuanto antes para poder descansar, aunque temía que esa noche iba a costarle. Desapareció tras la puerta de su alcoba y se quedó con la espalda apoyada contra esta, los ojos cerrados y una sensación de ahogo en el pecho. Recordó las palabras de McGillvrai acerca de Alexander y de su carácter. Pero aquello no tenía que ver con que le ayudara a perfeccionar su esgrima. No entendía cómo había sucedido durante el tiempo que llevaba en Blair. Ni tampoco quería pensarlo en demasía. Y menos esa noche.

Caminó hasta la ventana y la abrió para dejar entrar algo de aire fresco que la despejara. Que le mitigara el dolor de cabeza que tenía gracias a él. La manera en la que la había sujetado en el pasillo para hacerla volverse, su manera de enfrentar su mirada, la calidez y la preocupación que había atisbado en esta. Su deseo de besarla... ¿Por qué?

Alexander había cerrado de golpe la puerta del salón para dejar claro que no quería ser molestado. Su respiración se había agitado más de lo normal en él. Se acercó a la mesa donde todavía estaba la cena a medio servir y cogió la botella de vino que había para la ocasión. No se molestó en verterlo en una copa, sino que, más bien, se limitó a beber por el cuello. Estaba encendido y pensaba que el alcohol lograría mitigar en parte esa sensación. Contempló la

botella sintiendo como su contenido se asentaba en su interior. La arrojó contra la chimenea, lo que provocó que el fuego se elevara y crepitara furioso, mientras él se quedaba contemplándolo y haciéndose la misma pregunta que otras veces: ¿qué podía importarle lo que le sucediera a ella? Si quería batirse en duelo con el inglés, ¡que lo hiciera! No era su propia vida la que arriesgaba, sino la de ella. Le enseñaría a perfeccionar su esgrima cuanto antes. De ese modo se marcharía de Blair Atholl para siempre. Y lo dejaría en paz. Como lo había estado hasta el día en que ella apareció en la puerta.

Se dejó caer en el sofá y contempló las llamas del hogar como si en estas estuviera la respuesta a por qué diablos se sentía de aquella manera. ¿Por qué había sentido el deseo de besarla cuando la volvió hacia él en el pasillo? ¿Tanto tiempo había transcurrido sin una mujer? ¿Sin sentir? Sonrió hasta que estalló en una cadencia de carcajadas, antes de tumbarse con los pies apoyados en el reposabrazos del sofá y dejar que el sueño lo venciera. Pero siempre con el rostro de Laimie en su mente.

No había terminado de salir el sol cuando Laimie daba por concluido su desayuno y emprendía su camino hacia el salón de armas del castillo. No había podido pegar ojo durante la noche, de manera que había considerado la opción de levantarse y practicar un poco. De ese modo, su cabeza estaría más centrada en otros menesteres que en Alexander y en su manera de dejarla plantada la noche pasada en mitad del pasillo. Su respuesta había sido firme y convincente. No iba a abandonar su venganza bajo ningún concepto, con ayuda o sin ella. Laimie todavía recordaba el portazo que este había dado al regresar al interior del salón. A solas, en mitad de la sala de armas, pensaba si después de todo había hecho lo correcto acudiendo allí. Estaba claro que a Alexander no le hacía demasiada gracia su presencia en Blair, y eso que ya se lo había advertido McGillvrai al respecto. Tal vez lo mejor sería marcharse e intentar mejorar su estilo con otro maestro de esgrima. Blandió su espada en el aire y dio unos cuantos mandobles para comprobar su flexibilidad. La

sostuvo en su mano con aire decidido hasta que comenzó a practicar. Lo haría sola. Hasta que le dolieran los músculos y cayera extenuada. Solo de ese modo creía que podría descansar. Y, de paso, se lo sacaría de la cabeza a él.

Los incesantes golpes en la puerta lograron despertarlo finalmente. Alexander entreabrió los ojos como si no reconociera dónde se encontraba. Los movió hacia un lado y hacia el otro tratando de ubicarse. Resopló al darse cuenta de que se encontraba en el salón, recostado sobre el sofá de tres piezas. Se incorporó hasta quedar sentado y observó las brasas, ya frías, del fuego que la noche pasada había caldeado la estancia. Se incorporó con un leve dolor de cabeza y caminó hacia la puerta a la que Jhonas seguía llamando. Sabía que era él porque era el único que tenía permiso para molestarlo cuando él estaba encerrado allí. La abrió, pero no esperó a ver la cara de su buen amigo y sirviente, sino que caminó de regreso al hogar para encender un buen fuego. La estancia estaba fría, desangelada, y él lo notaba en su cuerpo. Había sido tal su enfado la noche pasada que se había olvidado echarse por encima una manta para cubrirse.

—¿Qué sucede? —preguntó sin volverse hacia Jhonas.

—La señorita McDonald se ha levantado temprano y ha acudido al salón de armas para practicar. Os lo cuento por si os interesa saberlo.

Alexander se quedó inmóvil, agachado sobre el fuego y sin volver la mirada hacia Jhonas.

—Déjala. Que practique.

—Pensé que queríais saberlo.

—Gracias. Ya lo sé. ¿Algo más? —Alexander empleó un tono enérgico y molesto.

—¿Por qué has pasado la noche aquí? —Había un cambio de tono en la

pregunta de Jhonas e, incluso, de tratamiento hacia Alexander.

—¿Por qué no?

—Deja que te hable como un amigo y no como un sirviente que pertenece al clan Murray.

—Nunca te he considerado como tal —le dijo mirándolo de manera fija.

—Agradezco tu consideración. Son demasiados años juntos ya como para no saber que algo te reconcome por dentro. Algo que tiene que ver con la muchacha que está practicando en la sala de armas. ¿Me equivoco? —Jhonas entornó la mirada y buscó la confirmación por parte de Alex a esa sospecha.

La respuesta de él fue un nuevo resoplido. Se incorporó y se pasó la mano por el pelo. Sacudió la cabeza y por fin contempló a su amigo y leal servidor.

—Conseguiré que Travis acabe con ella de igual manera que hizo con su prometido.

—Y tú no quieres que eso suceda —dedujo Jhonas observando a Alexander sacudir la cabeza—. ¿Y qué piensas hacer? Aunque la echas a la calle, buscará a otro maestro de esgrima para que le enseñe.

—Lo sé. Esa muchacha es demasiado orgullosa y cabezota. No cejará en su empeño de llevar a cabo su venganza. ¡Y de morir si es preciso en ese intento!

—No podrás evitarlo. De manera que no te atormentes con ello, salvo que ella te importe lo suficiente como para evitarlo a toda costa.

La mirada esclarecedora de Jhonas alertó a Alexander. Este frunció el ceño, contrariado.

—¿De qué hablas? No sé que interés puedo tener en ella.

Jhonas sonrió.

—He percibido cierta complicidad en algunos momentos. Claro está que no es a mí a quien me compete decírtelo.

—¿De qué diablos me estás hablando?! ¿Qué complicidad? —Alexander se mostró molesto por aquellos comentarios y se revolvió inquieto a ojos de su sirviente.

—Tal vez ella sea el instrumento que emplea el destino para que tú abandones la vida que llevas.

—¿La vida que llevo? ¡La guerra me lo arrebató todo! Tú lo sabes mejor que nadie.

—Ni los niños ni Meredith van a volver.

—Ya lo sé. Pero ¿qué sugieres que haga?

—¡Que cambies de una maldita vez! ¡Llevas más de un año encerrado entre las paredes de Blair como una fiera! ¡No quieres ver la realidad!

—¿Cuál según tú? ¡Tú perdiste a tu hija, Jhonas! ¿Acaso la sabes tú? — Alexander lo sujetó por la camisa y se encaró con él como si de verdad creyera que hallaría la respuesta a su estado.

—Lo sé, ¿y crees que no la echo de menos? ¿Crees que me alivia venir aquí y contemplar su retrato? —le preguntó señalando el que estaba colgado de la pared—. Pero ello no me impide seguir adelante día a día. Buscando la mejor manera de sobrellevarlo. Te quedarás solo y nadie te llorará. —Hizo una pausa esperando que sus palabras hicieran mella en él—. Deberías asearte y comer algo —le dijo, volviéndose hacia la puerta, pero antes se giró una última vez—. Al menos *ella* tiene un objetivo en su vida, lograr la venganza. ¿Qué tienes tú? ¿Morir solo? Estoy seguro de que a Meredith no le gustaría.

Alexander contempló la mirada de Jhonas antes de que cerrara la puerta y lo dejara solo. Dirigió la mirada hacia el cuadro de su esposa fallecida y sonrió con ternura, como si ella estuviera allí, observándolo en ese momento.

—¿Tú también piensas igual que tu padre? Siempre fuiste de su opinión.

El sonido de pasos no la hizo vacilar ni un solo momento. No iba a caer en la distracción como en otras ocasiones, cuando él se presentaba haciendo que ella errara su lance. Pero cuando la puerta se abrió y él penetró en la sala, el pulso se le elevó a Laimie sin que ella lo pudiera evitar. Un escalofrío le recorrió la espalda hasta la nuca y le erizó toda su piel a su paso. Se aferró a la empuñadura de la espada con mayor determinación, consciente de que la

presencia de él lograba provocarle *aquello*. Esa sensación de nervios que se adueñaba de ella con suma facilidad. Levantó la mirada solo una vez para encontrarse con la de él. Estiró el brazo y se quedó algo corta en su estocada. Laimie rechinó los dientes ante esa apreciación, pero no por ello abandonó.

—Has madrugado.

Laimie no se inmutó ante esa apreciación por parte de él. «Sin duda que busca que cometa un fallo», pensó ella. Pero trataría de que eso no sucediera.

—No podía dormir —le dijo cuando completó el ejercicio del candelabro sin ningún error. No se movió del sitio mientras él descendía los tres escalones que conducían a la sala.

Alexander se mordió la lengua en el último momento. Iba a preguntarle por el motivo de su desvelo, pero apostaba a que ella no se lo confesaría. De la misma manera que él tampoco iba a hacerlo. Asegurarle que, por su culpa, él apenas si había conseguido dormir a ratos no era lo que ella necesitaba escuchar en ese instante. Caminó hacia las espadas para tomar una en su mano. La blandió, hizo un par de movimientos y cortó el aire con esta antes de llevarla al frente y saludar a Laimie.

Ella lo contempló con extrañeza. No esperaba que pretendiera cruzar aceros. Pero la posición de él, presto para el combate, no le dejó otra opción. Alexander trató por todos los medios de concentrarse en lo que iba a hacer, y no en lo atractiva y sensual que le parecía ella a esas horas, con el cabello recogido con una cinta, salvo por los consabidos mechones rebeldes que enmarcaban su rostro. La camisa ceñida a su cuerpo resaltando su generoso busto. Y los pantalones que ya se habían convertido en algo clásico, bien ajustados a sus caderas y muslos, y que marcaban su firmeza en cada lance. Pensó en las palabras de Jhonas, del verdadero motivo de la presencia de ella en el castillo de Blair, en lo que él aseguraba haber percibido entre ellos en ciertos momentos, lances del combate, miradas, caricias furtivas y causales...

—Anoche fui algo descortés —comenzó diciendo él mientras se movía con agilidad y destreza.

—Grosero me atrevería a decir —le rebatió ella, paró su ataque y le arrancó una sonrisa.

—Buena parada.

—No pienses que no presto atención a los movimientos cuando practicamos.

—En ese caso. —Alexander consiguió burlar la guardia de ella con una salida en falso. La punta de la espada rasgó la manga de la camisa de Laimie, pero sin lacerarle la piel. Habían pasado por alto colocar los botones de protección para no herirse.

Laimie se detuvo en seco y llevó su mano hacia la rasgadura. No había rastro de corte en su brazo. «Increíble», se dijo levantando la mirada hacia él. Pero ¿por qué lo había hecho?

—¿Seguimos a acero desnudo o prefieres la protección? —le preguntó un Alexander más que dispuesto a hacerlo. La respuesta de ella fue atacarlo, pero sin llegar a causar la más leve herida—. Un ataque falso doble comienza con uno simple. Así. —Él movió con celeridad su florete para buscar una nueva prueba de su destreza, pero ella lo retuvo para su sorpresa—. Veo que has practicado.

—Ya te lo he dicho.

Él solo quería divertirse un poco, de la misma manera que haría Travis con ella. Por eso, siguió jugando hasta que ella comenzó a dar alguna que otra señal de cansancio y de desesperación porque no lograba acercarse a él lo suficiente. Ese hecho lo aprovechó él para volver a lanzar su ataque.

—Doblar. Engañar a la contra. —La punta de la espada de él volvió a lograr su objetivo, que no era otro que desarmarla.

Laimie comprobó como él volvía a dejarla en evidencia, como su acero lograba llegar hasta su pecho. Su mirada se quedó clavada en la de él a la espera de su decisión. Sentía el corazón en la garganta y la punta del acero en su pecho. Lo vio apretar los labios y bajar su arma hasta dejarla caer sobre el suelo con un ruido que devolvió el eco.

—Acabas de perder la vida —le dijo volviéndose.

Laimie soltó el aire que había retenido en su interior.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque en cuanto Travis conozca quién eres, no vacilará en hacerlo.

—Y no quieres que eso suceda, ¿verdad? ¡No quieres enseñarme una estocada perfecta para acabar con él!

—No existe ninguna estocada perfecta —le rebatió, volviéndose, furioso con él mismo porque no quería dejarla marchar. Jhonas tenía razón después de todo. Había percibido cosas entre ellos, sí. La atracción que ella ejercía en él, el deseo que le provocaba después del tiempo que llevaba encerrado en Blair sin querer saber nada más de la vida. Pero entonces había aparecido ella, y él se dio cuenta de que no estaba *muerto* como suponía—. ¡La estocada perfecta es aquella que nos hace vencedores ante el rival! ¡Aquella que separa la vida de la muerte!

Laimie permanecía en silencio, escrutando el rostro de él. La contemplaba de una manera distinta a otras ocasiones.

—Entonces...

—¿Sabes por qué has perdido? Porque te dejas llevar por el ansia de vencer. Por la pasión de la venganza, Laimie. No eres fría ni calculadora. Debes esperar el error de tu adversario para aprovecharlo. De igual manera que te sucedió ayer con el inglés —le aseguró sintiendo el deseo de recorrer la escasa distancia que los separaba y explicarle el motivo por el que no quería que se marchara. El motivo por el que cada vez que cruzaban los aceros, la vencía sin problemas. Quería hacerle ver que iba directa hacia su muerte.

—¿Cómo voy a ser mejor que Travis? —le preguntó mientras caminaba hacia él con la sangre alterada, el corazón latiendo como el retumbar de los cañones y la mirada vidriosa por la impotencia que sentía por verse una vez más derrotada por él. Pero, sobre todo, porque no sabía cómo explicar lo que estaba empezando a sentir por él.

—¡Maldita sea! ¡No quiero enseñarte, Laimie! ¡Pero al mismo tiempo no

quiero que te marches de Blair! Por eso te prometí que lo haría —le espetó en su rostro. Estaba furioso consigo mismo porque era un cobarde al no decirle que el verdadero motivo era ella.

Laimie se quedó paralizada. Entrecerró los ojos y sacudió la cabeza, sin comprender nada, mientras lo contemplaba alejarse de ella.

—¡Eres un cobarde, Alexander Murray de Atholl! —le gritó colérica, buscando la reacción de él. Laimie tenía la sensación de que iba a explotarle el pecho de un momento a otro. Estaba sofocada, dolida y enrabiada con él. Lo vio detenerse y volverse hacia ella.

Alexander la contempló como un demente durante un solo instante, antes de volver sobre sus pasos. Llegó a su altura, enmarcó su rostro y la besó con una determinación y una posesión desconocida por él. Dejó salir el deseo contenido durante días, semanas... Durante el tiempo que ella llevaba allí.

Laimie no esperaba aquella reacción por parte de Alexander. Su cuerpo acusó la sacudida violenta de aquella fuerza y de aquel ímpetu. Sintió la boca de él tomar posesión de la de ella con determinación y brusquedad en un primer momento, semejante al golpe del mar contra los acantilados, para posteriormente volverse dulce, tierno y pausado como el agua cuando se retira de estos. Se aferró con fuerza a la empuñadura de su florete, no lo perdería tampoco en ese momento. Mientras, con el otro brazo, se apoyaba en Alexander y se dejaba envolver por la complicidad del beso que ella misma le devolvía. Cerró su mente a cualquier objeción sobre si era lo adecuado. En ese momento no quería hacerse ninguna pregunta.

Los labios de ella eran dulces y suaves. Alexander creyó que nada ni nadie conseguirían apartarlo de estos, puesto que, cuanto más la besaba, más deseaba fundirse en ellos. Escuchó el gemido ahogado de ella en su propia boca, lo que dejaba paso a una respiración algo agitada y a un suspiro revelador.

Laimie no podía pensar con claridad. No después de sentir aquello. Y menos cuando él le pasó los pulgares por las mejillas sin apartar sus ojos de

los de ella. Lo escuchó jadear y ahogar la risa.

—Tal vez tengas razón después de todo y haya sido un cobarde por no haberte dicho la verdad de por qué no quería que te quedaras. Ni por qué no quería enseñarte. Pero ya da igual. Ya es tarde —le confesó apartándose de ella.

Laimie permanecía sumida en una espiral de emociones encontradas. Las mismas tal vez que acababa de confesarle él. Era cierto que estaba comenzando a sentir algo por él, y eso la asustaba porque no quería que esto la apartara de su camino. Del verdadero motivo por el que estaba allí. Lo vio alejarse una vez más mientras sentía que su pulso no se frenaba. Agitada tal vez por aquel desplante, Laimie esgrimió el florete y caminó hacia él. Estaba ofuscada y dolida por su confesión.

—*En garde!*

Alexander escuchó la orden para batirse, el toque suave pero mortal del filo de su florete en su brazo, que le advertía que aquello no había terminado. Se volvió confuso por el comportamiento de ella. Allí, delante de él, no había una mujer, sino un demonio dispuesto a todo. La contempló en silencio. Laimie esgrimía su arma ante él, en posición de ataque, con el cabello revuelto y suelto, los labios entreabiertos e hinchados por el fragor del beso, su camisa arrugada y por fuera de los pantalones. «Exquisita, deseable, con un toque de lascivia», pensó él.

—¿Qué es esto?

Laimie movió la espada con intención de herirlo, pero Alexander la esquivó sin la mínima dificultad.

—¿Te has vuelto loca?

Ella volvió a hacer un movimiento que Alexander volvió a sortear. La miró a los ojos y percibió su rabia, su dolor y su desilusión. Comprendió que en ese momento sería capaz de cometer cualquier estupidez. El tercer intento de ella por herirlo pasó cerca de sus costillas.

—Detén esta locura antes de que sea tarde, Laimie.

—Pensaba que deseabas morir —le recordó con ironía en el tono de su voz. Estaba dolida en su fuero interno. Quiso engañarlo con uno de los movimientos que había visto en él, pero Alexander lo vio venir. Dejó que estirara el brazo al máximo, se apartó de ella y le sujetó la muñeca con un movimiento veloz. La apretó hasta escuchar el chillido de rabia y de dolor, y como el florete caía al suelo. Alexander se apresuró a apartarla con el pie para que ella no pudiera volverlo a coger. Entonces la contempló de manera fija y vio la decepción en sus ojos, en su semblante.

De manera lenta, Laimie pareció ir remitiendo en su empuje para acabar con él. Bajó la mirada y se apartó de Alexander. Se sentía derrotada, traicionada por aquel hombre. ¿Por qué diablos la había besado? ¿Por qué le había dicho que no quería enseñarle, pero que era la manera de que tenerla allí?

—Me ha quedado claro el motivo por el que me enseñas pese a que no estás de acuerdo conmigo —le dijo en un susurro que mezclaba la ironía y la desilusión—. No te preocupes. Me marcharé hoy mismo. No quiero causarle más complicaciones. Ni que me las cause.

Con esas palabras, Laimie le lanzó una última mirada antes de emprender el camino hacia la salida. No se volvió en ningún momento. Quería que la imagen de él fuera precisamente la que tenía guardada en su retina en ese preciso instante. La de alguien que no estaba dispuesto a ayudarla, pero que lo hacía a condición de algo que sentía por ella. No era eso lo que Laimie pretendía. Casi lo agradeció porque de ese modo le sería más fácil alejarse de Blair y dejarlo atrás.

Alexander apretó los puños y sacudió la cabeza. No, no podía dejarse llevar por un repentino deseo. Ella le importaba. Tal vez más de lo que ella podía presuponer, o incluso él mismo. No quería que nada malo le sucediera. Pero Laimie era obstinada y orgullosa como buena hija de aquella tierra. Y no se echaría atrás. Y él no estaba dispuesto a seguir adelante con aquello. No cuando presumía cuál sería el final.

Laimie llevaba días sin cruzar una sola palabra con Alexander. No sentía las ganas de hacerlo. Ni él parecía que tampoco quisiera. A pesar de que le había asegurado que se marcharía después de que él la hubiera besado, esto no sucedió. Laimie no había encontrado el momento para hacerlo y a cada rato que lo pensaba encontraba una excusa para quedarse. Durante días, casi no se vieron ni hablaron. Alexander parecía haberse esfumado, y ella prosiguió con sus prácticas, a solas, en la sala de armas. Pero recogería sus pocas pertenencias y se marcharía lo antes posible de aquel lugar. La situación se había desbordado sin que ella pudiera hacer nada. Si Alexander no estaba dispuesto a enseñarle a perfeccionar su esgrima, entonces su presencia en aquel castillo sobraba. Y más en ese momento, después de que él la hubiera besado y ella, correspondido para darse perfecta cuenta de lo que sentía por él. Por ese motivo había corrido hacia él para abrazarlo la mañana en que se batieron con los soldados ingleses. Había tenido miedo de perderlo. Esa sensación de vulnerabilidad la había aterrado. No quería que ningún sentimiento se interpusiera en su camino hasta haber llevado a cabo su venganza. Tal vez después...

Varios golpes en la puerta de su alcoba aceleraron su pulso. Se volvió con la mirada alerta.

—Adelante.

Laimie se preparó para recibir a Alexander. Tensó su cuerpo y alzó el mentón con orgullo para intentar aparentar frialdad y cierto desdén hacia él. Pero cuando la puerta se entornó y apareció Jhonas, ella se relajó y agradeció

que fuera el sirviente, y no su señor.

—¿Estáis recogiendo vuestras pertenencias? —preguntó haciendo un gesto con la mirada hacia estas, que aparecían esparcidas sobre la cama.

—Así es —le respondió.

—¿Es por Alexander?

Laimie se detuvo en su quehacer y levantó la mirada hacia Jhonas. ¿Conocía lo sucedido entre ellos?

—No me gusta estar donde no se me quiere —le rebatió recuperando su tono mordaz al recordar lo sucedido entre ellos.

—Todo lo contrario —le rebatió el hombre para captar la atención de ella—. Os aprecia más de lo que podéis llegar a imaginar.

—Pues su manera de demostrarlo es bastante diferente a lo que yo haría con alguien a quien apreciara de verdad.

—Os referís a que se niega a enseñaros a perfeccionar vuestra esgrima. — Jhonas chasqueó la lengua.

—¿Qué puede importarle la suerte que corra? —Laimie estaba contrariada con aquella explicación del sirviente—. Solo quiero que me enseñe. Del resto me encargo yo.

—Ya, pero teme perderos.

—¿Perderme? —Laimie abrió los ojos como platos y mostró su incredulidad ante esa afirmación—. Pero...

—No quiere que corráis ningún peligro, a eso me refiero. La pérdida de su esposa y de sus hijos a manos de los ingleses lo sumió en un infierno del que no ha salido. Ni creo que lo haga si os soy sincero.

—Lamento lo que les sucedió.

—Lleva mucho tiempo encerrado entre estas cuatro paredes, sin saber lo que es el mundo ahí fuera. Y, de repente, este entra en Blair con vuestra presencia, Laimie McDonald.

—¿Y qué queréis que haga? —Se encogió de hombros sin comprender hacia dónde iba la conversación—. Tengo un objetivo que cumplir.

—La venganza —asintió Jhonas observando como el rostro de ella cambiaba la expresión—. Él me lo ha contado. Admiro vuestro valor y vuestra determinación. Pero creo que os habéis equivocado de camino al venir hasta aquí.

—McGillvrai me dijo que Alexander...

—Sí, también lo sé. ¿Qué se supone que vais a hacer? ¿Presentaros ante ese *sassenach* de Travis y retarlo a un duelo? —Jhonas arqueó sus cejas con escepticismo porque no creía que ella fuera capaz de hacerlo, si lo pensaba de manera fría.

Por primera vez, Laimie pareció concederse una tregua. Se sentó y reflexionó sobre la situación que se le planteaba en ese momento.

—Alexander no quiere ayudarme. Por lo tanto, mi estancia aquí carece de sentido, ¿no creéis?

—Yo... no estaría tan seguro de ello. Claro que, si seguís pensando en la venganza...

—¿Qué me queda sino llevarla a cabo? Llevo viviendo para hacerla desde que Travis asesinó a sangre fría a mi prometido.

—Yo también pensé eso mismo cuando perdí a mi hija, pero conseguí seguir adelante. Quedarme con Alexander y con mi esposa.

Laimie entornó la mirada hacia Jhonas.

—¿Vuestra hija era, por casualidad, la esposa de Alexander?

Jhonas sostuvo la mirada de ella y asintió de manera lenta.

—Y creedme si el hecho de matar a todo inglés que se puso por delante de mí no ha conseguido devolvérmela.

Laimie apretó los labios y sintió el dolor de aquel hombre.

—Os voy a dar la dirección de un hombre en París, pero no se lo digáis a Alexander. Tomadla y, si creéis que vuestro destino es acabar con el hombre que mató a vuestro prometido, id a verlo. Él puede ayudaros. Decidle que vais de parte de mi parte —le aseguró mientras le dejaba una nota sobre la cama—. Es un jacobita declarado. Leal seguidor de Jacobo Estuardo. Si, por

el contrario, consideráis que es mejor seguir adelante olvidando vuestra venganza, quemad esa nota y proseguid con vuestra vida.

—No puedo volver a Fort William. Travis acabaría conmigo en cuanto me viera. Ya quiso hacerlo cuando me descubrió practicando esgrima con McGillvrai —le refirió sacudiendo su cabeza.

—Pero ¿podéis quedaros aquí?

—¿En Blair? ¿Con Alexander? —le preguntó, sorprendida por aquella invitación.

—Aquí, Travis no os encontrará. Y vos podéis seguir con vuestra vida. Pensadlo. Alexander no os echará de aquí. —Jhonas asintió convencido de que ella no se quedaría; pero tenía que intentarlo de todas formas—. No os entretengo más.

—¿Os ha enviado él?

Jhonas se volvió para mirar de frente a Laimie.

—Alexander no sabe que estoy aquí. Y mucho menos que os he entregado eso —dijo haciendo referencia a la dirección de París.

—¿Por qué hacéis esto por mí?

—Tal vez porque, al igual que le sucede a Alexander con vos, nada me apenaría más que acabarais muerta. Aunque él tiene otros motivos distintos a los míos —le expuso con una sonrisa.

Jhonas se despidió con una leve inclinación de cabeza, salió de la alcoba de ella y la dejó a solas.

Laimie suspiró pensando en las últimas palabras del hombre. Pero, sobre todo, en lo que parecía haberle querido decir con respecto a Alexander. Este no sabía que él había ido a hablar con ella. Ni quería que ella se lo dijera. No lo haría, puesto que iba a marcharse de Blair al día siguiente. Cogió la nota con la dirección de París. ¿Quién era aquel Montgomery de Lorraine? Un francés que apoyaba la causa de los Estuardo al parecer. Dobló la nota y la dejó sobre la repisa de la chimenea, con gesto pensativo. La otra opción era quedarse allí junto a Alexander y los pocos miembros del clan que habitaban

el castillo. Pero ¿de qué le serviría? Sería como esconderse de Travis. Huir para que no la encontrara. Traicionar la memoria de Fergus. ¿Estaba dispuesta a renunciar a su venganza después de lo que había conseguido?

Jhonas encontró a Alexander sentado frente al fuego en el hogar del salón. Tenía el gesto ausente, sin duda provocado por la mujer con la que él acababa de hablar. El sonido de los pasos sobre la piedra captó la atención de él, quien volvió su rostro en dirección a estos. Al comprobar que se trataba de él, Alexander regresó la vista a las danzarinas llamas que hacían crepitar la leña seca.

—¿Qué haces aquí?

—Nada.

Jhonas asintió en silencio, caminó despacio hasta la otra silla y se sentó sin que Alexander variara el semblante de su rostro o la postura en su silla. Parecía una efigie esculpida en piedra.

—¿Qué tal marcha la relación con la señorita McDonald? —La mirada que Alexander le dirigió le bastó a Jhonas para darse cuenta de que no había sido una buena idea hacer esa pregunta—. Hace días que no os veo juntos, y no pienses mal de mis palabras.

—Le dije que no iba a darle más clases de esgrima. Era mi última palabra.

—¿Por qué te importa tanto la suerte que pueda correr ella? Déjala que vaya en busca de su destino y se bata con Travis —le sugirió con naturalidad, observando de reojo las reacciones de Alexander. Lo notó inquieto en la silla, lo cual no hizo sino confirmar sus sospechas con respecto a lo que presumía que sucedía entre ellos.

—¿Y que este se divierta con ella antes de acabar con su vida? —Alexander volvió el rostro hacia Jhonas, con una mirada de incredulidad por lo que este acababa de sugerirle. No era propio de él. Y menos que se encogiera de hombros sin darle la más mínima importancia.

—Esa muchacha juró sobre la tumba de su prometido que no descansaría

hasta acabar con el hombre que lo hizo con él. No puedes apartarla de ello por mucho que quieras. Aunque le asegures que no le darás más lecciones.

—Ya se lo he dejado claro.

—Entonces, ¿se marchará? —preguntó Jhonas sorprendido por que Alexander estuviera dispuesto a permitirlo, cuando había percibido cierto cariño en él hacia ella. Y creía que este era correspondido por la joven McDonald.

—No depende de mí.

—Pero salvo que se lo hayas pedido... Si el motivo por el que vino aquí ha concluido, ten la seguridad de que se terminará marchando. ¿O le has pedido que se quede?

Alexander resopló. Cerró las manos y apretó los puños. Laimie McDonald conseguía exasperarlo aunque no estuviera presente, como en ese momento.

—Se lo he pedido. Le he asegurado que es una completa locura ir en busca de ese oficial inglés para...

—Ella afirma que no puede regresar a Fort William porque, si Travis la encuentra, acabará con ella.

—Por eso mismo le he sugerido que se quede en Blair. Que se olvide de Travis y de su venganza. La guerra concluyó. Los jacobitas lo perdimos todo. ¿Qué importancia tiene la vida de un inglés más? Si la conozco bien, a pesar del poco tiempo que lleva aquí, se acabará marchando en busca de alguien que la ayude. Primero fue McGillvrai y luego yo. ¿Quién será el siguiente? —preguntó Alexander fuera de sus casillas, mirando a Jhonas en busca de respuestas.

Pero este no dijo nada. Si conocía bien a esa muchacha, se acabaría marchando a París en busca del medio para llevar a cabo su venganza.

—Déjala marchar. Una preocupación menos para ti. —Jhonas miró el fuego, a la espera de que Alexander le replicara. Sabía que él comenzaba a sentir algo por la muchacha McDonald, pero que no quería reconocerlo de manera abierta. Y que aquella repentina marcha de Laimie no se debía solo al

hecho de que él no quisiera enseñarle esgrima. Había algo más.

—Travis acabará con ella.

—Eso no lo sabes.

—No es rival para él, créeme. Sé lo que digo.

—Si tanto te importa... —Alexander le lanzó una mirada de advertencia por lo que fuera a decir a continuación—. Acaba su aprendizaje. Si puedes lograr que se bata como tú, no creo que, llegado el caso, Travis lo vaya a tener tan fácil. No quieres perfeccionar su estilo, pero tampoco quieres que la maten. Créeme si te digo que no te entiendo.

—¿De qué demonios hablas? Pues claro que no quiero que Travis acabe con ella.

—Entonces adiéstrala —le ordenó Jhonas mirando fijamente a Alexander—. Si tanto te preocupa su futuro, no permitas que se marche. Deja tu orgullo a un lado de una maldita vez y accede a su petición. Retenla aquí, en Blair. Le he entregado la dirección de Montgomery de Lorraine, nuestro querido amigo.

Alexander apretó los dientes al mismo tiempo que sentía como las uñas se le clavaban en sus palmas.

—¿Que has hecho qué? ¿Cómo has podido...? —Alexander se incorporó de su asiento como si fuera un resorte. Miró a Jhonas sin creer que hablara en serio.

—Si tanto te importa ella, accede a su petición.

—No puedo —susurró al cabo de un momento. Alexander bajó la mirada, sonrió con ironía y apoyó su brazo contra la repisa de la chimenea, con gesto abatido. Algo que captó la atención de Jhonas.

—¿Qué ha sucedido entre la joven McDonald y tú para que te comportes de esa manera?

Durante unos segundos, Alexander no respondió a la pregunta. Permaneció en la misma postura, abstraído, como si no hubiera escuchado a Johnas, sintiendo el calor del fuego. Movi6 la cabeza una y otra vez queriendo

desterrar de su mente cualquier pensamiento sobre ella, que tuviera que ver con lo sucedido días atrás en el salón de armas. Con lo que ella le provocaba, con lo que le hacía sentir.

Jhonas asintió. Lo que él creía haber percibido parecía ser una realidad.

—La joven McDonald te ha devuelto a la vida —le aseguró posando su mano sobre el hombro de este—. Ese el verdadero motivo por el que te niegas a seguir con tus lecciones de esgrima.

—La besé —murmuró sin cambiar de posición—. La besé y... —Se sintió aturdido al recordar lo que había sucedido, lo que había sentido cuando la tuvo entre sus brazos y recorría aquella boca tan sugerente, tan delicada.

—Te correspondió —Alexander se volvió hacia Jhonas para asentir de manera lenta y concluyente—. ¿Por qué vas a permitir que se marche?

—Porque temo quedarme sin ella al final de todo. Créeme, no soportaría una segunda vez —le confesó mirando a su amigo a los ojos y sacudiendo la cabeza.

—Ya te he dicho que no tiene por qué terminar mal si tú la adiestras. Una última clase. La última lección.

El sonido de pasos que descendían la escalera camino de la puerta de Blair captó la atención de los dos hombres. Jhonas hizo un gesto de asentimiento a Alexander para que corriera y evitara que ella se marchara.

Laimie se detuvo en su avance decidido hacia la salida cuando percibió la presencia de Alexander. Por un instante, las miradas se cruzaron. Laimie sintió el corazón galopando dentro de su pecho como si de un caballo se tratara. Las piernas parecieron flaquearle y, por un instante, creyó que no la soportarían allí frente a él.

Alexander deslizó el nudo que lo ahogaba por momentos. Caminó con paso firme y decidido hacia ella. El rostro de Laimie reflejó la esperada sorpresa por verlo aparecer en el último instante. Alexander reconoció que su mirada brillaba más que en ocasiones anteriores. No la había visto durante días y debía ser esa dilatada ausencia la que hacía que la viera más bonita a como

recordaba.

—Si sales por esa puerta, no podré ayudarte.

Laimie se envaró ante él, con el orgullo reflejado en el rostro y el cariño fundiendo su corazón con el de él. Quería que la volviera a besar, a arrullar en sus brazos.

—Dijiste que no lo harías —las palabras susurradas por ella y su mirada entornada ablandaron a Alexander.

—Sé lo que dije, pero... lo he pensado mejor y... Seguiremos practicando si es lo que deseas.

Laimie se humedeció los labios. Estaba nerviosa. No sabía qué decirle.

—¿Estás seguro? No quiero que me digas que lo harás y dentro de...

—Ya sabes lo que pienso de todo esto —la interrumpió y dio un paso al frente para extender su brazo y rozar el de ella con su mano.

—Ni quiero que intentes convencerme de que deje a un lado mi idea de acabar con Travis. —La mirada y el tono de voz de ella le dejaron claro a Alexander que en ese terreno no le convenía entrar. Pero buscaría la manera de que ella cambiara de opinión.

—No intercederé en tu destino.

—No logro comprender qué es lo que te ha hecho cambiar, pero... aceptaré tu ofrecimiento.

—Tú.

—¿Cómo dices?

—Tú eres la que ha hecho que me dé cuenta de muchas cosas, Laimie —le confesó inclinado la cabeza de manera leve ante ella.

Laimie pensó que él volvería a besarla, pero en esa ocasión se contuvo. Le cogió la bolsa de ropa que había llevado al castillo, rozando su mano, y caminó con esta de regreso al salón. Ella lo siguió con la cabeza llena de dudas y de preguntas. ¿Estaba haciendo lo correcto después de todo? Ya no solo en referencia a la esgrima, sino a los sentimientos. Que él la hubiera besado y ella hubiera accedido dejaba claro que entre ellos existía una

atracción que podría desarrollarse en los días venideros. Pero llegado el momento, ella se marcharía en busca de su destino. Eso no iba a cambiar.

Alexander la invitó a sentarse a junto al fuego para seguir hablando.

—Durante años me he negado a enseñar esgrima a todo aquel que venía hasta las puertas de Blair —comenzó explicando Alexander con la mirada fija en los leños y una media sonrisa en su rostro—. Y, de repente, llegaste tú escapando de Fort William y recomendada por McGillvrai. He estado huyendo del mundo exterior desde que acabó la guerra, encerrado en estas cuatro paredes porque consideraba que era lo mejor después de todo. Pero no contaba con que el destino es caprichoso y en raras ocasiones puede burlarse.

—Nunca he querido causarte ningún daño ni inconveniente —le aseguró ella mientras lo contemplaba fijamente.

—Tú nunca podrías hacerlo, Laimie —le aseguró y le tendió la mano para que ella tomara la suya, pues quería sentir su caricia, su calidez, la misma que reflejaba su mirada en ese momento.

Laimie se sintió turbada ante ese gesto. Inspiró y dejó que su mano se posara en la de él, sin dejar de mirarlo con determinación.

—¿Por qué me besaste? —Ella creyó que era el momento propicio para hacerle esa pregunta. Quería la respuesta a su comportamiento.

—Porque descubrí que poco a poco te estabas convirtiendo en algo diferente y especial a la vez para mí. Porque tengo miedo de lo que pueda sucederte. Porque desde hace días siento que no puedo controlarme cuando te tengo cerca. Tan cerca como ahora. —Alexander le sonrió y, con el pulgar, le acarició el dorso de la mano.

Laimie sentía aquella tenue caricia en su piel y el reguero de calor que iba ascendiendo por su brazo. Lo vio acercarse con el deseo en su mirada, pero con la calidez y la ternura reflejadas en su sonrisa. Sentía la sangre bullirle en sus venas como si fuera lava, el pulso martilleando sus sienes. Algo dentro de ella le pedía que se quedara con él, no porque este pudiera ayudarla en su propósito, sino porque en cierto modo había encontrado la paz y la

tranquilidad que había perdido años atrás. Sintió los brazos de él incorporarla de su asiento para atraerla hacia él mientras la mirada con una mezcla de deseo y ternura.

Alexander le acarició la mejilla con el dorso de la mano, lo que obligó a Laimie a cerrar los ojos y a entreabrir los labios. Un leve suspiro escapó por entre estos.

—¿Si te besara como es mi deseo, pensarías que me aprovecho de esta situación, Laimie?

—¿Qué puede importarme la situación cuando deseas besarme? —le confesó ella agonizando por que lo llevara a cabo. Por volver a sentir su boca apoderándose de la suya.

No hubo de esperar más tiempo a que él lo hiciera. Ese era el auténtico motivo por el que ella no quería irse. Había encontrado tanto cariño y tanta complicidad en Alexander que se le hacía difícil abandonarlo. Todo aquello era tan extraño que no lograba comprenderlo. El tiempo pasado pensando únicamente en su venganza le había nublado los sentidos hasta el punto de no querer ver más allá de sus intenciones. Pero en ese momento, se daba cuenta de que no era la misma desde que había puesto sus pies en el castillo de Blair, y mucho menos a partir de esa noche. No cuando experimentaba las caricias de Alexander, la pasión de sus besos, la ternura de sus miradas. ¿Dónde había quedado la mujer deseosa de venganza? ¿Dónde, la frialdad y la firmeza de tiempo atrás, cuando alguien le confesó que su corazón no era sino un bloque de hielo?

Alexander se quedó contemplándola en silencio.

—Es una locura lo que buscas, Laimie. Y no me lo perdonaría nunca si al final... —La mano de ella acalló sus palabras mientras la mirada se volvía brillante y llena de esperanza.

Laimie sacudió la cabeza.

—No si tú me enseñas. No si tú estás conmigo en todo momento.

—Pero entiende que, al mismo tiempo que te ayudo a perfeccionar tu

esgrima, te estoy empujando a llevar a cabo tu venganza. Yo mismo te estoy empujando a ella. No soportaría perderte —le confesó enmarcando su rostro y mirándola de manera determinante—. No entiendo qué ha sucedido desde que llegaste a Blair. Me encuentro en una contradicción tras otra. No quiero que te marches, pero a la vez sé que el motivo para que te quedes es la venganza.

—Por ese motivo me vuelvo loca buscando las respuestas. Iba a marcharme por lo que despertaste en mi interior cuando me besaste en la sala de armas, y no porque no quisieras enseñarme. No quería que ello interfiriera en el motivo por el que vine hasta aquí.

Alexander acusó el golpe de aquellas palabras. Estrechó con determinación a Laimie antes de volverla a besar, sin parar a preguntarse cuál era el verdadero motivo de la presencia de ella en Blair.

La noche discurrió entre caricias y besos. Entre miradas largas y cargadas de ensoñación. Ninguno de los dos quiso preguntarse qué hacían compartiendo la cama, las emociones, el deseo y la pasión olvidados durante tanto tiempo. Se entregaron el uno al otro sin preguntas ni condiciones. Alexander se refugió en la mirada de ella y se perdió en sus besos. Sintió su cuerpo de piel blanquecina y suave. Sus manos recorrieron cada recoveco de Laimie como si esa noche fuera la única en que la tendría así, para él. La única en la que podría sentir el cariño y el deseo por una mujer.

Laimie se entregó sin poder creer que en verdad lo deseara, lo sintiera. Pero así era. Besó y acarició el cuerpo de Alexander surcado por cicatrices de guerra. Una que le había arrebatado, como a ella, a la persona amada. Cerró los ojos cuando sintió el peso de ese mismo cuerpo sobre el propio y como Alexander entraba en ella de manera lenta y calculada para convertir aquel momento en algo placentero. Se aferró a él cuando la sensación de caer al vacío la pudo, pero no fue sino el comienzo de una caída más rápida que aceleró su corazón. Laimie acusó los golpes en su interior al tiempo que el pulso se le desbocaba y dejaba escapar los signos inequívocos del placer.

Alexander había sido cuidadoso en todo momento, hasta que ella se acostumbró a él, a sus movimientos, y todo se desató en una ola de placer extrema hasta que los cuerpos de ambos quedaron relajados.

Él se dejó caer en la cama, al lado de ella. Se volvió y le acarició el rostro, le apartó el cabello y el pulgar descendió hasta quedarse posado en sus labios suaves e hinchados. Los contempló curvarse en una delicada sonrisa que él no quiso borrar, sino que prefirió seguir admirando. Era tal la calma y la paz que sentía que no quería siquiera dormirse.

Laimie le devolvía la mirada al tiempo que controlaba su respiración. El pulso parecía haberse refrenado y su corazón ya no le retumbaba en el interior del pecho amenazando con salirse. Se sentía extraña después de haber yacido con él. No creía que pudiera llegar a ese extremo, ni siquiera lo había pensado cuando ella lo conoció. Pero después del tiempo pasado en Blair y, pese a que su trato tampoco había sido demasiado íntimo, algo había ocurrido entre ambos. Algo a lo que ninguno de los dos era ajeno.

—Acabas de ponerme en un gran dilema —le susurró Alexander contemplándola con preocupación.

—Soy consciente de que esto que acaba de suceder... —Laimie sentía que la garganta se le secaba a la hora de expresar la realidad de la situación entre ellos. En ese momento en que todo había pasado y más relajada bajo la atenta mirada de Alexander, se daba perfecta cuenta de lo que iba a suponer para el futuro.

—Será complicado para mí adiestrarte para que llesves a cabo tu venganza y, al mismo tiempo, sentir esto por ti. —Alexander entrelazó su mano con la de ella, observando como sus pequeños dedos se deslizaban entre los suyos. Una mano pequeña, suave, delicada, pero últimamente bastante firme a la hora de sujetar la empuñadura de una espada o de un florete. Una mano que igual podía conducir a un hombre al éxtasis con sus caricias, que a la muerte con un acertado golpe de muñeca.

—Tal vez, después de todo, nunca llegue a llevarla a cabo —le dijo ella con

el firme deseo de tranquilizarlo, de hacerlo pensar en ello.

—Sí. Pero serías más convincente si me aseguraras que no...

—No insistas —le pidió Laimie con un tono algo más frío. Se incorporó para quedar sentada frente a él, con la sábana cubriéndole su desnudez.

Alexander se fijó en su mirada. En la determinación que había reflejada en esta. No serviría de nada pedirle que olvidara a Travis. Y más cuando entre ellos... Alexander detuvo sus pensamientos en lo relativo a ese tema. Se habían acostado. Nada más. ¿Eran amantes? Ella podría negarse a volverlo a hacer porque no existía ningún vínculo sentimental entre ellos. Ni estaban casados. Existía la atracción, pero ¿quién le aseguraba que fuera duradera?

—No me perdonaría jamás que acabaras muerta en un charco de sangre por tu testarudez.

—Pues entonces conviérteme en una experta con la espada. Una que sea capaz de derrotarte. —Laimie se acercó a él, con el brillo de la emoción en su mirada. Le pasó la mano por el rostro mientras con la otra sujetaba todavía la sábana—. Yo tampoco quiero acabar mis días de esa manera.

—Si consigues acabar con Travis, será tu perdición. Si no te mata él, lo hará la justicia inglesa —le recordó, la miró de frente y la sujetó por los brazos. Sintió su piel suave bajo las yemas de sus dedos, que la recorrieron con lentitud hasta cubrir la mano de ella.

—No si es en un duelo, ya te lo dije en su momento.

—¿Y después? ¿Qué harás? ¿Dónde irás? ¿Huirás como un animal perseguido? No te dejarán en paz hasta dar contigo, Laimie.

Ella lo miró con lágrimas en los ojos y una sonrisa tímida bailando en sus labios. Después de mucho tiempo, ella había encontrado un poco de cariño en aquel hombre que vivía apartado de todo y de todos. Percibió su preocupación y su ternura en su semblante, en la caricia de su mano y en su propia mirada, en la que ella se reflejaba.

—¿Has logrado olvidar tú a quiénes mataron a tu familia?

—¿Qué importancia tiene para ti eso? Era la guerra. Apoyar a los Estuardo

en aquella rebelión tenía sus consecuencias. En algunos casos, demasiado altas. Ni siquiera sé quiénes fueron los causantes de ello. —Alexander bajó la voz hasta convertirla en un susurro, al igual que la mirada que se posó en sus propias manos—. He vivido atormentado desde ese momento. Tal vez acabé con ellos en el páramo de Culloden; o lo hicieron otros. O tal vez sigan vivos. Matarlos no me devolverá a mi familia.

—Tú no viste cómo acababan con tu esposa. No estabas delante. Ni escuchaste los comentarios jocosos de Travis y de su amigo, el otro oficial —le aseguró, cerró las manos en torno a la sábana y la apretó con furia.

—Acabar con Travis no te hará mejor.

—No busco ser mejor.

—Buscas la venganza. Acabar con él. —Alexander la contempló fuera de sí mismo porque no lograba entenderla. Si él había sido capaz de enterrar a su familia y el pasado con esta, ¿por qué ella no podía hacerlo?

—Quiero que experimente el miedo a la muerte. El mismo que sintió Fergus aquel día en el que él lo asesinó —le aseguró con una voz fría que heló la sangre de Alexander. Este no sabía si, llegado el momento, ella sería capaz de matarlo, pero de lo que sí estaba seguro era de que él trataría de evitarlo por todos los medios.

Alexander se mostraba exigente aquella mañana. De pie delante de Laimie, con los ojos entrecerrados y la atención fija en ella. Recio, severo e inflexible como ningún día antes. Si ella quería su revancha con Travis, él haría todo lo posible para que lo venciera. La exprimiría hasta la extenuación, hasta que cayera de rodillas ante él. Si no podía hacer que cambiara de opinión, que abandonara su propósito, en ese caso, la convertiría en la mejor. Y para hacerlo, él tendría que mostrarse frío, arrogante y despiadado con tal de que ella conservara su vida.

—¡Extiende más el brazo! ¡Maldita sea, sigues quedándote corta! — Alexander sujetaba una espada boca abajo mientras la balanceaba ante ella.

Laimie se esforzaba al máximo para tirar su estocada y que el acero de su florete pasara por el hueco de la empuñadura. Apretaba los dientes y sudada porque veía que solo acertaba una de cada tres. Y Alexander sonreía irónico.

—Para —le dijo, volteó la espada para sostenerla por la empuñadura y la esgrimió ante ella—. Fíjate bien. Balancea la espada como estaba haciendo yo.

Laimie sonrió pensando que aquella era su oportunidad para resarcirse. Sujetó su espada por la punta, con los guantes para no cortarse, y comenzó a balancearla como si fuera el péndulo de un reloj de pared. Su deseo de revancha con él quedó frustrado en el momento en el que Alexander estiró el brazo para que la punta de su florete cruzara limpia por el hueco de la empuñadura; y no una, ni dos ni tres veces, sino cada vez que lo hacía. Laimie experimentó una ola de calor en todo el cuerpo producida por su

rabia. Por saberse vencida.

Alexander consideró que ya era suficiente y regresó a su posición de saludo.

—Si te dejas llevar por el ímpetu y las prisas, acabarás muerta. Despeja la mente de cualquier pensamiento que tenga que ver con Travis y céntrate en tu objetivo. Mantén firme el pulso y la respiración. Otra vez —la instó, volteó la espada y la hizo oscilar de un lado al otro para que Laimie practicara ese ejercicio.

Ella inspiró hondo mientras lo miraba a los ojos. Precisamente, no estaba pensando en Travis ni en el duelo en sí con él, sino en Alexander y en la intimidad que había surgido entre ellos hacía varias noches. Pero él parecía haber dejado a un lado su ternura y su capacidad para hacerla sentir diferente, única. Laimie cogió aire y estiró el brazo. La punta de su espada erró, pero, en esta ocasión, Laimie no se enrabetó, sino que volvió a centrarse y a atacar. En esa ocasión, sí logró que el acero pasara limpio entre el hueco de la empuñadura, y Alexander esbozó una media sonrisa.

Él sabía que ella sería capaz de lograrlo si prestaba atención, si se relajaba y dejaba a un lado su rencor. Una vez más lo consiguió, lo cual la animó a seguir. Alexander percibió su gesto de triunfo cada vez que lograba su objetivo. Después de un largo rato practicando, Alexander dio por concluido el ejercicio.

—Basta por ahora.

Laimie sudaba de manera copiosa. Sentía arder el rostro, así como un ligero cansancio.

—*En garde!* —La orden de él volvió a tensionarla. En ese instante, él estaba dispuesto a cruzar su espada con la de ella. No parecía que fuera a darle una tregua como ella esperaba.

Laimie acusaba las horas de ejercicio. Movía su brazo y su muñeca deprisa, intentando contrarrestar las acometidas de Alexander.

Alexander imprimió un ritmo veloz a sus estocadas con el firme propósito

de ponerla en un compromiso. Si ella quería aprender, entonces él le enseñaría. El cruce de los aceros hacía saltar chispas. El sonido de estos entrechocando repercutía en toda la sala. Tan solo se veía alterado por las respiraciones y los jadeos de los contendientes; más por parte de Laimie que de él.

Poco a poco, Laimie comenzó a darse cuenta de que retrocedía sin poder evitarlo. Alexander la empujaba con sus constantes ataques y la obligaba a defenderse sin más. A no permitirle remontar y ser ella la que llevara el peso del duelo. Cuando Alexander la tuvo en el lugar que quería, de espaldas a la pared, decidió que ya era el momento de dar por concluida la lección.

Laimie notó la frialdad de la pared sobre su espalda, el estremecedor frío pese al peto acolchado que llevaba puesto para protegerse de posibles heridas. Se vio perdida en aquel momento y, aunque intentó por todos los medios rehacerse, sabía que estaba derrotada, y más, cuando Alexander la engañó y le hizo perder su espada. Una vez más, se encontró con el botón de protección, que esta vez sí tenían las armas, presionando su pecho.

Alexander asintió al verla jadear por el esfuerzo. El rostro encendido, el cabello casi todo suelto, los labios entreabiertos y esa mirada de querer abalanzarse de un momento a otro sobre él. Bajó su espada hasta que la punta rozó el suelo.

—Te has defendido con honor.

—Pero estoy muerta —le rebatió con un deje irónico mientras se quitaba los guantes, como si le quemaran, y los arrojaba lejos, con la rabia escrita en su rostro. Exhaló un suspiro y sacudió la cabeza—. No he sido capaz de avanzar ante tu empuje, sino que me he limitado a retroceder y retroceder hasta encontrarme contra la pared. Te ha sido sencillo desarmarme —le comentó con un deje burlón.

—Pero reconozco que he tenido que emplearme más a fondo que en otras ocasiones.

—¿Lo haces para que me olvide de todo?

Alexander frunció el ceño ante esa suposición de ella.

—Lo hago para que te des cuenta de lo que persigues. Travis es un militar que ha dedicado su vida al ejército, no sé si entiendes lo que es eso —le explicó con furia, encarándose con ella—. Se ha visto sometido a una disciplina férrea para llegar a oficial de infantería. Y su manejo de la espada no ha sido cuestión de días o semanas, o incluso meses como puede llegar a ser tu caso. Han sido años, Laimie. Años.

Se apartó de ella y recogió su espada del suelo para devolverla a su lugar.

—¿Debo olvidar lo que sucedió aquel fatídico día? ¿Debo seguir con mi vida como si no hubiera sucedido nada? —Ella caminó en busca de las respuestas mientras Alexander le daba la espalda. Y solo cuando ella lo sujetó del brazo y lo obligó a volverse, se encaró una vez más.

—No te lo repetiré más veces, Laimie. —La contempló una última vez antes de dejarla sola en la sala de armas. «Esta mujer es más terca que una mula», se dijo mientras iba hacia la puerta. Pero en el último momento, se detuvo para girarse y volver sobre sus pasos—. Eres capaz de sacrificarte por algo que sucedió hace tiempo. No te importa morir siempre y cuando te pongas delante de Travis con una espada en tu mano. ¿Por qué diablos no puedes comenzar una vida nueva?

Laimie sintió la preocupación y la rabia en las palabras de él. Pero también en su mirada. La leve caricia de su mano en su rostro hizo que ella cerrara los ojos por un segundo, con el fin de intensificar la sensación que él le transmitía. Relajó los hombros y elevó el mentón para desafiarlo a que tomara sus labios de una vez por todas.

Alexander se inclinó sobre estos para rozarlos de manera tímida, deslizó su brazo alrededor de la cintura de ella y, de ese modo, la atrajo a su cuerpo. Quería sentirla, saborearla, impregnarse de su aroma, de la candidez que desprendía en ciertos momentos. Dentro de ella habitaban dos mujeres completamente opuestas entre sí: la vengativa, que no olvidaba el pasado. Decidida y arrogante. Y la otra era la que en ese momento tenía entre sus

brazos. Dulce, entregada, apasionada y capaz de hacerle pensar en ella como una futura compañera en aquel solitario y frío castillo de Blair. ¿Cuál de las dos mujeres resultaría al final de aquella locura? Él quería salvar a ambas, pero era consciente de que solo una lo lograría.

Laimie apoyó su rostro contra el torso de él. Escuchaba los latidos de su corazón. Lentos y pausados. Cerró los ojos y retuvo las lágrimas que en ese momento los anegaban. Sintió la opresión en su pecho y como ascendía a ritmo vertiginoso por su garganta. Laimie ahogó el sollozo de la amargura y de la impotencia que le producía no poder vengar al hombre que había amado en su juventud.

—Muerta no le harías ningún favor a tu prometido —le aseguró Alexander en un susurro—. Ni a mí tampoco.

Laimie abrió los ojos de repente al escucharlo decir aquellas últimas palabras. Levantó el rostro para contemplarlo con los ojos vidriosos y el corazón acelerado. Vio a Alexander esbozar una tímida sonrisa y sintió el pulgar de su mano recorrerle el rostro hasta posarse en sus labios.

—Sería mejor que nos aseáramos antes de comer algo. ¿No crees?

—Si renuncio a seguir con mi venganza, debo decírselo a Fergus. Debo visitar su tumba y hacerle ver que no he sido capaz.

Alexander frunció el ceño ante aquella propuesta de ella. Era lógica en cierto modo. Si se lo había prometido sobre su tumba... Aunque no le hiciera demasiada gracia que ella regresara a Fort William, no podía evitarlo. No podía impedírselo después de todo si con ella lograba que se olvidara de Fergus.

—Claro. Me parece bien. Siempre y cuando me dejes acompañarte.

Laimie asintió con una sonrisa antes de alzarse sobre sus pies y besarlo de nuevo. Pero en su interior concebía otra idea que no iba a revelar. Y que no le gustaría.

Aquella misma noche, Laimie se levantó de madrugada con la intención de

marcharse de Blair y del lado de Alexander. Llevaba días preparando su escapada sin que ni él ni Jhonas sospecharan nada de sus planes. No le había dicho todavía el día que pensaba irse. Laimie no quería que él la acompañara, no quería que se inmiscuyera en sus asuntos. No iba en busca de Travis, pero quería estar sola.

Se deslizó entre las sombras de los pasillos del castillo, con extremo sigilo. Alexander dormía de manera plácida en su cama y no había sentido ningún movimiento cuando ella la abandonó. Bajó las escaleras hacia la puerta de castillo, pero ella sabía que estaba cerrada y que no podría abrirla ella sola. El tiempo que llevaba en Blair le había valido para conocer Blair de memoria y, por ese motivo, sabía otra forma de salir, a través de las cocinas. Laimie se dirigió hacia allí con paso seguro, convencida de que nada ni nadie entorpecería su fuga. Con lo que no contaba era con que alguien observaba sus pasos oculto en las sombras.

Alexander abrió los ojos en cuanto escuchó el sonido de la puerta de la alcoba. Apretó los dientes con rabia, pero no se movió de la cama. Le daría tiempo a Laimie para que pensara que él desconocía sus planes. Sabía desde el primer momento que no podría confiar en ella del todo. Que su idea de buscar a Travis y retarlo no la había dejado atrás. Intuía que ella tramaba algo y así se lo había reconocido a Jhonas días atrás.

—¿Crees que es lo más conveniente? —le había preguntado Jhonas con gesto turbado.

—Se lo he prometido. Es mejor dejarla marchar, que piense que puede hacerlo sola.

—Pero es un riesgo.

—Llegaré a Fort William después de ella y me mezclaré entre la gente. La vigilaré lo más de cerca que pueda para que no le suceda nada.

—¿Por qué no se lo impides?

—Porque no serviría de nada. Lo intentaría una y otra vez. Hasta que lograra su propósito —le había confesado Alexander abatido por esa certeza

—. No, es mejor que piense que puede burlarnos. De esa manera, se comportará de manera natural. Ten preparado todo. Cierra la puerta de entrada, si Laimie la encontrara abierta, sospecharía. Estoy seguro de que se marchará por la puerta de la cocina que da a la parte trasera. Lleva días merodeando por la zona. Y preguntando hacia dónde conduce.

—¿Y si Travis la encuentra antes que tú? La muchacha asegura que él prometió acabar con ella si volvía a verla —le había recordado Jhonas con el miedo reflejado en sus ojos.

—Quiera Dios que no lo haga. Pero por ese motivo tendré el caballo preparado para partir hacia Fort William en cuanto Laimie lo haya hecho —le había prometido con preocupación. Esa mujer era demasiado testaruda y no olvidaría la afrenta sufrida.

Laimie consiguió llegar hasta la cocina del castillo. Para no tropezar con los utensilios para preparar las comidas, o los muebles y enseres, se detuvo en el umbral de la puerta. Para su fortuna, la luz de la luna penetraba por las ventanas y le permitía ver su camino hacia la puerta. Cuando llegó allí, hasta el corazón le latía de tal manera que pensaba que en mitad de aquel silencio la delataría. Sentía una opresión en el pecho a medida que abría la puerta para salir. Una parte de ella no se sentía con fuerzas para hacer lo que iba a hacer. Pero no le quedaba otra salida. Había engañado a Alexander al decirle que iría a Fort William a despedirse de Fergus para siempre y que volvería; pero esa no era la verdad. Había reescrito un nombre y una dirección en un papel que guardaba con ella, junto con la bolsa de monedas que había traído desde Fort William. Lo que pretendía hacer era una completa locura. Pero debía hacerlo. Alexander no iba a permitirle enfrentarse a Travis por mucho que le asegurara que iba a perfeccionar su esgrima. No. Sabía que haría todo lo que estuviera en sus manos para impedirselo al final de todo. Que le estaba enseñando para mantenerla con él en Blair. Laimie había aprendido mucho y rápido de la vida. La guerra, las restricciones de Londres para Escocia, la

muerte de su prometido... Era fuerte y decidida. La vida la había modelado así. Y lo seguiría siendo hasta el final. No permitiría que su corazón se ablandara por unos apasionados besos y unas ardientes caricias.

Cerró la puerta de la cocina tras de sí al tiempo que apoyaba la frente contra esta. Se tomó unos segundos para meditar lo que iba a hacer. Y emprendió el camino hacia los establos para ensillar su caballo y marcharse de allí. No quiso mirar atrás por si alguien se había percatado de su huída, y también porque pensaba que hacerlo podría llevarla a regresar al interior de Blair. Decidida, avanzó mientras el frío de la madrugada la envolvía y la hacía tiritar. Los caballos piafaron al sentir la presencia humana.

Alexander ya había abandonado la cama hacía un rato y en ese instante caminaba junto a Jhonas hacia la cocina por la que ambos estaban seguros de que ella se había marchado. Alexander sentía la rabia bullir dentro de él como lava candente a punto de estallar y arrasarlo todo lo que se encontrara a su paso. Laimie lo había decepcionado porque no contaba con él para sus propósitos. Estaba seguro de que lo de visitar la tumba de su prometido era una mentira. Lo que en verdad buscaba era saber dónde paraba Travis, pero antes debía burlarlo a él. Avanzó con paso presuroso hacia el establo en el que se oía ruido.

Laimie ensilló su montura y la condujo hacia la puerta mientras la sujetaba por la rienda. La visión que tuvo al salir le heló el corazón y la hizo palidecer. Abrió la boca para decir algo, o tal vez se debiera a la impresión causada por la aparición de Alexander ante ella. Jhonas se encontraba unos pasos por detrás de él. Alexander tenía la mirada sombría, la de alguien que se siente traicionado. El rictus de su rostro lo decía todo y, al mismo tiempo, no expresaba nada.

Alexander dio un paso hacia ella, con el farol en alto para iluminar su rostro y ver qué cara ponía. «La del engaño y la traición», se dijo.

—¿Pensabas marcharte sin esperarme siquiera? Creía que habíamos

acordado que te acompañaría hasta Fort William. —El tono de su pregunta era frío como la noche y cortante como el filo de la espada que tantas veces había sostenido en su mano.

—Yo...

—Ya veo que no quieres que te acompañe, puesto que te escapabas como un ladrón en mitad de la noche.

—Te dejé una nota explicándolo todo.

—¡Muy gentil por tu parte! Un nota... ¿para qué? —ironizó Alexander sintiendo que las fuerzas lo abandonaban por momentos. Le dolía el comportamiento de ella, pero más que lo tomara por un necio que no veía la realidad.

—¿Vas a impedir que me marche? —Laimie sintió el escalofrío recorriendo su espalda hasta erizarle la nuca. Cerró con fuerza su mano alrededor de las riendas del caballo; estaba nerviosa, pero, pese a ello, el tiempo pasado en Blair junto a Alexander le decía que él no le haría daño después de todo.

Alexander inspiró y la contempló de manera fija. Una única palabra se atascaba en su garganta resistiéndose a salir por su boca. Le costaba pronunciarla porque comprendía que, en el momento en el que lo hiciera, todo terminaría entre ellos. Se mostró frío y distante. Y escondió sus sentimientos hacia ella.

—No. No voy a hacerlo, Laimie. Buena suerte donde quiera que vayas.

Laimie lo contempló relajar sus hombros como si se diera por vencido. Y él le devolvió la mirada una última vez antes de darle la espalda y caminar hacia el castillo.

Laimie no podía creer que lo estuviera haciendo. La dejaba ir sin decirle nada, sin retenerla. Tan solo le deseaba buena suerte. Sin duda, le pagaba con la misma moneda que ella a él: la desidia. Ella conocía los riesgos de lo que iba a hacer y, aun así, estaba más que dispuesta a seguir adelante. «¿Desde cuándo lo ha sospechado?», se preguntó sin moverse del sitio, mientras lo observaba alejarse en compañía de Jhonas, tal vez, esperando que él

recapacitara y volviera sobre sus pasos. Se sintió vulnerable de repente. Quiso llamarlo, decirle algo, pero el incesante dolor en el pecho le impedía respirar hasta casi ahogarla. Sabía que lo estaba traicionando al engañarlo y no confesarle que se marcharía de aquella manera; sin él. Laimie había percibido el dolor de la traición en su mirada después de la complicidad surgida entre ellos las últimas semanas. Las lágrimas acudieron a sus ojos y le hicieron borrosa la última imagen de Alexander desapareciendo en el interior de la casa. Tras unos segundos de indecisión, pasó las riendas por la cabeza del caballo y apoyó el pie en el estribo para subirse. Contempló la estampa del castillo de Blair y sintió que el corazón se le encogía de repente al pensar que ya no estaría allí a la mañana siguiente. Cerró los ojos e indicó al caballo que se pusiera en marcha para alejarse de allí como un espíritu errante.

En el interior de Blair, Alexander permanecía sentado al fuego que había preparado en el hogar del salón. Necesitaba entrar en calor, aunque pensaba que el frío interno que sentía no lograría sacárselo nunca. Contemplaba las llamas devorando los leños, de igual manera que el dolor lo hacía con él. Tenía la mirada perdida y la mente en blanco. No quería pensar en nada.

A su lado apareció Jhonas, quien no terminaba de creer que él la hubiera dejado marcharse de aquella manera tan fácil. Pero menos que la joven McDonald tuviera otros planes en los que Alexander no tenía cabida a pesar de lo que él había percibido que había entre ellos en los últimos días.

Alexander notó su presencia cercana.

—Ya sé lo que te estás preguntando —comenzó a decir sin apartar la mirada del fuego—. Pero no puedo hacer más. No ahora que ha traicionado toda mi confianza. —Alexander desvió la mirada hacia su fiel amigo—. Me ha hecho creer que contaría conmigo para ir hasta Fort William. Todos estos días... No sé qué pensar, la verdad.

—No te dejes llevar por la furia que sientes. Ni pienses cosas que no son, Alexander —resumió Johnas resoplando.

—Me cuesta hacerlo. Aunque supongo que, desde el primer momento, ella no iba a dejarme acompañarla porque sabe que trataría de evitar que buscara a Travis.

—¿Dejarás que él acabe con ella? —Había un poso de preocupación en la voz de Jhonas, pero al mismo tiempo de incredulidad por ver al que fuera el aguerrido jefe de los Murray de Atholl allí sentado, sin ningún atisbo de luchar por ella.

—Es su destino. Yo no puedo hacer nada.

—¿No sientes nada por ella? Te dejas llevar por la rabia lógica al saber que ella no contaba contigo. Que llevaba tiempo planeando su escapada. Pero, entonces, ¿qué siente por ti?

Alexander apretó los labios. Entrelazó sus manos al frente y suspiró. Por último, esbozó una media sonrisa.

—No estoy seguro a la vista de cómo ha actuado. Yo sí que sé lo que yo haría. Le vendería mi alma al diablo por ella, créeme. Pero ya la perdí hace tiempo, como bien sabes.

Jhonas apretó los labios y asintió porque conocía el por qué de aquellas palabras.

—Tal vez ella pueda ayudarte a recuperarla. Estoy seguro de que Meredith aprueba lo que te estoy diciendo.

—No la metas en esto —le rebatió Alexander y se levantó del asiento como si acabaran de pincharlo con la punta de la espada. Se quedó contemplando a Jhonas con la mirada sombría y el gesto amenazante—. Meredith. Déjala aparte.

—Recapacita, Alexander Murray. No seas tan necio de no ver la realidad ante ti. No sé realmente lo que sientes por Laimie, pero te digo que, si no haces algo por ella, te arrepentirás lo que te queda de vida. Independientemente de lo que ella te acaba de hacer. Solo que he querido mantenerte alejado porque te ama, y no lo digo yo solo, sino cualquiera que os haya visto estas semanas pasadas. —Jhonas lo miró una última vez antes

de retirarse y dejarlo solo con sus pensamientos. Sabía que Alexander sentía algo por aquella muchacha, ¿de qué otra manera habría compartido las noches con ella? No, a él no lo engañaba. Y si a ella llegaba a sucederle algo, nunca se lo perdonaría.

Alexander se dejó caer en el sillón una vez que se quedó solo. No quería seguir discutiendo con Jhonas por Laimie. Ella se había marchado. Era su deseo desde hacía días. Y ya lo había conseguido. Esperaba que le fuera bien y que tuviera la suerte de lograr su objetivo. Él, por su parte, no tenía más que decirle ni enseñarle. Había sido su última lección.

París. *Un mes después.*

Laimie se movía como pez en el agua en los salones de la nobleza francesa, pero, sobre todo, entre sus compatriotas escoceses exiliados. Había decidido marchar hasta París en busca de Montgomery de Lorraine, el maestro de armas que Jhonas le había recomendado. Debía perfeccionar su esgrima para lograr su objetivo y, al mismo tiempo, labrarse una nueva identidad. Aunque en un primer momento le había costado mucho hacerse respetar entre el género masculino, su determinación a la hora de empuñar una espada había conseguido mantener alejados a los hombres. La habían considerado una presa fácil, pero nada más lejos de la realidad. Laimie podía parecer una muchacha delicada a simple vista, pero cuando mostraba su verdadero carácter, el respeto se imponía entre sus pretendientes. El tiempo que llevaba en París bajo la protección de Montgomery de Lorraine le había servido para granjearse infinidad de amistades, pero también de enemigos. O, más bien, enemigas. Los hombres se sentían fascinados por su belleza, pero más si cabía, por su carácter y su templanza. Y las mujeres... la consideraban una rival.

Montgomery era un hombre de la misma edad que Jhonas. Cuando la vio por primera vez, no le creyó. Laimie no esperaba que él accediera a acogerla y a enseñarle, de manera que le había contado todo lo sucedido en el castillo de Blair, obviando sus encuentros con Alexander, aquellos en los que se había dejado llevar. Cuando Montgomery le entregó una espada para batirse,

Laimie comprendió que su momento había llegado. Tras algunos lances de tanteo, Montgomery había arriesgado con ella para comprobar que en verdad no se trataba de una impostora, de una advenediza que buscaba su favor con otros motivos. Su duda había quedado resuelta cuando hubo de esforzarse al máximo para lograr vencerla. Solo entonces comprendió que era cierto lo que contaba.

—Sin duda que conocéis la esgrima, señorita McDonald —le había referido con una sonrisa de satisfacción—. Me habéis hecho sudar y emplearme a fondo.

—¿Y eso es bueno?

Montgomery frunció los labios en un gesto pensativo.

—¿Por qué queréis que os adiestre? Alexander es tan bueno como yo en el manejo de la espada.

—Tal vez sea cierto lo que decís, pero... —Laimie titubeó al pensar en él por un breve momento. Su respiración fue agitándose de manera paulatina, y su corazón latió más y más deprisa—. No aprueba que quiera resarcirme.

—Lo entiendo. Yo también he de decir que vuestro cometido en buscar la venganza os puede hacer perder la cabeza.

—Me arriesgaré a ello. Tan solo quiero que me ayudéis a perfeccionar mi estilo. Si no estáis...

Montgomery había alzado el brazo para pedirle silencio al mismo tiempo que sacudía la cabeza.

—No es cuestión de dinero. Cualquier amistad de Alexander Murray es bienvenida en mi casa. Le debo la vida —le confesó apretando los labios con preocupación, lo cual provocó un leve sobresalto en Laimie—. Y más si es favorable a los Estuardo. Encontrareis a muchos compatriotas aquí, en París. Huyeron de Escocia al término de la guerra. Por ese motivo os digo que os encontraréis entre amigos.

—Sí, ya me había informado de esta situación. Entonces, ¿me ayudaréis en mi cometido? —Laimie entornó la mirada hacia él y bajó su voz en un

susurro.

—Aunque el bueno de Alexander venga y me corte la cabeza —le aseguró entre risas—. Admiro vuestra determinación, señorita McDonald, de verdad que sí. Pero ¿habéis considerado la posibilidad de que no deis con ese oficial Travis? Ha pasado el tiempo y tal vez...

—Soy consciente de ello. Pero confío en que el destino lo ponga en mi camino.

Montgomery había asentido.

—Parecís tenerlo muy claro. En fin, no seré yo quien os diga lo contrario porque no serviría de nada. Pero contadme, ¿qué tal se encuentra Alexander? ¿Sigue encerrado en Blair? —Montgomery había hecho la pregunta consciente de que la respuesta sería la que él temía. La guerra había destrozado a su viejo amigo y no creía que a esas alturas fuera capaz de cambiar.

—Sí. Sigue allí. —Laimie suspiró—. Supe lo que le sucedió a su esposa e hijos.

Montgomery torció el gesto con desaprobación.

—Se podría decir que la guerra es cruel. Pero en estos casos... —Montgomery no había podido reprimir que se le formara el nudo en su garganta cada vez que lo recordaba—. Combatí codo con codo con Alexander y con Jhonas, el padre de Meredith. Cuando supimos lo ocurrido... No había consuelo posible para ninguno de los dos, pero sobre todo para Alexander. De haberlo permitido, creo que él mismo se habría quitado la vida. Desde aquel fatídico día, decidió recluirse en Blair y no saber nada más del mundo exterior. No creáis que se lo reprocho. —Montgomery hizo un inciso en su narración, levantando la mano y la mirada hacia Laimie. Hasta ese momento la había mantenido fija en el suelo.

—Es un hombre solitario, hosco y, en ocasiones, frío con los que lo rodean.

—La muerte de su familia lo transformó. No imagino cómo accedió a enseñaros esgrima —le refirió mostrando su sorpresa.

—Tal vez se debió a mi insistencia —precisó Laimie con una tímida sonrisa.

—Sin embargo... —Montgomery chasqueó la lengua—. ¿Os dejó marchar sin más?

—Así es. —Laimie no había olvidado aquella fría mañana en la que se contemplaron por última vez, cuando él le había deseado buena suerte antes de darle la espalda y dejarla con la palabra en la boca. Laimie no sabría precisar si el frío que sintió aquella mañana se había debido a las bajas temperaturas o al comportamiento de él.

—Imagino que regresaréis a Escocia cuanto antes...

—Exacto. Siempre y cuando consideréis que estoy lista.

Montgomery había sonreído con cinismo.

—Uno nunca lo está. Es cuestión de fortuna, de conseguir que vuestro adversario cometa un error y entonces... *Touchée!* No dejéis que la venganza os ciegue —le había pedido contemplándola de manera fija—. Y ahora, le pediré a mi esposa que nos eche una mano.

Laimie había asentido complacida por ese gesto. Pensó en el consejo de Montgomery. Eran las mismas palabras que Alexander le había referido en su momento. Sacudió la cabeza como si quisiera desechar cualquier pensamiento en torno a él. Alexander Murray pertenecía al pasado. Y allí se quedaría.

Cada mañana, Alexander se levantaba temprano y, tras comer algo, descendía las escaleras que conducían hasta la sala de armas del castillo de Blair. Permanecía encerrado durante horas, ejercitándose con la espada como si fuera a batirse en un duelo. Hasta que el dolor de sus músculos era tan insoportable que tenía que parar y arrojaba su espada lejos, con furia. El sudor le pegaba la camisa a la espalda, empapaba su rostro y cabellos como

nunca antes. ¿A qué venía ese comportamiento? Desde que *ella* se había marchado de Blair aquella mañana fría y gris, el castillo le parecía más grande, más silencioso y más lóbrego que antes de que ella apareciera a sus puertas. A pesar de que no lo reconocería ante Jhonas, la ausencia de Laimie le afectaba y de qué manera. ¿Por qué diablos había permitido que se marchara? Esa pregunta se la había repetido no una ni dos veces, sino infinidad desde que le dio la espalda y no la contempló subirse a su caballo y salir de las tierras de Atholl. Alexander permanecía con la mirada fija en el suelo, con una actitud pensativa, hasta que su atención se volvió hacia la puerta de la sala. Por un instante, sus deseos parecieron querer imponerse a la realidad. Pensar en Laimie le había hecho creer que era ella la que empujaba la puerta y acudía presta a su lección de esgrima. Pero cuando vio la imagen de Jhonas descendiendo los escalones en dirección a él, Alexander apretó los dientes y sacudió la cabeza.

—Juraría que te escuché decir en una ocasión que no practicarías más la esgrima —comentó haciendo un gesto con su cabeza a Alexander.

—¿Qué más da? Las promesas están para romperlas.

—Por lo que veo, has vuelto a coger tu *claymore*. —Jhonas se refirió a la espada de doble filo que yacía sobre el suelo.

—También pensabas que no volvería a esgrimirla. —Alexander contempló furioso a Jhonas.

—Después de la batalla de Culloden aseguraste que no lo harías. Debes de estar muy alterado para haberla cogido. —Jhonas caminó con paso lento hacia el lugar donde se encontraba la espada. La recogió del suelo y pasó su mano por el filo, con una mirada de orgullo—. La sangre de cientos de ingleses ha forjado esta hoja.

—Para lo que ha servido —le rebatió Alexander con cierto desdén en su comentario.

—Admite dos cosas, ¿querrás? La primera es que la aparición de Laimie McDonald te ha obligado a retomar el arte de la esgrima. Y que desde su

partida no eres capaz de olvidarla. ¿Por qué otro motivo te encierras todas las mañanas a practicar? Antes de que ella apareciera a las puertas de Blair, no habías vuelto a pisar esta sala en años. Y ahora...

—Necesito ejercitarme. Eso es todo —le reprochó, con voz cortante, Alexander, desviando su atención hacia las demás armas de la sala.

—No te lo discuto. Aunque creo que también es porque su presencia aquí te ha creado una rutina que no eres capaz de dejar. ¿Tal vez se deba a que en el fondo la echas de menos y bajar hasta aquí hace que los recuerdos sean más nítidos? —Jhonas le tendió la *claymore* a Alexander para que la sujetara, mientras las miradas de ambos permanecían fijas y expectantes.

—¿Echarla de menos? ¿Por qué debería? No es más que una mujer cabezota e inconsciente que va directa hacia su muerte. Eso es lo que pienso de ella —le recordó ofuscado porque no era capaz de sacarla de sus pensamientos.

—Sabes que no cambiará de parecer hasta que no lo haya conseguido. Y no le importa que tú no le enseñes. Encontrará a otro que lo haga. Tenlo por seguro —le advirtió señalándolo con un dedo como si lo acusara.

—¿Como Montgomery? —Alexander arqueó su ceja derecha con suspicacia.

—Como tu amigo Montgomery de Lorraine.

—¿Por qué se lo dijiste? ¿Por qué le indicaste dónde podría encontrar a alguien tan experto en esgrima como ese viejo zorro francés?

—Porque me pareció que ella lo rechazaría para quedarse en Blair.

—Pues ya ves. —Alexander se giró sobre sus talones, con los brazos abiertos—. Se ha marchado.

—¿Y eso te preocupa? ¿Qué más te da si se ha embarcado a Francia o ha regresado a Fort William? Tal vez deberías dejarte ver por allí y comprobar si lo ha hecho. O puedes enviar a alguien a casa de sus padres. Si no está en Fort William como te dijo que iría... En ese caso, está en París.

Alexander frunció el ceño sin apartar la mirada de Jhonas. El hombre tenía

razón, si ella no le importaba, ¿a qué venía su comportamiento y sus palabras? Bueno, siempre podría acercarse a Fort William para corroborar que ella estaba allí en verdad. Aquella incertidumbre lo estaba consumiendo por dentro. Nunca pensó que pudiera llegar a sentir algo por una mujer tras la muerte de Meredith. Pero desde que ella había aparecido en Blair, muchas cosas estaban cambiando.

—Tal vez deba hacerlo.

—¿Marchar tras ella? ¿Lo dices en serio?

—Solo para asegurarme de que está en Fort William y de que no ha sufrido ningún percance —le dejó claro Alexander esgrimiendo un dedo ante Jhonas.

—Por supuesto —asintió el viejo escocés, sonriendo después de mucho tiempo, al ver a su señor comportarse de aquella manera. No estaba seguro de lo que la joven y alocada Laimie McDonald había hecho en Alexander, pero sin duda que la estancia de ella en Blair había cambiado el carácter de un hombre que había deseado la muerte cuando su esposa falleció.

La noche discurría de manera agradable para Laimie en París. Su presencia en aquella fiesta celebrada por los seguidores de los Estuardo exiliados había sido toda una sorpresa. Las constantes miradas que, tanto los hombres como sus mujeres, le dedicaban así lo constataban. Entre los invitados se encontraban personalidades de la vida parisina, así como compatriotas de Laimie. Montgomery de Lorraine, o más bien su esposa Clarisse, le había pedido que acudiera con ellos.

Laimie pensaba que un poco de distracción le vendría bien para despejar su cabeza. Pese a la distancia y al tiempo transcurrido desde su llegada a París, no podía evitar pensar en Alexander y en lo que estaría haciendo en Blair. Ni tampoco podía pasar por alto su manera de despedirse aquella fría mañana. «Tuve que hacerlo», se repetía cada vez que los recuerdos de aquel momento

la invadían sin darle tregua. De no haberlo hecho, a esas horas seguiría en el castillo de Blair, practicando en la sala de armas, conviviendo con Alexander mientras entre ellos surgía algo y dejaba a un lado el motivo de su presencia allí.

Se encontraba contemplando la noche estrellada desde la terraza de la casa de una manera embelesada que le impidió escuchar el sonido de pasos que se acercaban. Y solo cuando la improvisada visita habló, Laimie pareció despertar de su estado.

—Al fin os encuentro.

—¿Me buscabais? —Laimie frunció el ceño y dirigió su mirada hacia el hombre que estaba delante de ella. Y al que recordaba de momentos antes porque Montgomery se lo había presentado. Apuesto, intrigante y con un toque irónico en su sonrisa.

—¿La verdad? Sí.

—Pues ya lo habéis hecho. ¿Qué puedo hacer por vos, *monsieur* Argyll?

—No comprendo cómo una mujer como vos puede estar a solas.

—Tal vez porque lo prefiero a la compañía —le rebatió Laimie con ironía, volviendo el rostro hacia lo lejos para no mirarlo a él.

El duque de Argyll frunció sus labios.

—Nuestro querido amigo en común, Montgomery, me ha asegurado que habéis llegado a París procedente de Escocia para perfeccionar vuestra esgrima por no sé que asunto de venganza... Pero no ha sabido especificarme los detalles.

Laimie sonrió de manera tímida. El duque de Argyll, máxima autoridad escocesa en Londres, se encontraba de paso en la capital francesa para visitar a sus viejas amistades; entre estas, a Carlos Estuardo, el eterno joven pretendiente al trono inglés.

—Veo que poseéis bastante información.

—Os repito la que Montgomery me ha facilitado. Me gustaría conocerla de primera mano si es posible. —El duque asintió con lentitud, sin perder la

mirada a la joven. Era bonita y su aspecto, radiante. No comprendía cómo alguien como ella podía ocupar su tiempo en llevar a cabo algo tan preocupante como una venganza.

—Mataron en un duelo a sangre fría al hombre con el que iba a desposarme. Juré sobre su tumba que no descansaría hasta que su asesino corriera su misma suerte —le refirió, cerró sus manos en puños y las apretó hasta que sintió el dolor que le provocaban sus uñas.

—¿Pensáis batiros con él?

—Así es —respondió Laimie girando el rostro hacia el duque para que él fuera testigo de sus intenciones.

—Os admiro. —Laimie arqueó sus cejas y abrió los ojos sorprendida por aquella franqueza. No la había encontrado en ninguno de los hombres que había conocido con anterioridad—. Por querer cumplir vuestro juramento y por ser capaz de cruzar el mar hacia el continente en busca de alguien que os ayude en vuestro cometido. Sin duda que sois una mujer fascinante. Si me permitís calificaros de esa manera. Pero decidme, ¿ningún compatriota se ha mostrado dispuesto a ayudaros en Escocia? Juraría que al menos todavía restan un buen puñado de patriotas leales a la casa Estuardo.

Laimie acusó el golpe de aquellas palabras. Sintió que el estómago se le revolvía al pensar en Alexander Murray de Atholl. En su negativa a ayudarla. Ella sonrió e intentó ocultar el efecto que aquellos pensamientos acababan de producirle; pero, al parecer, cada vez que pensaba en él, su cuerpo se rebelaba y le mostraba lo que en verdad sentía.

Laimie contempló el gesto de espera del duque. Ella se humedeció los labios al tiempo que se retorcía las manos fruto de los nervios.

—No. No ha habido ningún compatriota que estuviera dispuesto a echarme una mano —le soltó de buenas a primeras en un intento por dejar el tema. Pero estaba segura de que el propio duque insistiría porque no se tragaría aquella simple explicación.

—Por lo que sé, hay muy buenos maestros de armas en el país.

—Sí, tuve la suerte de practicar con McGillvrai en Fort William.

—¿Y qué sucedió para que os encontréis en París? —La curiosidad podía al duque. Aquella enigmática y fascinante mujer lo tenía pendiente de un hilo en cuanto a su relato.

—El hombre al que he jurado matar me descubrió practicando esgrima con McGillvrai. Me vi obligada a escapar de allí y a huir de Fort William para que no me encontrara —le confesó con malestar por ese hecho. De no haber aparecido aquel día, ella seguiría en Fort William, con sus clases, y nada de lo sucedido después habría pasado. No habría conocido a Alexander Murray. Ni sentiría aquel acusado vacío en su pecho que ya duraba más de lo que ella quería.

—Vaya, qué casualidad. Vos y el hombre al que pretendéis matar compartíais el mismo maestro de armas —resumió observando a Laimie asentir en silencio—. Pero Montgomery me habló de que venía recomendada por Alexander Murray de Atholl...

Laimie desvió la mirada por un momento. El tiempo necesario para recomponerse y que el duque no sospechara de lo que sentía por Alexander. Adoptó una postura fría y cortante.

—No quiso ayudarme —le tembló la voz, la imagen del duque se distorsionó y apareció nublada ante ella. Laimie tuvo la impresión de que la respiración se le iba a cortar.

—Tal vez entendió que corríais un peligro...

—¿Qué podía importarle a él? ¡Solo le pedí que me enseñara a manejar la espada como McGillvrai había hecho! —le rebatió enfurecida, como si en verdad tuviera delante de ella al mismísimo Alexander. Por un momento, su respiración y su pulso se elevaron en demasía, hasta el punto que Laimie pensó que se desmayaría allí mismo.

—¡Calmaos, muchacha! ¡Por San Andrés! —El duque se apresuró a posar sus manos sobre los hombros de ella con el firme propósito de tranquilizarla.

Laimie experimentó una ola de calor ascendiendo por su cuerpo hasta

hacerse más acusada en su rostro. De manera pausada, fue recuperando su aspecto, y el ritmo frenético de su corazón pareció remitir. Se apartó unos pasos del duque y meditó sobre su comportamiento.

—No logro entender el motivo por el que se negó a perfeccionar mi esgrima. Tal vez se haya pasado al bando de la casa de Hannover después de todo —murmuró con amargura, sabiendo que no había sido así, sino que no había querido seguir con aquello por lo que había surgido entre ellos. Tal vez, después de todo, su precipitada huída de Blair tuviera más que ver con lo que comenzaba a sentir por Alexander Murray que porque en verdad él no quisiera ayudarla.

—No creo que Alexander Murray se haya pasado al otro bando —le aseguró el duque mirándola de manera fija—. ¿Conocéis lo que le sucedió a su familia?

Laimie asintió.

—Él me lo contó. Fue terrible.

—Es cierto. Por ese motivo, os aseguro que Alexander no se ha pasado al bando de la casa Hannover del rey Jorge. —El duque sonrió—. Es posible que su situación personal haya influido a la hora de ayudaros. No creo que precise más muertes y que el hecho de que vos queráis batiros con un inglés...

—Aun así, no entiendo el motivo de su dejadez.

—En cualquier caso, estáis aquí para que Montgomery os ayude a lograr vuestra venganza. —Hubo un momento de silencio entre ambos antes de que el duque prosiguiera—. ¿Puedo preguntaros qué haréis una vez que os encontréis ante ese inglés?

—Espero retarlo y humillarlo como él hizo con mi prometido —le dejó claro, envarándose ante el duque de Argyll.

—¿Y si no conseguís dar con él? ¿O no acepta vuestro desplante para batiros en un duelo...?

—Estoy segura de que lo hará después de nuestro último encuentro en casa

de McGillvrai.

—Parecéis muy confiada. ¿Querríais batiros conmigo un día de estos?

La oferta sorprendió a Laimie hasta el punto de dar un paso atrás. Entornó la mirada hacia el duque como si no lo hubiera escuchado bien. Pero cuando vio que él permanecía en el sitio aguardando su respuesta, no le cupo la menor duda de que lo había dicho en serio.

—¿Vos y yo?

—Así es. Para ver qué nivel poseéis. Nada más. Con botones de protección en las puntas de los floretes, claro.

Laimie se sintió tentada de aceptar aquel envite, aunque fuera del mismísimo duque. Sería una manera de ver hasta qué punto lo aprendido hasta ese momento podría valerle.

—De acuerdo.

—Hablaré con Montgomery para arreglarlo. —Laimie sonrió de manera tímida—. Y ahora, si me lo permitís, ¿seríais tan amable de concederme el siguiente baile? Uno no conoce a una compatriota tan hermosa todas las noches —le aseguró inclinándose de manera respetuosa ante ella.

Laimie se mantuvo alerta considerando sus posibilidades. No pretendía dar pie al duque a pensar lo que no era. Pero tampoco deseaba mostrarse grosera con él. De modo que aceptó el baile. Tal vez así podría olvidarse por unos minutos de Alexander Murray. O en su defecto, lo intentaría.

Alexander emprendió el camino hasta Fort William. Se sentía extraño al dejar atrás Blair. Había pasado recluido en su interior desde la muerte de su esposa e hijos, y solo había salido al patio del castillo o a sus alrededores. Pero era la primera vez desde aquel fatídico día que abandonaba las tierras de Atholl. Y lo hacía persiguiendo a una muchacha que se había empeñado en llevar a cabo su estúpida venganza. ¿No comprendía que Travis acabaría con

ella antes de que fuera capaz de esgrimir su espada delante de él? ¿Se divertiría a su costa como lo había hecho con su prometido, para terminar con dos certeras y mortales estocadas! Pensar en ello enfurecía a Alexander y, si visionaba la imagen de Laimie desangrándose sobre la mullida y fresca hierba de un páramo, entonces se revolvía en su interior. Sacudió la cabeza, se aferró a las riendas con mayor empeño y azuzó a su caballo para que fuera más rápido. Quería llegar a Fort William lo antes posible para hacerla desistir de ello. Solo esperaba no llegar tarde. No llegar y saber que Travis se había cruzado en su camino. Si este hecho no se había producido todavía, buscaría la manera de evitar que ella lo viera. O incluso podría plantearse ser él mismo quien acabara con el inglés. De ese modo, Laimie estaría a salvo de una maldita vez. Aunque ella no se lo perdonara nunca. Pero la mantendría con vida.

Arribó a Fort William antes de lo previsto, ya que había cambiado de caballo en el camino. Alexander se detuvo a las afueras de la ciudad que llevaba el nombre del que fuera príncipe de Orange y que pasó a ser proclamado como rey Guillermo II de Escocia y III de Inglaterra en 1689 para reinar en vez de Jacobo Estuardo.

Alexander era consciente de que en aquella ciudad, o fortaleza, se era simpatizante del rey Jorge en esos días. Los habitantes de esas tierras de Lochaber que habían combatido bajo las banderas de los Estuardo se veían en ese momento sometidos a los dictados de Londres, y se hacía complicado observar algún detalle que le indicara que allí una vez se había luchado a favor de Escocia. No había ninguna bandera ni distintivo de los Estuardo. Ni los habitantes con quienes se cruzaba a medida que entraba en la ciudad vestían con el kilt, y mucho menos el tartán que años antes había lucido con orgullo. Alexander caminaba por la calle central mientras llevaba su caballo sujeto de las riendas, observando a lo lugareños, las casas e incluso a algún que otro soldado inglés con el que se cruzaba. No quería levantar ningún tipo de sospecha, así que bajaba la mirada al suelo o la desviaba. Y más si

recordaba a los dos soldados que se habían presentado en Atholl. Esperaba que nadie los hubiera echado de menos.

Ató el caballo y se dirigió a una taberna. Era el lugar indicado para recopilar información acerca de cómo estaban las cosas. Empujó la puerta y, al momento, se convirtió en el centro de atención de los pocos clientes que había. Alexander caminó con paso decidido hasta el tabernero, sin prestar atención a nadie.

—¿Qué queréis? —le preguntó este haciendo un gesto con el mentón y entrecerrando sus ojos con curiosidad.

—Un plato de comida caliente y algo de beber.

El tabernero permaneció en silencio el tiempo necesario para estudiar al recién llegado. Asintió convencido de que no lo había visto por allí con anterioridad. ¿Un viajero de paso? Lo que estaba claro era que no era un maldito inglés dado su acento.

—Sentaos. Os lo llevaré en seguida.

—Gracias —asintió Alexander y caminó hacia una de las mesas que había algo apartada de la entrada. No pretendía llamar la atención. Sin embargo, sabía que debía preguntar por la casa de los McDonald, en la que esperaba encontrar a Laimie.

El tabernero se acercó a él con un plato de comida y una jarra de lo que parecía ser cerveza. Se quedó de pie frente a Alexander, picado por la curiosidad.

—No sois de por aquí.

Alexander centró su atención en el plato de comida, sin levantar la mirada hacia el hombre.

—No.

—Tampoco sois inglés. Vuestro acento os delata, y vuestro *kilt*. Más os valdría tener cuidado con los soldados. Aunque las restricciones en cuanto a la ropa no están muy arraigadas todavía, podéis toparos con alguien que os denuncie —le aseguró mirando a Alexander sacudir la cabeza.

—No busco problemas.

—¿Qué buscáis en Fort William? ¿Estáis de paso?

—Busco a una mujer.

—¿Y quién no en estos días? —le preguntó con un tono jocosos.

—¿Sabéis dónde queda la casa de los McDonald? —Alexander levantó la mirada del plato de comida por primera vez. Contempló la mueca irónica y la sonrisa del tabernero. Luego, este apoyó las manos sobre la mesa y lo contempló detenidamente.

—¿No estaréis buscando a su hija, a Laimie? —le inquirió entrecerrando sus ojos con curiosidad. El tabernero observó al extraño asentir de manera lenta—. Hace tiempo que nadie la ha visto por aquí. Se marchó cuando ese inglés mató en un duelo a su prometido.

—Entonces, ¿nadie la ha visto estos días? —Alexander arqueó una ceja con interés. ¿Qué significaba aquella explicación del tabernero? ¿Se refería al tiempo que ella había pasado en Blair, o era que no había regresado a Fort William como ella le había asegurado que haría? Un repentino sudor frío le recorrió la espalda y lo obligó a permanecer atento a las palabras del tabernero.

—Eso os estoy diciendo. Desde que se marchó, nadie la ha vuelto a ver. Pero si queréis visitar a su familia, viven al final de esta calle. La casa que queda a la derecha. No tiene pérdida.

Alexander asintió en silencio pensando en que aquel hombre debería estar equivocado. Laimie tenía que estar en Fort William. «¿Dónde si no va a estar?», se preguntó contrariado por aquella información. ¡No se le habría ocurrido viajar a Francia! ¡Ella sola! Debería ir a visitar a su familia, pero antes haría una parada para ver a McGillvrai. Tenía una deuda pendiente con él.

Laimie había aceptado batirse con el duque de Argyll por diversión, siempre con el consentimiento de Montgomery de Lorraine. Por eso, se encontraba en el gran salón de la casa que el duque tenía en París.

—Podéis escoger la que más os guste —le dijo señalando la hilera de espadas y floretes que había colocadas juntos a una de las paredes.

Laimie asintió complacida. Recorrió todas y cada una de las armas expuestas ante su mirada, ajena a los comentarios que se vertían hacia ella por parte de la gente reunida para la ocasión. Aquel lugar le evocó recuerdos de la sala de armas del castillo de Blair. Por ese mismo motivo, se quedó parada mientras controlaba su respiración y sus nervios. Dejó que sus dedos recorrieran de manera lenta las empuñaduras de las armas, en una tenue caricia. Vacilaba a la hora de elegir una con la que se batiría, más porque su mente estuviera en otro lugar que porque tuviera prisa o necesidad de batirse. Sonrió de manera tímida cuando cerró los ojos y el rostro de Alexander apareció en su mente. Debía dejar atrás el pasado en lo concerniente a él. Ella no iba a regresar a Blair; ni mucho menos Alexander la buscaría. Se lo había dejado claro la mañana en la que se despidieron, de manera que, ¿por qué una parte de ella anhelaba que él lo hiciera? Esa parte de ella que él había conseguido rescatar de la mujer vengativa que habitaba en su interior.

El duque no había dejado pasar la oportunidad de invitar a algunas distinguidas personalidades entre la aristocracia escocesa exiliada en Francia, así como de la francesa. Y muchos miraban a Laimie y cuchicheaban pretendiendo que ella no los escuchara.

Montgomery de Lorraine se acercó hasta el duque con el semblante serio.

—¿Estás seguro de lo que pretendes?

—Tú has dado el visto bueno. Le pedí a la señorita McDonald que me enseñara su habilidad. Ella accedió y yo te lo propuse. No temas, no voy a acabar con ella. Escocia necesita de mujeres como ella. —Estas últimas palabras las había pronunciado desviando su atención hacia la joven.

—No la subestimes en ningún momento. Pese a su apariencia, es un

demonio con la espada. Lo he comprobado desde que empezó a practicar en mi escuela. —Montgomery de Lorraine asintió entornando la mirada hacia el duque.

—Lo tendré.

Laimie comprobó el peso del florete para la ocasión; ejecutó un par de movimientos e hizo que el filo rasgara el aire con un sonido semejante a un látigo.

—¿Es de vuestro agrado? —La pregunta del duque la sacó de sus pensamientos.

Laimie levantó su mirada hacia él y estudió su rostro. Gesto sereno. Confiado en sus posibilidades. Ella no debía olvidar quién era *él*. Debería apartar de su mente a Alexander y centrarse del todo en el lance.

—Sí. Lo es.

—¿Preferís el florete a la espada?

—Por mí... —Laimie pareció indecisa ante aquella pregunta. Tal vez el duque prefiriera emplear la espada. De manera que lo contempló a la espera de que él se decidiera.

—Está bien —le aseguró y cogió él mismo un florete, ya que era el arma que ella había elegido para la ocasión—. ¿Deseáis usar un peto de protección? No es la primera vez que el botón que recubre la punta del florete salta en un lance y hiere al adversario —le hizo saber el duque intrigado y nervioso por cruzar la espada con ella.

—No. Confío en vuestra destreza para que ello no suceda, aunque usaremos el peto para mayor seguridad —le correspondió, de manera galante, Laimie. Sabía que adular al contrincante antes de empezar podría causar en este un efecto de confianza del que ella podía sacar ventaja.

—Sea pues. —El duque se alejó de ella para tomar posición en el centro del salón, al mismo tiempo que los invitados se apartaban y algunos tomaban asiento para estar más cómodos. Los murmullos fueron decreciendo de manera gradual.

Laimie inspiró hondo y se sujetó el cabello detrás de su cabeza con una cinta para que no le molestara. Cerró los ojos por un segundo y, tras humedecerse los labios, caminó hacia el centro con el florete en una mano mientras la otra permanecía cerrada en un puño. Cuando se situó frente al duque, lo volvió a estudiar. No debía confiarse de la edad de él, ya que ello le otorgaba sin duda una mayor experiencia. Había combatido junto a los Estuardo y en ese momento era la máxima autoridad de Escocia en Londres. Pero ella estaba segura de que él no se dejaría ganar y que se emplearía a fondo.

Montgomery de Lorraine se adelantó hasta situarse a la altura de ambos contendientes.

—¿Dispuestos? —Miró a ambos para comprobar que así era—. El combate será a tres toques. Aquel que logre tocar al contrincante en dos ocasiones, será el vencedor. No están permitidos los toques por debajo de la cintura ni en el rostro.

Laimie se mordisqueó el labio mientras contemplaba al duque, sin prestar atención a las normas que Montgomery explicaba. Ya las conocía. De manera que lo que estaba deseando era comenzar.

—*En garde!* —Ambos contendientes adoptaron la pose de comienzo y, casi antes de que Montgomery diera un paso atrás para ver el combate, los aceros comenzaron a tintinear.

Laimie dejó que el duque tomara la iniciativa en los primeros lances, ya que ella no pretendía mostrar su juego tan pronto. Por eso, se dedicó a contener los ataques de él con normalidad y tranquilidad. En seguida se dio cuenta que sus movimientos eran elegantes, disciplinados y que en nada tenían que ver con los que ella había conocido en otros contendientes.

El duque pasó al ataque casi de inmediato. Buscaba sorprenderla desde el inicio. No le daría tregua. La pondría en un aprieto tras otro. Si en verdad ella estaba dispuesta a acabar con la vida de un oficial como Travis, más le valía atenerse a las consecuencias de sus actos. Este no le daría tregua en ningún

momento. Y eso era lo que precisamente él estaba haciendo en ese momento. Hostigándola sin descanso hasta arrinconarla y lograr que la punta de su florete le rozara el peto para satisfacción suya y rabia de ella.

Laimie se había visto acorralada casi desde el inicio, lo que había supuesto que el duque lograra el primer punto. Apretó los dientes enrabiada por ese aspecto, pero regresó al centro cuando Montgomery la requirió para dar comienzo el segundo lance.

—El duque logra el primer tanto —refirió Montgomery mirando a ambos contendientes para comprobar que se encontraban en disposición de continuar. Mientras el duque asentía convencido de que lo estaba, Laimie reflejaba en su rostro la consabida y esperada frustración del que pierde.

Laimie tomó aire e intentó serenarse. La rabia que sentía en ese preciso instante no la conduciría a la victoria. Tampoco debía dejarse llevar por el ímpetu de agradar a los allí presentes, los cuales conversaban en voz baja acerca de su estilo, su forma de moverse y demás. Algunos incluso se habían atrevido a cruzar apuestas a favor de ella o en contra.

—*En garde!* —Montgomery dio la orden para que el segundo lance diera comienzo.

Laimie aferró la empuñadura del florete y contempló al duque de manera fija. Por un instante, no se movió del sitio cuando este se dispuso a lanzar su estocada, lo cual sorprendió a todos los allí presentes. Iba a derrotarla con un solo movimiento, pensaron todos. Pero entonces Laimie se desplazó ágil hacia un lado y dejó que el florete del duque se lanzara hacia el vacío, sin encontrar oposición. El duque descubrió su flanco izquierdo y Laimie, como en su día había hecho Alexander con ella, extendió el brazo al máximo y tocó el costado del duque para admiración de los presentes. Una exclamación de júbilo y de sorpresa se elevó hasta el techo mientras Laimie sonreía de satisfacción por haber logrado su objetivo.

Ella se irguió ante el duque, a quien saludó de forma respetuosa.

—Ingeniosa manera de derrotar a un adversario, *mademoiselle*. ¿Quién os

lo enseñó? —le preguntó desviando la mirada con rapidez hacia Montgomery, quien se limitó a negar con la cabeza.

Laimie esbozó una media sonrisa y trató de controlar el pulso. Pensar en aquel movimiento, o, más bien, en aquella mañana en la que Alexander lo había puesto en práctica, le hizo revivir sensaciones que no deseaba bajo ningún concepto. Pero ¿cómo podía hacerlo si él se había instalado en su interior de aquella manera?

—Un conocido de ambos —se limitó a responderle al duque mientras este fruncía sus labios y asentía.

Montgomery ocultó su cínica sonrisa. Sabía que había sido Alexander Murray. Sí. Él sería capaz de enseñarle cuantos trucos considerara oportunos para que ella saliera con vida de un duelo. Por ese motivo, la contempló de manera fija e intrigante. ¿Le habría enseñado también su arriesgado cambio de mano? ¿Qué había sucedido entre ellos? Había una parte de la historia que ella no le había referido; ni él creía que fuera a hacerlo. Pero intuía que entre su viejo amigo y *mademoiselle* McDonald habían sucedido otro tipo de lances que nada tenían que ver con la esgrima.

—Pues dadle mi enhorabuena cuando lo veáis. Ese movimiento os puede salvar la vida. ¿Seguimos? Estamos empatados. Deberé ser más precavido con vos...

Laimie asintió y mantuvo su mirada y su gesto fríos. No quería que los halagos del duque la apartaran de su cometido. Por ese motivo, volvió a retomar su postura de ataque a la espera de la orden de Montgomery.

Los asistentes todavía comentaban el movimiento de ella y se preguntaban cómo había sido capaz de arriesgarse. De haber fallado, el duque habría logrado el segundo punto y habría ganado. Los que habían apostado a favor de ella respiraban aliviados, aunque temían que ella fuera capaz de otro ardite para ganar al duque.

Laimie se centró de nuevo. No quería que la adularan en exceso porque no quería distraerse.

—*En garde!*

Laimie pensaba en la manera en la que afrontaría ella el tercer envite. Sin duda que su argucia le había servido para ganar el punto y sorprender a un duque que en ese instante se mostraba más precavido. Por ese motivo, Argyll no se lanzó de buenas a primeras a por ella, sino que la esperó para estudiar su ataque.

Laimie se mantuvo firme en todo momento, movía su muñeca con valentía, con rapidez y destreza, y tiraba su estocada hasta el fondo, como siempre le recordaba Alexander. Los floretes se enzarzaron en una danza sin igual, fría y mortal, mientras los contendientes se empleaban a fondo.

El duque fruncía el ceño al tiempo que tiraba estocadas, mientras que Laimie no solo las paraba, sino que, en ocasiones, las devolvía cargadas de peligro. Era capaz de convertir su defensa en un ataque inesperado y mortal para su adversario. Se mostraba ágil en sus movimientos y confiada en que podía ganarle al duque.

«No existe la estocada perfecta. Solo aquella que nos otorga la victoria ante nuestro adversario», recordó en el momento oportuno en el que hizo que el duque bajara la guardia ante su ataque en falso. Laimie solo tuvo que tirar su estocada hasta el fondo para que la punta de su florete se topara con el peto del hombre para sorpresa generalizada de todos.

Laimie se quedó parada y levantó la mirada hacia el rostro del duque para contemplar en él una mezcla de sorpresa y de satisfacción al verse derrotado.

Todos parecían haber contenido la respiración y nadie era capaz siquiera de hablar. Se limitaban a mirarse en busca de una respuesta. Tal vez, cómo era posible que aquella mujer hubiera derrotado al mismísimo duque de Argyll. Este sonrió.

—Bravo, *mademoiselle* McDonald. Esta vez, no habéis empleado ningún truco, sino que me habéis obligado a bajar la guardia hasta el punto de descubrirme.

Laimie se enderezó con una ola de orgullo en su pecho. Saludó al duque y

bajó el florete hasta que el botón de protección rozó el suelo.

—Gracias, señor.

—Os dije que ella era un demonio con la espada o el florete en la mano — intervino Montgomery al acercarse al duque.

—Sin duda. Decidme, ¿por qué vuestro empeño en encontrar al oficial Travis y acabar con él? ¿Por qué no dejáis enterrado el pasado y os buscáis un esposo? —El duque interrogó con la mirada a Laimie, deseando conocer la verdad—. El tiempo cura las heridas...

—No puedo, señor. No sois el único que me lo ha pedido, pero... Vos no visteis morir a un ser querido a manos de ese oficial *sassenach* de Travis — pronunció con cierto resquemor en el tono de su voz mientras dejaba su mirada fija en un punto en el vacío—. Se divirtió con él hasta que lo atravesó con su espada. Sabía que Fergus no tenía ninguna posibilidad con él y, aun así, no quiso parar el duelo. Se entretuvo con él como lo hace el gato con el ratón antes de darle caza y acabar con él. No, señor. Si vos hubierais asistido a lo que yo, también querrías encontrar a ese hombre para devolverle la afrenta.

—Veo que nada ni nadie os hará cambiar de opinión.

—No —le refirió muy segura de su sentimiento de venganza—. Nadie. Hice un juramento y pienso cumplirlo cueste lo que me cueste.

«Ni siquiera el hombre por el que me he permitido la licencia de sentir algo después del tiempo transcurrido», pensó con cierta amargura porque una parte de ella entendía que tal vez había dejado escapar una oportunidad para volver a ser feliz.

—Os deseo toda la suerte del mundo, *mademoiselle* McDonald. Sin duda que la necesitaréis. —El duque le cogió la mano para darle un beso de despedida. Ella agradeció el gesto, pero nada cambiaría en su interior.

Tal vez, después de todo, su comportamiento se debiera a una locura. Era posible que el tiempo pasara sin que ella lograra encontrar a Travis y cobrarse la muerte de su prometido.

—Si me disculpáis, quisiera retirarme. —Laimie sentía la urgente necesidad de abandonar la compañía del duque y del propio Montgomery.

Ambos la vieron alejarse después de devolver el florete a su lugar.

—Es una verdadera lástima lo que le sucedió —comenzó diciendo el duque al tiempo que hacía un gesto con el mentón hacia ella—. Pero es más sorprendente su comportamiento. Digno de admiración. Que haya empeñado su vida en lograr la venganza...

—Lo es. No logro comprender la naturaleza humana.

—¿Le enseñaste tú el movimiento con el que me ganó el segundo lance? Puedes decirme la verdad. Ahora ella no nos escucha —se burló el duque de su amigo Montgomery.

—No. Yo no he sido.

—Pero, por el tono de tus palabras y esa media sonrisa cínica, conoces a quien lo hizo.

—Alexander Murray. Solo él pudo haber sido.

—Se quedó viudo tras la rebelión, ¿verdad?

—Una partida de ingleses llegaron hasta las tierras de Atholl y acabaron con su familia mientras él combatía cerca de Culloden. Fue un desastre. Desde ese fatídico día, se encerró en su castillo de Blair y no ha vuelto a salir. Lo que me extraña es que haya aceptado enseñar esgrima a Laimie.

—¿Qué insinúas? —Había un toque de diversión en la pregunta del duque. Montgomery sonrió.

—Nada. Pensamientos míos. ¿Te quedas esta noche? Aprovecharé la ocasión de que estás en París para dar una pequeña recepción.

—Lo lamento, pero el deber me llama de regreso a casa. Me gustaría hacerlo porque sin duda que la historia de Laimie McDonald ha despertado mi interés.

—Tú no sabrás nada de ese oficial inglés —se aventuró a comentar Montgomery al ver al duque negar—. Espero que esa muchacha no llegue a encontrarse con él nunca —Montgomery apretó los labios y frunció el ceño

con preocupación por que ese día pudiera llegar.

El sonido del acero llamó la atención de Alexander. Había pedido al hombre que le había abierto la puerta que no lo anunciara ante su viejo amigo McGillvrai. No pretendía que interrumpiera su clase de esgrima por su visita. De manera que caminó por el pasillo hasta la misma entrada del salón de armas donde McGillvrai se empleaba a fondo. Su oponente era un hombre alto, ancho de espaldas, con el pelo recogido en la parte posterior de la cabeza. Se movía con agilidad y destreza a pesar de su envergadura. Cualquiera que lo contemplara pensaría que tendría dificultad para moverse. Pero nada más lejos de la realidad. Alexander permaneció en silencio mientras observaba a los dos contendientes, en especial, a su amigo, quien, pese a la edad, todavía guardaba fuerza y destreza con una espada en la mano. «Hace mucho tiempo que no nos vemos», pensó Alexander concentrando en el combate.

—Sois un verdadero diablo, McGillvrai. Si todos los jacobitas hubieran combatido como vos, hoy en día, el Estuardo se sentaría en el trono de Londres —le aseguró el hombre en un intento por halagarlo, o bien, por distraerlo de su ataque para que se rindiera.

Aquel comentario encendió la sangre de Alexander. Cerró sus manos hasta sentir que las uñas se le clavaban en las palmas. Apretó los dientes y pensó que con gusto cogería una espada y le enseñaría cuatro cosas a aquel inglés.

McGillvrai retrocedió un par de pasos cuando se vio acosado por el acero de su alumno, hasta que percibió la presencia de Alexander en el umbral de la puerta. Y entonces sintió un sudor frío recorrerle la espalda y empaparle la

camisa más de lo que ya estaba por el ejercicio. Se descuidó y permitió a su adversario lograr su fin: desarmarlo y vencerlo para completa satisfacción de este.

—Bueno, ha merecido la pena esperar tal desenlace. Me habéis hecho emplearme a fondo en esta ocasión —le aseguró el inglés con una sonrisa de satisfacción.

—Hoy estáis con fuerzas y con ganas —se limitó a comentar McGillvrai sin perder de vista a Alexander.

El inglés se volvió sobre sus pasos al ver que el maestro de armas fijaba la atención en un punto detrás de él.

—Oh, vuestro siguiente alumno os espera —dijo e hizo una reverencia hacia Alexander, quien no le correspondió después de haberlo escuchado hablar de los jacobitas y de su manera de luchar a favor de los Estuardo.

—Sí —se limitó a decir McGillvrai al tiempo que caminaba hacia Alexander. Quería evitar cualquier tipo de enfrentamiento. La verdad era que no podía imaginar que su viejo amigo se presentara allí.

Alexander se acercó al maestro de armas con el brazo extendido para estrecharle la mano, pero sin perder de vista al inglés.

—¿Qué haces aquí? —McGillvrai bajó el tono de su voz para que el otro hombre no lo escuchara. Estrechó la mano de Alexander y alzó la mirada hacia él buscando la respuesta.

Alexander sonrió y aguardó a que estuvieran a solas para poder hablar con total libertad. Contempló al inglés caminar hacia ellos con una sonrisa de satisfacción pintada en su rostro. De repente, Alexander tensó el cuerpo y cerró sus manos para contener el deseo de golpearlo o, peor aún, de retarlo y acabar con él de una vez por todas. Sí. Creía reconocerlo pese al tiempo transcurrido. ¿Y él? ¿Lo habría hecho también? Ciertamente que el tiempo había cambiado a ambos.

—Espero que disfrutéis de vuestra clase —le dijo al llegar a la altura de Alexander, quien no apartó la mirada del inglés ni un solo momento.

En ese momento en que lo tuvo más cerca, Alexander creyó reconocer en él los rasgos del mismo hombre con el que había cruzado el acero en Culloden antes de que el humo de los cañones lo hiciera desaparecer.

—Estoy seguro.

—Bien. He de marcharme. Asuntos políticos me reclaman. ¿Tendréis un hueco mañana para que practiquemos? —preguntó entornando la mirada hacia el maestro de esgrima.

—Claro. Venid a la misma hora de hoy.

—De acuerdo. Entonces mañana nos veremos. Caballeros. —El inglés inclinó la cabeza con respeto antes de desaparecer por el pasillo.

Solo cuando Alexander escuchó cerrarse la puerta de la calle, soltó el aire y procedió a hablar. Por un instante había temido que él también lo reconociera. En ese caso, no le habrían quedado muchas opciones.

—He venido por Laimie McDonald —le confesó, mirándolo con determinación, para que le aclarara por qué diablos le había aconsejado que fuera a Blair.

McGillvrai sonrió de manera tímida. Cogió aire y caminó de regreso a la armería, sin mediar palabra. Por fortuna, el peligro había pasado.

—¿Qué sucede con esa joven? Volvemos a vernos después del tiempo transcurrido sin hacerlo y lo primero que me preguntas es por Laimie McDonald.

—No voy a andarme con rodeos. ¿Puedo saber por qué demonios le dijiste que me buscara? Sabías que estaba retirado de todo. Y mucho menos que enseñe esgrima —le aclaró a la espera de una explicación que lo convenciera.

—Fue lo primero que se me ocurrió.

—Oh, bien. Lo primero que se te ocurrió. Bravo. —Alexander aplaudió e hizo una reverencia.

—Estaba en peligro. ¿No te lo ha contado?

—Sí. Conozco su historia. ¿Qué podía importarme a mí? Vivía tranquilo en Blair hasta que ella apareció.

—¿Dónde está ella ahora? ¿La has dejado en Blair?

—Pues claro que no. Por ese motivo estoy aquí —le confesó Alexander.

Su viejo amigo puso cara de circunstancia.

—¿Aquí?

—Se marchó de Blair hace algunas semanas. Dijo que regresaba a Fort William para despedirse de su prometido. Que necesitaba tiempo para recapacitar y... no sé qué más tonterías —comentó Alexander ofuscado por sentir que la echaba de menos. Que Blair no era el mismo castillo desde que ella se había marchado. Y que en cuanto le echara la mano encima iba a decirle unas cuantas cosas bien dichas—. He preguntado en la taberna, pero aseguran que no la han visto por aquí.

—Yo tampoco. No sabía que había pensando en volver. Y doy gracias de que no lo haya hecho. De lo contrario, se hubiera cruzado con *él*.

Alexander frunció el ceño en un primer momento. De una manera lenta, comenzó a ser consciente de lo que acababa de decirle su viejo amigo. O, más bien, del gesto que acababa de hacer en dirección al pasillo por el que minutos antes había desaparecido aquel inglés presuntuoso.

—¿Era él entonces? He tenido algunas dudas al verlo. —Alexander sintió que la piel se le erizaba con solo pensar que era cierto que acababa de tener a Travis delante de él.

—Sí. El hombre que estaba aquí practicando era el mismo al que busca Laimie —le confesó McGillvrai con parsimonia, contemplando cómo el semblante de Alexander pasaba de la lógica sorpresa inicial al más absoluto odio. Por ese motivo, McGillvrai se apresuró a agarrarlo por el brazo cuando vio que su amigo hacía el intento de salir en pos de él.

Alexander cerró sus manos y rechinó los dientes. McGillvrai lo sujetó con fuerza.

—¿Conoces a Travis? —McGillvrai entrecerró los ojos mirando a su amigo.

—Por un breve instante, nos cruzamos en Culloden. Nos batíamos cuando

el estruendo de los disparos de la artillería inglesa arrojó sus nubes de humo sobre nosotros. Cuando se disiparon, él ya no estaba. Creí que habría sido alcanzado por el disparo.

—No seas estúpido, Alexander. No cometas una locura. Piensa.

—Si no lo hubiera pensado con detenimiento, lo habría golpeado, habría cogido un florete o habría salido detrás de él para acabar con todo esto de una maldita vez. Créeme —le confesó mirando a su amigo de manera fija—. Pero no lo haré porque ese no es mi cometido.

—Entiendo que estarías dispuesto a acabar con él. Pero déjalo estar.

—Ella no lo hará. Y si sabe que Travis está en Fort William..., en cuanto considere que está preparada, vendrá aquí, a por él.

—Si no se han visto todavía es porque ella no ha venido.

Alexander resopló.

—Pues agradezco que esté en otro lugar.

—¿Qué ha sucedido con ella?

Alexander se apartó de su amigo y comenzó a pasear por la sala de armas, preso de una agitación extrema. Lleno de confusión.

—Esa muchacha logrará que la maten. He intentado hacerla cambiar de opinión en repetidas ocasiones. Me negué a enseñarle en un primer momento.

—Presumo que, después de todo, logró que accedieras.

—Pensé que, si le mostraba que no tenía nada que hacer con alguien como Travis, se olvidaría de ello —le aclaró Alexander levantando las manos en alto para ejemplificar cómo se sentía—. La derroté en numerosas ocasiones. Le hice ver lo que le sucedería con alguien cuya vida ha sido el ejército.

—Pero no desistió —corroboró McGillvrai lamentando dicha situación—. Esa muchacha tiene genio. Y determinación. No descansará hasta que Travis esté bajo la punta de su florete. Créeme.

—Soy consciente —asintió Alexander muy a su pesar.

—Pensé que se echaría atrás cuando le dije que tú podrías ayudarla. Que el viaje hasta las tierras de Atholl la haría desistir. Pero me equivoqué. No

obstante, debía abandonar Fort William antes de que Travis diera con ella.

—No importa lo que Travis haga; es Laimie quien pretende encontrarlo.

—¿Qué piensas hacer? Ya la conoces, no abandonaré.

—Si no puedo hacerla cambiar de opinión, entonces buscaré la manera de que no encuentre a Travis.

Laimie contemplaba la luna redonda sobre el cielo despejado de París. La luz trazaba un sendero por el jardín, con destino incierto. Ella suspiró pensando en otro lugar, en otro hombre que había dejado atrás. Pero al que no podía regresar. Volver a Blair y a Alexander significaría tener que renunciar a su destino: encontrar al hombre que había acabado con la vida de Fergus. Solo entonces él descansaría y ella... Laimie cerró los ojos y emitió un gemido de desesperación. Se retorció las manos presa de la incertidumbre que la poseía. No veía otra salida a su vida.

Montgomery de Lorraine y su esposa, Annette, la contemplaban desde cierta distancia. Él pensaba en aquella mujer y en su disparatada idea. Manejaba la espada como ninguna otra, eso era cierto. Incluso mejor que muchos hombres, como había quedado demostrado en su particular duelo con el duque de Argyll. Pero lo que buscaba era una locura. Él también era consciente de que ella se marcharía cualquier día y que no podría retenerla por más que pretendiera. Su propia esposa había hablado con ella y había querido hacerla recapacitar. Montgomery había creído que la presencia de Annette, sus charlas distendidas, sus paseos por los jardines, acompañarlos a las fiestas en honor a los Estuardo harían que Laimie decidiera abandonar su idea de buscar venganza. Pero todo parecía haber resultado inútil como le había comentado Annette.

—Iré a hablar con ella. Vuelve con los invitados —le dijo Annette posando su mano en el antebrazo de su esposo—. Esa muchacha no sufre solo por

llevar a cabo su venganza, sino por una ausencia.

Montgomery frunció el ceño y contempló a su esposa, quien sonreía divertida por aquel gesto.

—¿Qué insinúas?

—Tú solo puedes referirte a ella en términos de esgrima. Y no ves más allá del filo de un florete o de una espada. Pero yo percibo más en ella. Más tarde nos vemos.

La esposa de Montgomery caminó en dirección a Laimie. Esta se volvió al escuchar los pasos tras ella y esbozó una tímida sonrisa llena de añoranza que no pasó por alto para Annette.

—¿Qué hacéis sola en el jardín? Si me permitís preguntároslo.

—Salí a tomar un poco de aire.

—¿Os divertís? —Annette entornó la mirada con curiosidad. No estaba segura del todo de que aquello fuera lo que la joven buscaba.

Laimie sonrió una vez más.

—Sí, la noche está siendo agradable.

—Me alegro por vos. Os he visto bailar en repetidas ocasiones. A decir verdad, sois todo un reclamo.

—Tal vez se deba a que los hombres me encontraban sola. O a la fascinación que levanto por el hecho de manejar el florete con destreza —le dijo al recordar el hecho de haber derrotado al duque de Argyll.

—O tal vez se deba a vuestro atractivo.

Laimie experimentó el calor recorriendo su cuerpo y asentándose en su rostro.

—Me inclino más bien por cualquiera de las dos primeras opciones.

—No me cabe la menor duda de que habéis causado un gran revuelo con vuestras dotes para la esgrima, según mi esposo. No es algo normal que una mujer solicite aprenderla. Y menos que se desenvuelva como vos.

—Tenéis razón. Ver a una mujer batirse con el duque de Argyll no es algo muy común —le dijo con cierta ironía.

—Ni con cualquier hombre. Laimie, soy consciente de que tarde o temprano partiréis de vuelta a vuestro hogar. Pero dejadme decir que tanto a mi esposo como a mí nos complacería que os quedaseis más tiempo, e incluso que os quedaseis en París —le confesó, cogió sus manos entre las de ella y la miró con cariño. Annette no podía negar que sentía cierta afinidad con la joven escocesa y que no quería que arriesgase su vida en un duelo por algo que había sucedido en el pasado.

Laimie se sintió reconfortada por aquel comentario, pero en su interior sabía que no podía ser.

—Ya lo hemos hablado. Sabéis cual es el único propósito de mi estancia aquí.

—Lo sé, pero si pudieseis esperar un poco más. Montgomery asegura que sabéis manejar la espada como el mejor; y habéis derrotado al duque de Argyll, pero...

—Sé lo que vais a decirme. Que no estoy preparada para un duelo en el que la vida está juego. Que una cosa es practicar esgrima o batirse con la protección de los petos y los botones en el extremo de la espada, y otra muy diferente hacerlo al desnudo —le resumió observando a Annette asentir. Laimie había encontrado una amiga en ella y, en cierto modo, sentiría pena llegado el día de marcharse.

—¿Qué me decís de Alexander? Montgomery me ha asegurado que habéis empleado una táctica suya —le comentó haciendo referencia al hombre. Luego, Annette fijó toda su atención en el cambio que se produjo en el semblante de Laimie, en el brillo de su mirada, en la curva de sus labios, el tono de sus mejillas.

—¿Lo conocéis bien? —Laimie susurró la pregunta por temor a que la esposa de Montgomery pudiera pensar en lo que no era. Ella no quería mostrarse abierta ni ansiosa por saber de él. Bastante tenía con echarlo de menos de aquella manera tan agónica.

—No mucho, la verdad. Lo conocí una vez que marchamos a visitarlo,

antes de que estallara la guerra. Nos hicimos buenos amigos de su esposa. Cuando el príncipe Estuardo decidió regresar a Escocia a reclamar el trono, Montgomery acudió junto a Alexander. Temí que la guerra acabara con ellos dos. Cuando supe lo que le había sucedido a la familia de él... —Annette bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas mientras su voz se volvía un susurro apenas audible—. Le pedimos que viniera con nosotros a París, pero rechazó esa idea. Decidió quedarse solo en Blair, junto a Jhonas y algunos sirvientes más del clan Murray. Me hubiera gustado ver su cara cuando aparecisteis vos —le confesó entre risas—. Juró que nunca más enseñaría esgrima. Ni que abandonaría el castillo de Blair.

—Así es —asintió Laimie recordando la mañana en la que él se había despedido de ella. Sabía que no volvería a verlo. Y en ese momento Annette le confesaba el motivo; no abandonaría Blair. Y menos por ella—. Él nunca lo hará.

Annette vio como ella volvía el rostro y dejaba su mirada fija en el cielo. Su forma de comportarse y de referirse a Alexander no hizo sino confirmar las sospechas de la esposa de Montgomery.

—Vos sentís por él algo. No me atrevería a decir que lo améis, pero sí es cierto que lo añoráis —le confesó con una media sonrisa delatora que Laimie no se molestó en rebatir porque era cierto. Annette contempló la manera en la que la mirada de la joven escocesa se tornaba vidriosa por el esfuerzo que hacía por retener las lágrimas.

Laimie no podía controlar los latidos de su corazón ni mucho menos esa sensación de ahogo instalada en su pecho. Sí, no sabía cómo calificar lo que Alexander le hacía sentir. Salvo que lo echaba en falta cada mañana.

—¿Cómo puedo sentir algo por un hombre que no me apoya en mis decisiones?

—Querida, no os apoya porque tiene miedo a perderos. Porque tal vez él también sienta por vos algo que creía olvidado desde la muerte de su esposa —le resumió con total naturalidad.

—Pero... Se supone que...

—No puede apoyaros en esto porque os estaría empujando a una posible muerte —le aseguró negando con la cabeza—. Dejadme deciros que Alexander ha pasado por ese trance ya. Y que no pretende que se repita por mucho que vos le digáis que no os apoya.

Laimie entreabrió los labios para tomar aire porque sin duda que aquella confesión se lo había arrebatado de golpe. Sin preaviso. ¿Qué sentía por ella? ¿Cómo podía ser cierto aquello que Annette le decía?

—Vos no lo visteis la mañana que me despedí de él. Me dio la espalda sin decirme nada, salvo «adiós» y «buena suerte» —le confesó molesta por aquel comportamiento de él. Dolida en su interior porque él no hubiera sido capaz de acercarse a ella y sujetarla por los brazos para retenerla a su lado—. Si como decís, él sintiera algo por mí, habría evitado que me marchara. ¿No creéis?

—Alexander es el jefe del clan Murray de Atholl. Orgullosa, fuerte, valiente y decidido. Nunca nadie le ha llevado la contraria. Vos sois la primera en hacerlo. Y ese aspecto vuestro es el que os lo devolverá.

—Pero... Acabáis de decirme que él nunca abandonará Blair.

Annette sonrió y posó su mano en el rostro de Laimie.

—Para todo hay una primera vez, mi dulce niña. Para todo.

Laimie se quedó aturdida con esta aseveración. ¿Insinuaba que Alexander iría en su busca? ¿Por qué? ¿Para evitar que encontrara a Travis? Si ese era el motivo, ya podía olvidarse de ella. Si él como jefe del clan era orgulloso y estaba acostumbrado a que todos lo obedecieran, ella no iba a hacerlo como digna hija de los McDonald.

Alexander llegó a París después de un tumultuoso trayecto al cruzar el Paso de Calais. El mar estaba picado y Alexander pensó que se trataba de una

barrera para que evitara llegar a su destino. Después se encontró con una escasez de medios con el que llegar a la capital, lo cual no hizo sino irritarlo más. Logró un caballo a un precio elevado que cambió en una casa de postas y, al final, no sin gran esfuerzo, estuvo a París.

Sin pensarlo dos veces, se dirigió hasta la casa de Montgomery. No había olvidado su dirección y confiaba en que siguiera viviendo en la misma casa señorial a las afueras de la ciudad. De este modo, sus impedimentos por llegar hasta Laimie cesarían de una vez por todas. Cuando Alexander detuvo su caballo frente a las escaleras de la entrada, sintió la inquietud del momento. Pareció tomarse unos segundos para él mismo, para reafirmar que aquello era lo que en verdad quería. Había llegado hasta la casa de su viejo amigo donde, casi con toda seguridad, estaba *ella*. ¡Maldita fuera! ¡No podía creer que hubiera hecho aquel trayecto para quedarse en ese instante sentado sobre su montura mientras cavilaba si debería descender o regresar al camino de entrada a la casa! Quería ver a Laimie, no para hacerla desistir de su empeño en vengarse de Travis, sino porque... El sonido de la puerta al abrirse detuvo sus conjeturas e hizo que fijara su atención en el hombre que lo contemplaba con cierta curiosidad.

—¿Deseáis algo, señor?

—Busco a Montgomery de Lorraine —respondió, se apeó de su caballo y pasó las riendas por la cabeza de este—. Supongo que seguirá viviendo aquí —dedujo arqueando las cejas en señal de expectación.

—Sí, el señor sigue viviendo aquí. ¿Acaso pensasteis que habría cambiado su residencia?

—Hace ya algún tiempo que no nos vemos y consideré la posibilidad de... —Alexander detuvo su comentario. Era absurdo contarle a aquel buen hombre cómo se habían conocido; o hablarle del tiempo exacto que hacía que no se veían. Por un momento, había deseado que aquel hombre le hubiera dicho que Montgomery ya no vivía allí, sino que se había marchado a la otra punta del país. No entendía el motivo de ese deseo. Tal vez tuviera que ver

con Laimie después de todo—. ¿Se encuentra en la casa en estos momentos?

—Sí, creo que está en la sala de armas, ejercitándose junto a su alumna.

Alexander tensó el cuerpo cuando escuchó a aquel hombre referirse a Lamie. Solo podía ser ella. No cabía otra posibilidad. Apretó las riendas en su mano con excesiva fuerza mientras pensaba en ella.

—Si sois tan amable de conducirme hasta él.

—Daré orden de que atiendan a vuestro caballo. ¿A quién debo anunciar?

—Alexander Murray, si sois tan amable.

—Bien, sígame.

Alexander entregó las riendas a un mozo que apareció a una señal del mayordomo de la casa, según había deducido él al verlo.

Hacía mucho tiempo que Alexander no pisaba aquella casa. Y los recuerdos de un tiempo pasado llenos de dicha y felicidad lo invadieron. No había olvidado la última vez que Meredith y él estuvieron allí. Por ese mismo motivo, él se detuvo en la entrada, paralizado por la remembranza.

—¿Sucede algo? —preguntó el mayordomo al ver que se quedaba parado y, cuando lo observó negar con la cabeza sin mediar palabra, le indicó con la mano que lo siguiera.

Alexander se dijo así mismo que no era momento para dejar que los recuerdos lo hicieran prisionero. El pasado no podía cambiarse ni los recuerdos, borrarse, como acababa de comprobar. Debía seguir adelante, y en ese camino estaba Laimie. Debía evitar a toda costa que ella se convirtiera en un recuerdo más.

—Si sois tan amable de esperar aquí. Le diré al señor que queréis verlo.

Alexander asintió y dejó que su mirada recorriera la decoración de la salita a la cual lo habían conducido. Todo parecía estar como él lo recordaba. Los cuadros, los jarrones, la mesita con el juego de té que Meredith y Annette habían usado para tomarlo. ¡Por San Andrés, que eran demasiados recuerdos! Cerró los ojos y se volvió de espalda a la mesita.

—Cuando me han dicho quién ha llegado, no he querido creerlo.

La voz de Annette desde el umbral de la puerta hizo que Alexander se volviera con un sonrisa llena de añoranza. Allí estaba la esposa de su amigo. Elegante y distinguida como él la recordaba. Bella y femenina. Con su mirada llena de vida, con su sonrisa encantadora.

—Es lógico que lo hayas pensado porque me he estado preguntado, de camino aquí, por qué lo hacía. ¿Por qué he decidido abandonar Blair? — Alexander avanzó hasta ella y tomó su mano para darle un beso—. Estás más bonita de como te recordaba.

—Gracias. ¿Y tú? —Annette entornó la mirada hacia el amigo de su esposo. Estaba preocupada por lo que sabía de él. Por cómo le había afectado la muerte de Meredith y de sus hijos. Encontraba a Alexander más delgado, con el rostro algo demacrado, el cabello largo y enmarañado. Sin duda que el destino lo había golpeado con virulencia.

—Sigo adelante, que no es poco. ¿Y Montgomery? —Alexander se refirió a este para que Annette no siguiera preguntándole cómo estaba.

Ella sonrió con toda intención porque había descubierto el juego de Alexander. Pero también porque, sin quererlo, le iba a permitir saber qué era lo que había entre la joven McDonald y él.

—En la sala de armas. Dando una clase a alguien que tú conoces muy bien —le refirió haciendo hincapié en las últimas palabras.

—¿Está *ella* aquí? —Alexander no se anduvo con rodeos. Había ido hasta allí para verla. No iba a contarle una mentira a Annette. No serviría de nada, ni para él ni menos para ella.

—Por ese motivo estás aquí, ¿no? Vino hace tiempo solicitando los servicios de Montgomery, como ya sabrás —comenzó relatando Annette mientras contemplaba a Alexander asentir—. Sé que es una completa locura lo que se propone...

—Lo es —le dejó claro él interrumpiendo las explicaciones de la esposa de su amigo—. Una completa y descabellada idea que no he logrado sacarle de la cabeza.

—Ni si quiera yo —le confesó ella con desánimo porque había percibido la obstinación de Laimie en sus gestos, en sus palabras y en su comportamiento —. Alexander, no permitas que cometa semejante estupidez —le rogó Annette a la vez que retorció las manos fruto del temor y del nerviosismo.

—Si de algo valieran mis esfuerzos... —Alexander sacudió la cabeza.

—Ella siente algo por ti... Algo que no me atrevería a calificar como amor. —Aquella palabras parecieron hacerlo despertar porque él abrió los ojos con sorpresa—. Veo por tu gesto que no lo sabías.

Alexander negó. No quería hacer partícipe a Annette de lo sucedido en Blair. De la atracción surgida los últimos días antes de que ella se marchara. ¿Lo había hecho tal vez por ese sentimiento al que hacía referencia Annette?

—Desconocía que ella...

La puerta de la salita se abrió y Montgomery de Lorraine hizo su aparición. Tenía el cabello alborotado y la frente perlada de sudor. Esbozó una sonrisa de complicidad con su esposa porque él también conocía el motivo de la presencia de su amigo allí.

—¡Qué me parta un rayo! ¿Tú en mi casa? Deberás disculparme, pero has llegado en mitad de una de mis lecciones —le dijo haciendo referencia a su aspecto, que no evitó que ambos amigos estrecharan sus manos antes de fundirse en un abrazo.

—Disculpado.

—Ahora, dime, ¿qué te ha hecho abandonar tu retiro en Blair?

Alexander sonrió.

—Lo sabes muy bien. Annette me ha dicho que ella está aquí.

—Es una muchacha fascinante, pero algo cabezota.

—¡Vas a decírmelo a mí! —exclamó Alexander a caballo entre la diversión y la admiración a la que había hecho referencia su amigo.

—Sigue pensando en llevar a cabo su venganza. Te lo advierto porque, si has venido a París para...

—No, tranquilo —lo interrumpió Alexander levantando la mano ante su

amigo—. Si no puedo hacerla cambiar de idea, al menos trataré por todos los medios de mantenerla alejada de Travis. Eso se le prometí a sus padres antes de venir a veros —le confesó mirando a los dos.

—¿Has estado con ellos?

—Sí, me dijeron que no había aparecido por Fort Williams. Luego, deduje que vino directo a verte.

—¿Sabes si Travis está en Fort William después del tiempo transcurrido?
—preguntó Montgomery entornando la mirada con precaución hacia su amigo.

—Coincidí con él cuando pasé a ver a McGillvrai —le respondió Alexander contemplando el gesto de sorpresa y temor en el rostro de Montgomery—. No estaba seguro de que fuera él después del tiempo transcurrido desde Culloden. Bien es verdad que aquel día apenas si cruzamos nuestras espadas cuando el estallido de la artillería envolvió todo en humo y pólvora. Luego, él desapareció de mi vista. Por ese motivo no caí en la cuenta de que era él hasta que McGillvrai me lo aseguró.

—¿Piensas contárselo a ella? —la pregunta de Montgomery arrojó más leña al fuego de la incertidumbre que sentía Alexander desde aquel momento en que coincidió con Travis.

—No. Decirle que Travis sigue en Fort William haría que ella saliera corriendo de regreso allí para retarlo. No. Es mejor que no lo sepa.

—Es muy loable por tu parte —le aseguró Montgomery y posó su mano en el hombro de Alexander—. ¿Por qué no vas a buscarla? Se encuentra en el salón de armas. No necesitas que te indique el camino.

Laimie seguía su práctica esperando a que Montgomery regresara. Le habían avisado de la presencia de una visita y, por ese motivo, había tenido que ausentarse. El sonido de la puerta se abrió en ese momento, pero lo que ella no esperó fue que la persona que apareció delante de ella no era la que pensaba volver a ver. De repente, tuvo la sensación de que su cuerpo se

detenía y se quedaba clavado en el suelo, como si de una estatua se tratara. El florete que sujetaba en su mano se volvió pesado como una piedra y, sin quererlo, ella lo liberó y dejó que cayera sobre el suelo de madera. No pudo asegurar si el corazón se le había parado y estaba muerta. Contempló a Alexander mientras avanzaba hacia ella con una media sonrisa llena de ternura y cariño. Estaba imponente a pesar de su cabello alborotado y su barba de varios días. No le importaba. Y cuando él se situó justo delante de ella, su presencia abarcó todo su campo de visión y no fue consciente de nada más.

Alexander no la recordaba tan bonita como en ese preciso instante. Ni en sus fantasías más recónditas. ¡Por San Andrés, que comprendía el motivo por el que estaba allí! Y que este no era equivocado.

—Laimie.

—¿Qué... qué haces aquí? —Ella se mostró turbada en todo momento. No sabría distinguir entre la realidad y la imaginación porque en numerosas ocasiones ella había deseado con que llegara ese preciso momento. Pero nunca creyó que sus deseos pudieran cumplirse. Él nunca abandonaría Blair.

—Venir a verte.

Laimie abrió la boca para decir algo, pero lo más que pudo hacer fue inspirar hondo una bocanada de aire porque lo necesitaba. Dio un paso atrás, se giró y le dio la espalda para no verlo; para recomponerse después del estado en el que su aparición la había dejado. Cerró los ojos y sacudió la cabeza como si pretendiera hacerse ver que aquello no estaba sucediendo en verdad, sino que era fruto de su imaginación. Por ese motivo, se volvió hacia Alexander para cerciorarse de que era un sueño. Pero para su inquietud, él seguía allí, mirándola con una mezcla de intriga y sorpresa.

—¿Por qué has venido? Creía que tú nunca abandonarías Blair.

—Yo también lo llegué a pensar. Hasta que me di cuenta de que... — Alexander se detuvo al comprobar que se le hacía extraño y difícil revelarle el verdadero motivo por el que estaba allí. En parte era para evitar su

encuentro con Travis, pero también se debía a que la había echado de menos desde que ella se había marchado.

—Si has venido para hacerme cambiar de idea, ya puedes volverte de regreso a Escocia —le aseguró Laimie armándose de valor para enfrentarse a él o, más bien, a lo que sentía por él. Le había gustado verlo allí, eso no podía negarlo. Pero si su presencia en aquella casa se debía a lo que ambos sabían, entonces haría mejor en regresar a las tierras de Atholl.

—Me he dado cuenta de que no puedo hacerlo. Nunca conseguiré hacerte cambiar, Laimie.

—Entonces... —Laimie entornó su mirada sintiendo que su corazón ralentizaba sus latidos a la espera de la respuesta de él.

Alexander se acercó hasta ella. En esa ocasión, Laimie no se alejó.

—He venido porque no me gustó la manera en la que nos despedimos. Día y noche me he estado culpando y atormentando por haber sido un necio. Debí haberte tratado con mayor delicadeza. Y comprender que tienes un destino que cumplir y que yo... Laimie, si no puedo hacer que desistas de tu idea de la venganza, al menos déjame estar a tu lado en todo momento —le pidió con un tono que parecía un ruego. Su mirada se detuvo en el rostro de Laimie. Sus mejillas ganaron intensidad al instante y sus ojos centellearon. Ella entreabrió los labios y Alexander sintió el deseo de adueñarse de ellos de una maldita vez. Desde que había entrado en aquella sala, solo había tenido ojos para ella. Había logrado refrenar sus impulsos por llegar a su lado, rodearla por la cintura y atraerla hacia él para abrazarla y cubrirla de besos. Y en ese instante...

—Fuiste un grosero al dejarme ir de aquella manera. Confiaba en ti en todo momento. Creía que tú... —Laimie se detuvo de repente y pensó en lo que iba a decirle. Recordaba el cariño con el que la había contemplado en ocasiones; la manera de besarla y de estrecharla entre sus brazos. Sentir su piel sobre la de él como la noche en la que ambos se rebelaron en Blair. Creía que ella le importaba, pero al comprobar su frialdad aquella mañana, se

lamentó de haberse entregado.

Alexander se perdió en el brillo mágico de las lágrimas contenidas en aquellos ojos que lo miraban con rabia y con anhelo. Enmarcó el rostro de ella entre sus manos y le acarició las mejillas con los pulgares.

—¿Creías que no me importabas? ¡Por San Andrés, Laimie! Si he venido hasta aquí ha sido solo por ti.

—Eso ya lo has dicho —le replicó con la voz entrecortada por la situación.

—He venido en busca de la alegría y la magia que llevaste hasta Blair. Quiero que vuelvas allí. Quiero verte caminar por los pasillos, sentarte a la mesa con Jhonas y conmigo, practicar esgrima, montar a caballo. Hacer todo aquello con lo que disfrutes, Laimie. Estaba equivocado.

Laimie se fue relajando a medida que escuchaba las explicaciones de él y su boca se fue curvando en una sonrisa de dicha. No sabía si amaba a Alexander o si podría llegar a hacerlo. Pero desde el día que puso sus pies en Blair, debía reconocer que algo dentro de ella había ido cambiando.

Alexander no esperó más. Se inclinó sobre aquellos labios anhelados durante tanto tiempo y los cubrió con delicadeza primero, para, posteriormente, dejarse llevar por la urgencia del beso. Por la necesidad y la excitación que ella le despertaba.

Laimie se vio envuelta en una espiral de deseo, pasión, cariño y ternura. En un laberinto de emociones a cual mas reveladora y más intensa. Los brazos de Alexander la rodearon y le ofrecieron el calor y la protección que en verdad buscaba. Se dejó mecer por ellos mientras su boca era prisionera de la de Alexander, y no quería abandonarla. Él estaba allí. Había cruzado el mar por ella. Sus deseos se habían hecho realidad después de todo.

Alexander cerró los ojos, la abrazó e intentó mostrarse dichoso. Sí, estaba allí por ella. Porque la había echado de menos. Porque quería tenerla a su lado para protegerla de su locura. Sabía que ella no se echaría atrás, pero al menos él buscaría la manera de que no se cruzara con un destino que ella se esforzaba en perseguir. Alexander no se sentiría tranquilo ni feliz, después de

todo, hasta que ella no hubiera rechazado su idea. O hasta que Travis estuviera muerto.

—¿Se lo has comentado? —Montgomery miró a Alexander de manera fija, a la espera de que le aclarara el motivo de sus palabras.

—No. No voy a decirle que he visto a Travis, ya quedó claro cuando te lo comenté. Ni que estoy aquí para protegerla. Todo esto es una completa locura. ¿Por qué diablos apareció Laimie en mi puerta? —se hizo la pregunta mientras dejaba la mirada suspendida en el vacío como si en él estuviera la respuesta.

—Tal vez para sacarte de tu ostracismo, ¿no crees? Para hacerte ver otra vida más allá de Meredith y de lo sucedido.

—No quería otra vida más que la que tenía. Pretendía terminar mis días solo, en Blair. Pero ahora...

—¿Por qué has venido en realidad? ¿Por qué pretendes apartarla de su objetivo de una manera que parezca que no lo estás haciendo? Por ejemplo, supongo que no pretenderás acercarte a Fort William, ¿no es así?

—Sí. Esa es mi primera intención. Pero también reconozco que su familia vive allí y que Laimie querrá irlos a visitar. No quiero ni imaginarme la situación en la que ella pueda ver a Travis. O coincida con él en algún momento.

—Deberás correr el riesgo, amigo, si pretendes no apartarte de su lado. Deberás estar alerta en todo momento. Y no olvides que no se puede burlar al destino. Si ha decidido que ella deberá enfrentarse a Travis, sucederá sin que tú puedas evitarlo.

Aquella afirmación tan rotunda por parte de Montgomery hizo que

Alexander vacilara. Ambos estaban sentados en el despacho del primero mientras charlaban como dos viejas amistades que se ponían al día.

—¿Crees que, llegado el caso, podría vencer en un duelo a un oficial inglés? —Había un deje de temor en el tono empleado por Alexander. Temía la respuesta de su amigo.

—Ya ha vencido al duque de Argyll —le respondió con júbilo—. Yo lo vi con mis propios ojos.

—¿Al duque? ¿Está en París? —preguntó Alexander alarmado por aquella noticia. Se volvió hacia Montgomery, quien se limitaba a negar con su cabeza.

—Se marchó de regreso a Escocia hace unos días. Ya sabes que la situación política no atraviesa por un buen momento. Argyll, como máxima autoridad de Escocia en Londres, tiene demasiado trabajo hasta que la situación se normalice.

—¿Y aseguras que Laimie lo derrotó en un duelo?

—Eso mismo. Por cierto, empleó una de tus argucias —le confesó, lo que provocó un gesto de sorpresa en el rostro de Alexander—. Aguardó impasible a que Argyll la atacara y, cuando todo indicaba que ella perdería, hizo un ademán hacia la izquierda para salir por la derecha y engañar a Argyll. El resultado fue una estocada en el costado de este para sorpresa de todos los presentes.

—Sí. Le dije que tenía que extender el brazo al máximo para lograr alcanzar a su oponente. Tiende a quedarse corta en determinadas ocasiones, lo cual favorece a su adversario.

—Si se cruza con Travis, creo que puede derrotarlo.

—Si mantiene la cabeza fría y aparta de su mente la venganza —apostilló Alexander torciendo el gesto.

—Comprendo su motivación. Yo, seguramente, actuaría como ella. Y tú, aunque lo niegues, también. —Aquel comentario alertó a Alexander, quien se quedó clavado en su sitio mientras contemplaba a su amigo—. Antes, cuando

me contaste que te cruzaste con Travis en Fort William, de haber podido, habrías acabado con él. Admítelo.

—Es cierto.

—Y apuesto a que si a ella le sucediera algo, lo harías después de todo, sin importarte las posibles consecuencias.

—Veo que me conoces demasiado bien.

—¿Te has enamorado de ella? Ya sé que suena a disparate, y más después de lo que le sucedió a Meredith.

—No. No estoy enamorado de ella —le respondió de manera tajante—. Bien es cierto que la he echado de menos desde el día que partió de Blair. Desconozco si lo que me empuja hacia ella es este afán por protegerla o, quizás, algo más personal que desconozco. Cuando enterré a Meredith, creí que, al hacerlo, también se iban mis sentimientos con ella. Pero después de pasar tiempo con Laimie... —Alexander bajó su mirada hacia sus manos, apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Que esa preocupación no te aparte de tu verdadero cometido con ella, ¿querrás?

Alexander asintió preocupado por que ello pudiera interceder en su objetivo de mantenerla a salvo. Pero no podía negar que había sentido la necesidad de verla, de tocarla y de besarla en cuanto la vio. Y que cuando no estaba a su lado, sentía un vacío que solo la aparición de ella lograba llenar.

Desde que Alexander regresó a su vida, Laimie parecía haber cambiado. A pesar de que seguía practicando la esgrima junto a Montgomery, bajo la atenta mirada de él. Una parte de ella quería seguir adelante con su particular venganza, y la otra se derretía en los brazos de Alexander. Cada vez que estaban a solas, él conseguía hacerla olvidarse de su pasado y mirar al futuro. Era en esos momentos cuando Laimie intentaba mostrarse entera, pero

entonces la parte más femenina de ella surgía cada noche cuando la puerta de su alcoba se cerraba.

Alexander creía que podría convencerla para permanecer más tiempo en París; sin embargo, Laimie era más astuta e ingeniosa de lo que él sabía. Por este motivo, le resultaba complicado dilatar más su marcha de regreso a Escocia.

Aquella mañana en la que ella practicaba con Montgomery, Alexander se percató de la mejoría notable en su estilo. En la manera de moverse y en su rapidez. Sus reflejos para parar los ataques y contraatacar sin darle tiempo a Montgomery para rehacerse. Había aprendido estocadas nuevas. Si a todo esto él le añadía el hecho de que hubiera derrotado al duque de Argyll, entonces las dudas acerca de sus posibilidades lo asaltaban. Viéndola batirse con Montgomery, Alexander no podría asegurar que su vida corriera peligro o, al menos, no el mismo que cuando él la conoció. Sin embargo, él sabía que un duelo era cuestión de suerte muchas veces. Podría ser el mejor esgrimista, pero una mala elección acabaría con su vida.

—Ahhh, sin duda que la presencia de Alexander os espolea a vencer — exclamó Montgomery con una sonrisa al verse apuntado por el florete de Laimie.

Ella sonrió complacida por sus palabras. Se sentía dichosa por dentro por sus constantes progresos. Había logrado vencerlo después de unos cuantos lances y en ese instante contemplaba a Alexander mientras esperaba su aprobación.

—Has mejorado desde la última vez que practicamos. No me cabe la menor duda de que Montgomery ha tenido mucho que ver —le dijo mirando a su amigo un instante.

—Ya tenía una buena base cuando llegó aquí. Tan solo me he limitado a pulir sus defectos y a enseñarle un par de cosas.

Laimie entrecerró los ojos y pensó en aquellas palabras.

—¿Creéis que podría tener opciones si me batiera con alguien como

Travis?

La pregunta dejó a los dos hombres mudos. Ninguno se movió. Ni hicieron ademán de comentar nada a ese respecto. Ni Montgomery ni Alexander estaban dispuestos a tocar ese tema, aunque sabían que era el fin de aquellas clases de esgrima. Alexander sintió el escalofrío recorriendo su espalda. Pero, por otro lado, sabía que ella desearía regresar a casa y encontrarse con él para llevar a cabo su particular venganza.

—Uno nunca sabe cuándo está preparado o no para un duelo —comenzó diciendo Alexander—. Es mejor no tentar a la suerte. Desconozco en qué situación se encuentra ese inglés de Travis —mintió al recordar que lo había visto practicar en casa de McGillvrai, y dudaba seriamente de las posibilidades de Laimie. No convenía tentar a la suerte—. Tal vez se haya retirado a una casa en el campo. O haya zarpado hacia el continente. O el Nuevo Mundo, por citar algunos ejemplos.

—Espero que no sea ese su caso y que permanezca en Fort William —le rebatió Laimie algo furiosa por ese hecho.

—Pero son posibilidades que debes considerar. El tiempo ha pasado para todos nosotros —le recordó mirando a su amigo Montgomery como si buscara apoyo.

Laimie sonrió de manera tímida cuando comprendió que en parte tenía razón. El tiempo había pasado y ella ya no era la inocente muchacha que vio morir a su prometido a manos de Travis. Había viajado, había aprendido esgrima y se había enamorado. ¿Acaso no eran esos cambios a tener en cuenta? Tal vez Travis también los hubiera experimentado y, como señalaba Alexander, se hubiera retirado.

—Tenéis razón. Es mejor dejar que la situación se desarrolle sola. En ocasiones, no hace falta ir en busca de nuestro destino; este nos encuentra cuando menos lo esperamos —le dijo con una amplia sonrisa—. Si me disculpáis, iré a cambiarme de ropas.

Montgomery y Alexander la observaron dirigirse hacia la puerta de la sala

de armas y cerrarla a su espalda.

—Tiene razón. En ocasiones, el destino nos encuentra sin que lo busquemos. Acabará por enterarse de que Travis sigue todavía en Fort William.

—No debe saberlo porque le faltaría tiempo para ir en su busca, ya la has visto. —Alexander cerró las manos y caminó con energía por la sala, ofuscado y nervioso por el panorama que se abría ante él.

—¿Y qué piensas hacer?

—Le pediré que pasemos unos días en Blair mientras preparo todo para marcharnos a otro lugar. Laimie no puede aparecer en Fort William —le aseguró Alexander, sacudió la cabeza y rechazó esa idea.

—No lograrás convencerla así como así. Tenlo presente. Solo necesita una sola ocasión para encontrarse con él y todo estallará.

Alexander miró a su amigo con temor porque, hasta que no descubriera que Travis estaba muerto o se había marchado lejos, él no descansaría.

Al mismo tiempo que Alexander y Montgomery charlaban, Laimie paseaba a solas por los alrededores de la casa. En su mente bullía la inminente partida de regreso a Fort William. No podía dilatar más su ausencia. Debía comentárselo a Alexander y preparar su viaje. No había dejado atrás su hogar, sus amistades y su juramento para nada. Cuando dejó Fort William acosada por Travis, se prometió que regresaría con el paso del tiempo para cumplir su cometido. Lo que más le preocupaba era Alexander y que este le permitiera llevarlo a cabo si Travis se cruzaba en su camino. No quería renunciar a él después de lo que representaba para ella. Pero... Laimie se mordisqueó el labio con gesto pensativo, se retorció las manos fruto de la ansiedad que le producía pensar en ello y sintió una sensación en el pecho, desconocida para ella. Nunca esperó encontrarse con alguien como el jefe del clan Murray; no podía creer que fuera él el responsable de su situación. ¿Estaría dispuesta a traicionarlo si él trataba de impedirle que llevara a cabo

su plan?

—Me gustaría partir dentro de dos días —le comentó Laimie a Alexander una mañana después de que ella hubiera terminado su clase de esgrima.

Alexander la contempló en silencio. Sabía que ese día llegaría y debía estar preparado. Le había dado su palabra de que no le impediría regresar a Escocia e iba a cumplirla.

—De acuerdo. ¿Qué tienes pensado? Me gustaría que te quedaras en Blair.

Aquella propuesta provocó un ligero sobresalto en Laimie que a punto estuvo de costarle un corte en su mano. Estaba contemplando el acero de un florete, con la mente en blanco. Y escuchar aquella propuesta sin duda que le había afectado. Dejó el arma en su correspondiente lugar y demoró la respuesta que debía darle a Alexander.

—¿Pretendes que viva en Blair? —la pregunta se la formuló sin volverse hacia él. Tan solo ladeó la cabeza para lanzarle una mirada por encima de su hombro.

—¿Acaso no lo deseas? ¿Prefieres regresar a Fort William? —El tono de su voz se mezcló de un ligero temblor y cierto temor por escuchar lo que diría ella.

—Allí tengo a mi familia —le recordó y se volvió hacia él para contemplarlo por primera vez.

Alexander lo entendía. Sabía que ella pretendía ir a Fort William no para ver a su familia, sino para buscar a Travis y dar por zanjado el asunto. No podría protegerla si ella se obstinaba en asomarse al abismo. Pero dejarla marchar una segunda vez no entraba en sus planes.

—De acuerdo. Iré contigo hasta Fort William.

Aquella determinación por su parte la sobrecogió. No esperaba que él accediera a ello, la verdad. Pensaba que más bien la dejaría irse sola, como

aquella fría mañana en la que abandonó Blair para embarcarse rumbo a Francia. Tal vez, después de todo, ambos estuvieran obligados a entenderse.

—No tienes que...

El resto de las palabras quedaron atascadas en la garganta de Laimie cuando vio como Alexander se acercaba a ella con determinación, con la mirada sombría y un rictus de seriedad.

—No voy a permitir que vayas sola.

—¿Es por lo que pueda sucederme? ¿Por si me encuentro con Travis? — Laimie elevó una ceja con suspicacia, sabiendo de ante mano que se debía a ello y no a que en verdad él sintiera algo más profundo que el mero deseo y la atracción física que había entre ambos. Era una estúpida por pensar que él podría llegar a sentir por ella algo más. Y aunque había viajado hasta París para verla, Laimie era consciente en su interior de que su motivo era salvaguardarla de Travis. ¿Qué haría si por casualidad ella acabara con el inglés? ¿O si este se hubiera marchado al Nuevo Mundo como él le había sugerido? ¿Permanecería entonces a su lado?

Alexander no respondió a sus preguntas. Se limitó a convertir su boca en una delgada línea que denotaba su preocupación por ella.

—Hablaré con Montgomery para decirle que nos marcharemos pasado mañana.

Laimie lo contempló alejarse de ella en silencio. Por un instante, su mirada se volvió algo vidriosa. Se mordió el labio como si ello sirviera para ahogar la congoja que le habían producido las palabras de él. Se volvió de manera inconsciente y le dio la espalda a la puerta cuando esta se volvió a abrir.

—He visto salir a Alexander y me dijo que podía encontraros aquí —dijo Annette caminando hacia ella.

Laimie trató de recomponer su aspecto ante la esposa de Montgomery. No quería que la viera en aquella disposición.

—Sí, había terminado la clase y...

—¿Habéis estado llorando? —Annette la sujetó por los brazos y se acercó a

ella con gesto de preocupación—. ¿Qué ha sucedido, Laimie? ¿Tiene algo que ver Alexander?

Laimie quiso mantenerse entera en todo momento, pero sus dudas y temores acerca de la relación que tenían Alexander y ella se imponía.

—Quiere acompañarme a Fort William —le comentó, sacudió la cabeza y miró a Annette con tristeza.

—Pero eso es maravilloso, ¿no? —la pregunta de Annette no provocó en Laimie el entusiasmo que debería. Annette la vio algo abatida y desilusionada—. ¿No es, acaso, lo que queréis?

Laimie sonrió irónica.

—Ambos queremos cosas distintas —le confesó retorciéndose las manos por los nervios—. Alexander se ha ofrecido a acompañarme hasta Fort William solo para protegerme. Para evitar que pueda sucederme algo.

—Que os topéis con ese oficial inglés.

—Quiere evitar a toda costa que pueda encontrarlo y batirme con él.

—Ya os dije en una ocasión que era lógico que Alexander actuara así con vos porque sentía algo.

—Sí, no voy a negároslo. Pero lo que yo siento o creo experimentar por él dista mucho de los sentimientos de Alexander. Creedme.

—Os habéis enamorado —le aseguró Annette con una sonrisa dulce y no exenta de dicha que al segundo se transformó en un gesto de decepción—. Pero él no os corresponde. O al menos no lo expresa.

Laimie emitió un quejido de protesta o tal vez de desesperación por aquella situación.

—No estoy convencida de que sea así. He sido una estúpida por permitir que me tocara porque sabía que en cuanto lo hiciera...

—No podíais evitar lo que sentís por él. Pero no desesperéis, Laimie. ¿Quién puede aseguraros que no llegue a hacerlo? Tal vez os haya pedido acompañaros a Fort William para...

—Agradezco vuestras palabras, Annette, pero sé lo que he percibido en su

mirada y en sus gestos. No creo que él vuelva comprometerse una vez más después de perder a su esposa. Solo está a mi lado para protegerme, nada más.

—¿Por qué no le pedís que os deje sola?

Aquella pregunta pilló por sorpresa a Laimie.

—No creo que...

—¿Os conceda ese deseo? Claro que no lo hará, Laimie. ¿Y sabéis por qué?

—No puede ser cierto lo que insinuáis.

—Me gustaría que vuestros deseos se cumplieran, Laimie. De corazón.

—Yo también. Aunque ello pudiera suponer perder la felicidad, o la vida —le aseguró muy a su pesar. Si se batía con Travis, podía perder la vida, pero también a Alexander.

Durante el viaje de regreso a Fort William, Alexander casi no se dirigió a Laimie. Pero ella tampoco parecía muy interesada en mantener una conversación con él. Le daba vueltas en su cabeza a las posibilidades que se abrían ante ella desde ese momento. Lo cierto era que no se iba a volver loca buscando a Travis por todo Fort William. No era esa su intención, sino saber si se encontraba en dicha ciudad. Si era verdad que estaba allí, entonces sería cuestión de tiempo que se reencontraran.

Alexander se sentía más inquieto a medida que llegaban a Blair. Había decidido pasar por allí para saludar a Jhonas y al resto de habitantes del castillo, y para recoger algunas ropas antes de seguir con el viaje hacia Fort Williams. Jhonas confiaba en que ella permaneciera algún tiempo en Blair recordando los días pasados. Pero Laimie no parecía muy dispuesta a ello. Ella intuía que lo que ambos buscaban era hacerla permanecer tiempo en el lugar y que tal vez sus deseos de venganza fueran desapareciendo.

—Queréis partir. Lo leo en vuestra mirada —le aseguró Jhonas cuando vio

a Laimie mirando a lo lejos desde la entrada de Blair.

—Quiero regresar al hogar.

—Pero hacerlo conlleva una serie de riesgos y peligros.

—Lo sé desde el mismo instante en que Fergus falleció.

—¿Y Alexander? —Jhonas contempló el repentino brillo que surgió en la mirada de ella al escuchar aquel nombre. La duda, el temblor en sus labios entreabiertos, las manos que parecían sobrarle porque no sabía qué hacer con ellas.

—¿No os comprendo? ¿Qué queréis decirme?

—¿Qué papel juega él en todo esto? Admito que desde que llegasteis a Blair no pensé que fueseis a aguantar tanto tiempo aquí.

—¿Lo decís por cómo se sentía desde la muerte de su esposa?

—Exacto. Era una especie de fiera enjaulada que no quería relacionarse con nadie del exterior de estos muros —le contó mientras hacía un gesto con su mano hacia el castillo—. Pero vuestra tenacidad y el paso de los días lo fueron transformando poco a poco en un ser humano. Y cuando os marchasteis...

Laimie experimentó un ligero vuelco en el estómago. Deslizó la opresión que se había asentado en su garganta y entrecerró los ojos sin apartarlos de Jhonas, a la espera de que continuara.

—Deberíais haber estado aquí para poder verlo. Solo puedo deciros que lo encontraba practicando cada día en la sala de armas. Algo que sin duda me confundió porque no esperaba que él lo hiciera cuando vos os habíais marchado. Pero lo que más me dio que pensar fue el hecho de encontrarlo en numerosas ocasiones sentado frente al fuego, con la mirada perdida y sin ganas de charlar. Os echaba de menos si me permitís decíroslo. Era tan grande el vacío que dejasteis que no vaciló en salir en vuestra busca. Marchó a Fort William primero, para ver si os encontraba. Y al saber que estabais en París...

—¿A Fort William? —preguntó Laimie interesada por ese aspecto. Durante

el tiempo que habían permanecido en París, así como en el viaje, él no le había comentado nada a ese respecto.

—Al parecer, fue vuestro padre quien le comunicó que habíais partido a Francia —le confesó Jhonas sorprendido por el gesto que acababa de poner ella. ¿Acaso Alexander no se lo había contado? Al ver la reacción de ella, Jhonas decidió ocultarle la existencia de Travis en Fort William, y mucho menos la manera en la que Alexander se había topado con este.

Laimie se quedó pensativa. ¿Por qué no se lo había contado Alexander? ¿Qué más le ocultaba?

—¿Por qué no me has contado que fuiste a Fort William a buscarme? —Laimie le lanzó la pregunta nada más verlo sentado junto al fuego. Lo miró con preocupación, pero también con rabia porque se lo hubiera ocultado.

—¿Qué importancia tiene?

—La tiene porque deberías habérmelo dicho.

—Bueno, pues ya lo sabes. Fui a buscarte a Fort William porque pensaba que estarías en casa de tus padres. Ellos me dijeron que habías partido a París. Y fue cuando deduje que estarías en casa de Montgomery de Lorraine, puesto que fue Jhonas quien te habló de él. Y, al parecer, no me equivoqué.

—¿Hay algo más que quieras contarme de tu visita a Fort William? No me gustaría enterarme por terceras personas. —El tono mordaz de Laimie alertó a Alexander.

—No. No hay nada más —le aseguró pensando en que McGillvrai no le comentaría nada acerca de la visita de Travis ni de que habían coincidido en su casa. Seguía con la intención de apartarla de todo aquello, pero a cada momento, eso parecía más complicado.

—De acuerdo. —Laimie hizo ademán de marcharse, pero él la retuvo por el brazo. Ella se volvió hacia él para enfrentarse a su mirada y a su cercanía. Tembló cuando los dedos de Alexander se cerraron alrededor de su brazo. La proximidad de él pareció restarle capacidad para respirar.

—¿Por qué desconfías de mí?

Laimie sonrió con ironía.

—Porque serías capaz de cualquier cosa con tal de evitar que vaya a Fort William. Incluso ocultarme información —le espetó, retándolo con la mirada.

—No creo que sea tan importante el hecho de que no te contara que visité a tus padres. Y que fueron ellos los que me dijeron que estabas en París.

—Sí, la tiene. Para mí la tiene y mucho —le refirió sintiendo la opresión en el pecho. Ella quería haber escuchado que había ido en su busca porque la echaba de menos, como le había referido Jhonas. Que no podía estar sin ella y que había sido decisión de él irse a París en su busca. No que lo hacía para protegerla. Para eso se bastaba ella sola. Cogió aire y, mirándolo con determinación, se lo pidió—. Mañana partiré a casa de mis padres. Te agradecería que no me acompañaras a Fort William. No es necesario.

Alexander se quedó sin capacidad de reacción ante aquella afirmación tan contundente por parte de ella.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, Alexander. Lo digo en serio. He de tratar este asunto sola y a mi manera. Soy una McDonald, no lo olvides —aseveró y se envaró ante él, con el mentón elevado pese al dolor que experimentaba en su interior. Se soltó de su mano y se volvió sobre sus pasos.

Él la contempló en silencio mientras ella se alejaba. No le dijo nada. No salió tras ella en aquella ocasión pese a que se había prometido cuidarla. Pero también le prometió a ella que no interferiría en su decisión. Que no insistiría en que abandonara su alocada idea de encontrar a Travis y acabar con él. Ella le importaba. Más de lo que en un principio había creído. Sentía que la necesitaba a su lado. Ella lo había cambiado. Había conseguido volver a manejar una espada, a reír, a tener la impresión de que su corazón latía, que podía sentir. Que no estaba muerto como él había creído. Tal vez, después de todo lo sucedido y del tiempo transcurrido desde la muerte de Meredith, hubiera llegado el momento de poder querer a otra mujer. Tal vez se había

estado negando esa posibilidad por respeto a su esposa, y por ese motivo estaba tan ciego que no veía lo que Laimie sentía por él ni lo que esperaba de él. Se pasó la mano por el pelo y se dejó caer en el sillón. Contempló las danzarinas llamas del fuego en el hogar mientras pensaba en Laimie, y en que bajo ningún concepto la dejaría ir sola a Fort William.

Laimie cogió sus escasas pertenencias y abandonó la habitación dispuesta a marcharse. Había decidido no pasar la noche con Alexander para no hacer más difícil la despedida. Pero cuando descendió las escaleras hacia el piso inferior, y se lo encontró al pie de estas, esperándola, Laimie creyó que el corazón se le paraba. Erguido y desafiante, él la contemplaba con una mezcla de determinación y ternura que provocaron la vacilación en cada paso que ella daba.

Cuando estuvo en el último, se detuvo para contemplarlo de cerca. Su sonrisa le calentó el cuerpo en aquella fría mañana. Debía mostrarse distante con él, pero el gesto en su rostro se lo hacía más complicado. Laimie deslizó el nudo de su garganta y, tras aclararse la voz, se dirigió a él.

—¿Qué haces aquí?

—Esperarte.

—Te dije que no quería que lo hicieras.

—Lo sé. Pero también olvidé contarte las últimas noticias de Fort William —le anunció y esgrimió ante ella un papel doblado.

Laimie frunció el ceño.

—¿Qué es esto? ¿Otra de tus tretas? —Sonrió de manera burlona, arqueando su ceja derecha.

—Puedes leerlo tú misma —le dijo entregándole el documento—. Jhonas me lo entregó anoche. Se le había pasado por alto. Llegó el día antes de que nosotros llegáramos a Blair. Es una invitación para una recepción que se celebrará para limar asperezas entre ambas comunidades: la escocesa y la

inglesa.

Laimie pasaba la mirada por el papel mientras su pulso se aceleraba.

—¿Cómo se atreven a hacer algo así? —le preguntó con desdén y le devolvió el documento a Alexander—. No podrá haber paz entre ambas comunidades mientras Inglaterra siga dirigiendo los designios de Escocia.

—Creo que es hora de que la paz se instale de manera definitiva y duradera.

Laimie entreabrió sus labios para decir algo más, pero finalmente inspiró hondo y miró a Alexander. ¿Había olvidado lo que había vivido? ¿Lo que le había sucedido en el pasado?

—¿Estás de acuerdo con esa invitación?

—Sí. Creo que ha llegado el momento de cambiar mi vida, Laimie. Mi enfado con los ingleses no va a devolverme a mi esposa ni a mis hijos —le confesó bajando la mirada hacia el papel al tiempo que apretaba los labios—. ¿Irás? Piensa que seguramente Travis esté allí.

Laimie se sobresaltó al escucharlo decir aquello. No esperaba que él lo hiciera. Y al momento el pulso se le aceleró ante la posibilidad de ser cierto. De que pudiera encontrarse con Travis y entonces... Todo acabaría para bien o para mal.

—Es tu oportunidad, Laimie.

—No esperaba que me dijeras eso. Que me alentaras a encontrarme con él cuando desde que nos conocimos has hecho todo lo contrario.

—Tal vez me haya dado cuenta por fin de que mis intentos por hacerte cambiar de parecer son inútiles. Y aunque te pidiera que te quedaras conmigo aquí, en Blair, no lo harías. Por eso estoy decidido a ir contigo a Fort William y asistir a esta reunión entre las autoridades de ambos bandos. ¿Vienes? ¿O tal vez la cercanía del momento que llevas esperando tanto tiempo te eche atrás?

Laimie lo miró con frialdad al escuchar aquellas palabras.

—Una McDonald nunca rompe sus promesas. Y ahora, si me dejas, quiero ir por mi caballo.

Alexander se apartó de su camino para dejarla pasar. Su cuerpo se rozó con el de ella. Su particular aroma femenino lo envolvió y, aunque quiso detener su avance, no lo hizo. Permaneció en el sitio hasta que la voz de Jhonas lo sacó de sus pensamientos.

—¿Por qué la has animado a ir a Fort William? Te escuché decirle que en dicha reunión podría encontrar a Travis.

—Porque pienso que, llegado el momento, le faltará valor. Creo que en el fondo no quiere hacerlo, pero su orgullo la empuja a llevarlo a cabo. Espero equivocarme y que, cuando vea a Travis, o él la vea, todo acabe en nada.

—¿Y si estáis equivocado?

—Entonces rezaré para que no le suceda nada malo. No quiero perderla a ella también. —Alexander se quedó con la mirada clavada en Laimie mientras esta se alejaba, y no fue testigo de la mirada tan significativa de Jhonas.

Alexander no había comprendido todavía lo que en verdad sentía por Laimie hasta que la vio aquella noche. Y no solo por lo preciosa que le parecía enfundada en un vestido color verde musgo, sino por los destellos que desprendían sus ojos, la tez pálida de su rostro y de su revelador escote que se agitaba con cada latido. Con el cabello recogido y que dejaba al descubierto su cuello, donde palpitaba una vena reveladora del estado de nervios o de expectación que sentía. Alexander era consciente de que ella estaba nerviosa por lo que pudiera suceder esa noche. Y él trataría de que nada malo le ocurriera. Cuando la vio, se quedó clavado en la entrada al gran salón de baile donde varias parejas bailaban al son de un pequeño grupo. Ella todavía no se había percatado de su presencia, ya que en ese instante charlaba con su madre. El día anterior, Alexander la había conducido a casa de los McDonald, donde la había dejado, como ella le había pedido o, más bien, insistido. Después de intercambiar algunas palabras con su padre sobre la situación que se abría para el país en ese momento en el que se encontraba bajo dominio inglés, Alexander había estado nervioso durante todo el día, pues deseaba ver a Laimie esa noche en la reunión que el gobernador inglés había acordado celebrar junto a la autoridad escocesa en la zona. La guerra había dejado heridas que tardarían en cicatrizar. Pero al menos había gente con ganas de hacerlo, como la autoridad inglesa en la región.

Jhonas carraspeó al ver a su señor comportarse de manera indecisa.

—Tal vez sería aconsejable presentar nuestros respetos a la autoridad inglesa —le susurró inclinándose sobre él—. Después podríais ir hacia la

joven McDonald y ser su carabina esta noche.

—Si ella me lo permite. Ya conoces su talante —le rebatió Alexander con sorna—. Vayamos a saludar. Pasemos cuanto antes ese trago.

Alexander caminó hacia el hombre designado por Londres para gobernar y mantener la paz en la región, sin apartar la mirada de las personas con las que se cruzaba. Desde que había puesto un pie en la mansión inglesa no había dejado de preguntarse cuándo aparecería Travis. Porque Alexander estaba seguro de que lo haría.

El máximo dignatario inglés charlaba de manera afable con el que fuera gobernador de Escocia para la región y la ciudad de Fort William, Percival McDonald de Glengarry, cuando este se percató de la presencia de Alexander.

—Permitidme que os presente al enviado por Londres para la región. Lord Charles Huntingdon. Este es Alexander Murray de Atholl, del clan del mismo nombre.

—Tanto gusto, señor —dijo el tal Charles Huntingdon tendiendo la mano a Alexander en gesto de cordialidad para que este la estrechara—. Veo que lucís el traje nacional.

Alexander no perdió detalle de la apariencia del inglés al tiempo que estrechaba su mano, más por cordialidad que por que tuviera ganas de hacerlo. Pero no sería él el que iniciara una nueva rebelión. Estaba allí para vigilar a Laimie y que nada malo le sucediera esa noche.

—Nadie ha dicho que no se pudiera lucir. De haberlo sabido, no lo habría hecho —le aclaró con total normalidad—. En la invitación que llegó a Blair así lo decía.

—¿Ha venido solo? —preguntó el enviado de Londres para cambiar el tema de la indumentaria.

—Con Jhonas, mi más fiel amigo y servidor —le respondió a la vez que lo presentaba.

—Encantado. ¿Tenéis esposa?

Aquella indiscreta pregunta arrojó un incómodo silencio en el grupo. Alexander tensó el cuerpo y miró, primero, al inglés y, después, a Percival, quien entendió a la perfección el significado de la mirada de Alexander hacia él.

—Veréis... —comenzó explicando Percival.

—Los ingleses la mataron. Y a mis hijos —resumió el propio Alexander con gesto serio y un tono que no dejaba dudas acerca de lo que sentía por estos. Miró detenidamente al enviado de Londres y, antes de que este dijera algo, prefirió retirarse—. Con vuestro permiso.

Jhonas no se separó de él porque, si conocía bien a Alexander, este sería capaz de lo peor en aquel lugar. Esperaba que contara hasta diez y respirara hondo antes de tomar cualquier decisión. Y confiaba en que Travis no apareciera justo en ese momento.

Alexander se apartó todo lo que pudo de la gente y buscó un rincón alejado para ordenar sus pensamientos y serenarse. Lanzó una mirada al vacío que, de haber encontrado a alguien en medio, habría acabado con él.

—¿Estás bien?

Alexander inspiró profundamente antes de volver su atención hacia su fiel Jhonas. Asintió sin decir nada al respecto. Por otra parte, no quedaba mucho que decir.

—McGillvrai —comentó Alexander haciendo un gesto hacia este, quien se dirigía a saludar a los McDonald.

Laimie se volvió para saludarlo al tiempo que el maestro de armas le tomaba la mano para besarla.

—¿Cómo estáis?

—Todo lo bien que se puede al estar rodeada de enemigos —le rebatió ella sin abandonar su ironía.

—Espero que la situación se normalice por el bien de todos.

—Mientras los escoceses hagamos lo que nos pidan desde Londres, supongo que no habrá ningún problema —le comentó con una sonrisa falsa.

—Ya. ¿Qué tal vuestras clases de esgrima?

—Todo lo bien que pueden ir.

—¿Habéis estado en Francia?

—Con Montgomery de Lorraine. ¿Lo conocéis?

—Sí. Luchó en la rebelión junto a los partidarios de la casa Estuardo. En ese caso, supongo que habréis aprendido mucho con él.

—Sí. Así es. Decidme, ¿sabéis si Travis está en Fort William?

McGillvrai puso cara de desconcierto ante aquella pregunta. No porque esperara que Laimie hubiera olvidado lo que el oficial inglés le había hecho a su prometido, sino porque creía que Alexander le habría dicho que lo había visto en su escuela de esgrima.

—La verdad es que no sabría decirlo. Estuvo asistiendo a clases de esgrima... pero... después dejó de ir. Tal vez se haya marchado de Fort William. —McGillvrai se encogió de hombros y dio a entender que no sabía dónde paraba el oficial inglés. Debería contárselo a Alexander cuanto antes.

—Os agradezco vuestra información, maestro de armas. —Laimie inclinó la cabeza a modo de saludo y frunció los labios en un gesto de decepción. Nadie parecía saber dónde estaba Travis. Tal vez, después de todo, Alexander tuviera razón y el *sassenach* se hubiera marchado de Fort William; de ser cierto, su particular venganza quedaría sin efecto.

Alexander se acercó a ella con la clara intención de distraerla. De ese modo, no pensaría tanto en Travis. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de este hecho. A cada instante estaba dirigiendo su atención hacia la puerta de la entrada por si el inglés aparecía. Alexander también echaba un vistazo de vez en cuando. Todavía era pronto, lo cual no quería decir que él no fuera a aparecer en el transcurso de la velada. Por ese motivo, sería mejor estar alerta.

—Laimie. Señores McDonald —saludó Alexander con una inclinación de cabeza antes de quedarse eclipsado por el atractivo de Laimie esa noche. Si nada más entrar en el salón su presencia lo había atrapado sin remisión, ahora

que estaba a escasos pasos de ella sentía la imperiosa necesidad de sacarla de allí para dedicarle toda la noche. Los dos a solas. En un recóndito lugar donde nadie pudiera encontrarlos y donde las intrigas no pudieran alcanzarlos.

Laimie sintió una palpitación en el pecho nada más verlo. No lograba acostumbrarse a la enigmática presencia de Alexander. A su seguridad en cada movimiento, sus miradas tan nítidas transmitiéndole cariño y preocupación.

—Me preguntaba si apareceríais —comentó el viejo McDonald con una sonrisa falsa.

—Me retrasé un poco en el último momento.

—Vestís el kilt —apreció Laimie mientras bajaba su mirada hacia la tela que lo vestía desde la cintura hasta las rodillas con el tartán de su clan.

—Nadie ha dicho que no pueda lucirse. Así se lo he hecho saber al enviado de Londres —le aclaró haciendo referencia a la proclama de aquella reunión en la que no se había prohibido lucir el traje nacional escocés.

Laimie sintió una punzada de satisfacción por él. Que hubiera accedido a vestir de manera tradicional aquella noche era un gesto que le honraba a sus ojos. Y que hacía que se sintiera orgullosa de él.

—Lo cierto es que yo tuve mis dudas —dijo el viejo McDonald—. Y al final me decanté por un pantalón —le refirió con un tono de lamento.

—No importa, McDonald. Sois un escocés de corazón. Leal a los Estuardo. ¿Bailas? —La pregunta cogió a Laimie por sorpresa—. Entiende que no sonarán las gaitas, pero me gustaría que accedieras.

Ella se quedó contemplándolo en silencio, meditando acerca de aquella propuesta. Nada le apetecía más en ese momento que dejarse llevar por el son de la música y que fuera Alexander quien la meciera. Por ese motivo, tendió su mano para que él la sostuviera en la suya y la condujera a la sala improvisada para el baile donde otras parejas se preparaban ya.

Alexander la situó lo más alejada posible de la entrada. De ese modo no

vería llegar a Travis llegado el caso. No quería que pensara en él ni en su cuenta pendiente. Solo lo conseguiría si ella se distraía. Los primeros acordes de la pieza de baile comenzaron a sonar de una manera lenta, parsimoniosa. Alexander se concentró en el rostro de ella y buscó algún atisbo de dicha mientras las manos se rozaban y sus cuerpos se acercaban por la danza.

—¿Por qué me miras como si nunca antes me hubieras visto? —la pregunta de Laimie cogió desprevenido a Alexander hasta el punto de creer errar en el movimiento—. ¿O estás tratando de decirme algo?

—Contemplo lo bien que se te ve esta noche. Creo recordar que es la primera ocasión en la que vistes como una dama de la sociedad escocesa. Me refiero a que no llevas pantalones ni petos para protegerte de la esgrima. Eres tú. Simple y llanamente, *tú*.

—He estado hablando con McGillvrai un momento. ¿Sabes que Travis estuvo asintiendo a sus clases después de que yo saliera huyendo de Fort William?

—No veo el motivo por el que debiera haberlas dejado.

—Tachó de traidor a McGillvrai por estar enseñándome esgrima.

—Supongo que después lo pensó mejor. McGillvrai no está obligado a rechazar a los jacobitas, ¿no crees? Es un maestro de armas y como tal puede enseñar a quien le plazca, siempre y cuando le paguen por dichas enseñanzas.

—Por esa razón, también podría haberse negado a practicar con él.

—¿Por qué? ¿Por ser un oficial inglés? McGillvrai no puede rechazar un alumno por cuestiones de nacionalidad o inclinación política. —Alexander sonrió al acercarse más a ella. Percibió su mirada fija en la de él, sus labios entreabiertos como si tuviera dificultades para respirar, sus mejillas ganando color ante la proximidad de ambos cuerpos. Alexander sonrió divertido por su apariencia. Quiso tomarla por la cintura y atraerla hacia su cuerpo para apoderarse de su boca. Pero al levantar la mirada de ella, Alexander sintió un escalofrío ascendiendo por su espalda como si fuera un reptil. Quiso desviar su atención del hombre que acababa de llegar, pero le fue imposible. Y solo

cuando Laimie se percató de su gesto, Alexander reaccionó, pero tarde.

—¿Qué sucede? —Laimie se soltó de él y se giró sin que Alexander pudiera evitarlo.

Y entonces ella lo vio. Travis. Inspiró hondo durante unos segundos en los que no supo cómo debía reaccionar. Se quedó quieta mientras lo observaba charlar con unos y otros; reír, estrechar manos o palmear el hombro. Estaba cambiado por el paso del tiempo, sin duda, pensó Laimie; pero era *él*.

—No hagas ninguna estupidez, Laimie. —Alexander la retuvo, sujetándole las manos, y se inclinó sobre ella. No perdió de vista a Travis hasta ver qué hacía.

—No voy a hacer nada, por ahora —le comentó con el semblante sereno y el tono frío—. Volvamos con mis padres, ¿quieres?

Alexander la condujo hacia estos abriéndose paso entre las personas que se interponían en su camino. En todo momento controló por el rabillo de su ojo los movimientos de Travis. Por el momento, se mantenía alejado del lugar al que se dirigían ellos. Esperaba que se mantuviera apartado el tiempo suficiente para que Laimie recapacitara. Él había confiado en que ella se echaría atrás en cuanto lo viera. Sin duda que la primera impresión que le había causado a Laimie, verlo, había sido la esperada en él: nervios e indecisión pese a que ella tratara de mostrarse fría y entera.

—¿Has disfrutado del baile, hija? —le preguntó su madre al verla aparecer. A su lado estaba la madre de Fergus, quien fuera su prometido.

—Sí, la verdad es que ha sido divertido. Sería mejor que saliéramos a tomar el aire —sugirió lanzando una mirada de advertencia a Alexander.

—Claro. Si nos disculpan.

Laimie no se apartó del lado de Alexander ni siquiera cuando ambos salieron a la gran terraza con la que disponía la casa. Laimie se alejó de la entrada todo lo que pudo, ajena en todo momento a las miradas indiscretas y de curiosidad de los allí presentes. Cerró los ojos por un momento e inspiró a la vez que tensaba todo su cuerpo.

—¿Estás nerviosa?

La voz de Alexander filtrándose en su mente con un tono que dejaba entrever el regocijo que él experimentaba la alertó. Sacudió la cabeza por un momento antes de volverse con la mirada brillante.

—Apuesto a que estás disfrutando al verme en este estado de nervios — ironizó mirándolo como si fuera a golpearlo de un instante a otro.

—No, aunque puedas pensar lo contrario. No estoy disfrutando con tu estado. Deja que te diga que he sido consciente en todo momento de la situación y de tu reacción cuando vieras a Travis.

—Y ahora me repetirás que no merece la pena ir por él y abofetearlo. — Laimie se encaró con Alexander y cerró sus manos en puños. Arrojava contra él la rabia que sentía por momentos por no ser capaz de enfrentarse a lo que llevaba tiempo deseando hacer.

—No, no voy a repetírtelo, Laimie. —Aquella afirmación la puso en alerta. Una parte de ella se lo agradeció, la mujer que llevaba rumiando su venganza desde aquel fatídico día. Pero la otra parte, la mujer que creía estar enamorada de Alexander, sintió un pinchazo de desilusión porque él no saliera en su defensa. Porque no le dijera que lo olvidara de una maldita vez y se marchara de regreso a Blair para empezar una nueva vida. Tantas contradicciones se debatían en su mente...

—Vaya, al parecer, has cambiado de idea. ¿Qué lo ha hecho? —Laimie arqueó su ceja con recelo.

—El darme cuenta de que no puedes escapar a tu destino. Y este parece dispuesto a que te encuentres cara a cara con Travis. He tratado por todos los medios de evitar esta situación. E incluso fui a buscarte a París para que regresaras conmigo a Blair y, juntos, construir un futuro lejos de las venganzas y las cicatrices del pasado. Pero estaba equivocado —le confesó y bajó la mirada hacia sus manos, las que se frotaba por los nervios que lo atenazaban.

Laimie permaneció absorta en aquellas últimas palabras que le había

confesado.

—Tú... —la voz le temblaba y las palabras no querían acudir a su labios. Sacudió la cabeza sin poder llegar a creer lo que él le había confesado—. ¿Por qué querías que viviera contigo en Blair? —Laimie sintió miedo al pronunciar aquella pregunta. A preguntar qué sentía en realidad por ella. Si su repentina presencia en París se debía a algo más que a salvaguardarla de su destino incierto.

Alexander se quedó contemplándola con una mezcla de ternura y cariño que parecieron fundir el corazón de ella. Sonrió con cierta melancolía al recordar el tiempo que había permanecido solo en Blair desde que ella se había marchado. Ese sentimiento de vacío y de soledad que en nada tenía que ver a antes de que ella apareciera.

—Llegaste a mi vida sin avisar. Sin que yo te esperara, Laimie. Y ahora me cuesta estar sin ti. —Alexander deslizó el pulgar por el rostro de ella mientras sus ojos parecían más resplandecientes que cuando la había visto esa noche. Un ligero viento se había levantado y agitó algunos mechones rebeldes que se abalanzaban sobre su rostro. Alexander se limitó a apartarlos para devolverlos al lugar de procedencia.

—Pero... ¿me estás diciendo que viva contigo?

—Sí. Te estoy pidiendo que llenes el vacío que hay en mí. Te lo dije en una ocasión, Laimie, no soportaría perderte. No podría sobrevivir a otra pérdida como la que sufrí aquel aciago día en el que mi familia fue masacrada por los ingleses. Regresemos a Blair. Todavía hay tiempo para nosotros para...

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? —La voz ronca y el tono de sorpresa captaron la atención de Alexander. Sabía a quién pertenecían pese a haberla escuchado en una sola ocasión. El destino era cruel.

—Disculpadme, pero ¿me conocéis? —Alexander quiso dar la impresión de no saber quién era él, mientras Laimie los contemplaba de manera detenida. Sentía como su pulso ganaba velocidad de manera lenta. Cerró sus manos en puños como si fuera a golpearlo, pero la propia mano de Alexander

sujetándola por la muñeca se lo impedía.

—Nos vimos en casa del maestro de armas, McGillvrai. ¿No lo recordáis? Yo estaba terminando mi lección y vos llegasteis para tomar la vuestra. Decidme, ¿qué tal os fue?

—La verdad es que mejor de lo que esperaba. Si nos disculpáis. — Alexander quería abandonar la terraza y la casa cuanto antes. Por ese motivo, tiró de Laimie para que lo siguiera sin decir nada. Aunque a esas alturas, después de haber escuchado a Travis contar que se habían visto en casa de McGillvrai, Alexander suponía que a ella no le bastaría cualquier disculpa de por qué no se lo había contado.

Laimie tuvo la sensación de que el alma se le había caído a los pies. ¿Por qué Alexander no le había contado nada al respecto de su encuentro con Travis en casa del maestro McGillvrai? ¡Se lo había ocultado! ¡Todo ese tiempo él sabía que Travis estaba en Fort William! Una cosa era que él tratara de convencerla para que desistiera de su propósito de venganza; y otra, mentirle y asegurarle que él podría estar en el Nuevo Mundo o el continente.

—Disculpad, ¿no nos conocemos? Juraría que vuestra mirada me es conocida —dijo Travis al tiempo que se situaba justo delante de ellos e les impedía su avance. Travis contempló de manera fija a Laimie mientras la gente comenzaba a congregarse a su alrededor.

Alexander comprendió que todos sus esfuerzos por mantenerla alejada de ese momento habían fracasado.

Laimie deslizó el nudo en su garganta y sintió la frialdad ganar terreno en su semblante. Se envaró ante Travis dispuesta a correr todos los riesgos posibles. Se soltó de la mano de Alexander y se dispuso a enfrentarse a su destino incierto.

—Ya lo creo que nos conocemos —le espetó ella con rabia contenida. Hizo verdaderos esfuerzos para no intentar estrangularlo con sus propias manos.

—Deberíais refrescarme la memoria, señorita...

—Laimie McDonald —le refirió alzando el mentón en un gesto de orgullo.

Alexander no se interpuso. No iba a hacerlo porque, después de todo, ese momento había llegado y ya nada ni nadie podrían evitar su desenlace. El tono de las voces había ido congregando a más y más curiosos, entre los que se encontraban los padres de la propia Laimie. Cuando estos reconocieron a Travis, pensaron que la historia se repetía. Que de nuevo volverían a pasar por el mismo mal trago de aquel entonces.

—Vuestro nombre no me dice nada. Aunque creo recordar que el clan McDonald defendió la causa de los Estuardo —le dijo con cierta ironía, sabiendo cuál había sido el desenlace.

—En eso tenéis razón. Pero os refrescaré la memoria de dónde y cuándo nos vimos por primera vez. Vos y otro oficial inglés irrumpisteis en una fiesta en una taberna, aquí, en Fort William. Era una reunión privada con motivo de la que sería mi boda. Vos intervinisteis para provocar un duelo con mi prometido.

El semblante de Travis fue cambiando a medida que las palabras de Laimie le hacían recordar aquel momento.

—Sí, ya lo recuerdo. Vos erais la prometida de aquel endeble muchachito —le dijo sonriendo—. Reconoced que os hice un favor después de todo. Habéis ganado con el cambio —adujo haciendo un gesto a Alexander, quien apretó los dientes, furioso por aquellas palabras.

Lo que no esperaba Travis era que Laimie le cruzara el rostro con su mano delante de todos los presentes. Se quedó paralizado, contemplándola, sin poder llegar a creer que hubiera sido ella. Entrecerró sus ojos y se encaró.

—Lamentaréis lo que habéis hecho. Os lo prometo. Debí haberme divertido con vos después de acabar con el patán de vuestro prometido. ¿Queréis seguir su camino? ¿O vais a pedirme disculpas? Eso sí, hacerlo supondrá que paséis la noche conmigo, pequeña furcia.

Alexander dio un paso al frente, pero la mano de Laimie lo retuvo. Lo miró y sacudió la cabeza para que la dejara a ella. Era su destino. Su momento. Su venganza tanto tiempo anhelada.

—No voy a pedir disculpas porque no tengo nada de qué disculparme. Seréis vos quien lo haga cuando estéis con la espalda pegada al suelo y la punta de mi espada apunte a vuestra garganta.

Travis endureció el gesto ante aquella amenaza que por algún motivo no le gustó lo más mínimo.

—Mañana al alba tendréis esa oportunidad de demostrármelo. Nos veremos a las afueras de Fort William. Llevad a alguien para que os dé sepultura — dijo mirando a Alexander con toda intención.

Travis se alejó mientras se abría paso entre la multitud de curiosos que se habían congregado.

Laimie lo siguió con la mirada intentando controlar su estado de nervios. Las manos y las piernas le temblaban como nunca antes. Y de no ser por la presencia cercana de Alexander que la sujetaba por la cintura, Laimie apostaba a que acabaría sobre el suelo de la terraza. Por un instante, no pensó en nada. Estaba como ida. Sin ser consciente de lo que acababa de ocurrir.

—¿Qué has hecho, pequeña? —preguntó su padre a la vez que sacudía la cabeza sin poder creer que estuviera viviendo otra vez aquella historia.

Laimie se limitó a sonreír de manera tímida.

—Esta vez no será él quien se marche. —Su voz parecía serena, pausada y con un toque de seguridad en sí misma. Pero en su interior, algo la inquietaba. Algo que la perturbaba en demasía. Saber que Alexander le había pedido que viviera con él y no poder cumplir la aterraba.

Laimie permanecía de pie junto a la ventana mientras observaba la noche seguir su camino hacia un nuevo día. Desde que había abandonado la recepción de la autoridad inglesa en Fort William y había regresado a la de sus padres, apenas si había intercambiando un par de palabras; bien con estos o con Alexander.

Se había refugiado en su habitación sin querer saber nada más. Necesitaba estar a solas consigo misma para convencerse de que lo que había hecho con Travis era lo que en verdad deseaba. Lo que había querido hacer desde el día en que este había acabado con la vida de Fergus. No había existido ni un solo momento en que no ansiara lo que sucedería al día siguiente, con el alba. Toda su vida había cruzado por su mente en un solo instante. Y en ese momento, se decía a sí misma que merecía la pena estar de pie a las afueras de Fort William dispuesta a morir. No había olvidado que esa ocasión podía llegar. Ni había querido ver a Alexander para no pensar más en él. Y en lo que le había confesado. Ella también sentía un gran vacío que no había logrado llenar ni siquiera con ese sentimiento de venganza. Ni de las clases de esgrima. Ni de los progresos que hacía para llegar a un punto en el que pudiera estar segura de que vencería a Travis. Era consciente de que solo había una persona que podría ocupar ese vacío, y era el mismo hombre que había tratado por todos los medios de apartarla de su destino por miedo a perderla.

Alexander permanecía sentado junto al fuego, con la mirada fija en las danzarinas llamas, mientras el jefe de los McDonald permanecía a su lado con la misma actitud.

—Os agradezco a todos vuestros esfuerzos por tratar de impedir lo que sucederá dentro de unas horas. Laimie nos lo contó.

—No hay nada que agradecer, McDonald, puesto que no lo he conseguido.
—Alexander apretó los dientes y sus manos hasta que los nudillos palidieron. Su mirada era sombría.

—Era complicado hacer cambiar de idea a mi hija. Desde el día que enterré a Fergus, juré sobre tumba que no descansaría hasta acabar con su asesino. Esa ha sido su obsesión desde entonces. No le ha importado viajar a Francia con tal de seguir progresando con la espada. Y ahora, decidme, ¿creéis que puede derrotar a un hombre como Travis? Y no quiero que me disfracéis la verdad. Ni que me digáis lo que quiero escuchar. Vos sois un soldado, un hombre de honor, un *chieftain* como lo soy yo, aunque Londres pretenda abolir el sistema de clanes. Decidme la verdad.

Alexander permaneció en silencio durante unos segundos, como si sopesara el peso de la respuesta que debería dar.

—He visto a Laimie manejar la espada y debo decir que ha mejorado mucho. Incluso derrotó a Argyll en París. En un duelo amistoso, claro está. Sí. Puede vencer siempre y cuando su deseo de venganza no pueda con su frialdad y su destreza.

—¿La amáis? —la pregunta tan directa no pareció sorprender a Alexander, quien se limitó a asentir y a reclinarse sobre el respaldo de su asiento.

—Sí. No he sabido que empecé a quererla hasta que me di cuenta de que me faltaba. Que su presencia en Blair cambió mi vida y la del lugar hasta el punto que llegué a creer que no podía ser verdad. Que lo que me sucedía con ella era fruto de mi imaginación. Laimie es una muchacha que se deja querer con facilidad.

—Asegura que partirá hacia Blair cuando todo acabe.

—Le he pedido que venga conmigo.

—Ella perdió a su prometido. Y vos, a vuestra esposa.

—Sí. Es curioso que nos hayamos encontrado en medio de esta situación.

—Lo que cuenta es que nadie os separe.

—No lo haré. Quedaos tranquilo.

Alexander se convenció a sí mismo de que todo saldría como Laimie deseaba. No podía creer que el destino fuera tan cruel que lo hiciera pasar otra vez por lo mismo. No lo soportaría. Se lo había dicho a Jhonas en una ocasión, sin ser consciente del todo de que en verdad era así. Amaba a Laimie y no concebía el futuro sin ella a su lado.

No pudo evitar pasar por la habitación de ella antes de que llegara el alba. Alexander admitía que estaba nervioso como hacía tiempo que no lo estaba. Siempre había sido él quien había librado las peleas y los duelos; el que había comandado a los hombres de su clan para seguir a los Estuardo a la batalla. Por ese motivo, todo aquello le resultaba extraño. Tocó a la puerta para ver si estaba despierta.

Laimie no tardó en abrir para encontrarse con Alexander apoyado sobre el quicio, con el rostro surcado por las ojeras por no haber descansado, el pelo revuelto y la sombra de la barba en su rostro.

—¿Es la hora? —le preguntó ella a la vez que lo dejaba pasar al interior de su habitación.

—Todavía resta un poco para que la luz anuncie un nuevo día. ¿Cómo te encuentras? ¿Has logrado descansar? —Alexander entornó su mirada hacia ella con la consabida preocupación que sentía.

—¿Cómo podría hacerlo cuando mi vida está pendiente de un hilo?

—Has perseguido este momento desde que te conocí. Y has tenido infinidad de oportunidades de haberlo dejado pasar. Laimie, maldita sea. — Alexander la sujetó por los brazos y la contempló antes de atraerla hacia él y sentir que su cuerpo se fundía con el de ella en un abrazo. Luego, la besó con delicadeza, recreándose en su boca como si no quisiera que el beso se

terminara—. Me gustaría detener el tiempo para que nunca te alejaras de mi lado. Para que nunca llegara el amanecer y tú partieras hacia un destino incierto, Laimie.

—No pienses que vas a librarte de mí tan fácilmente —le aseguró golpeándolo en el hombro con su dedo.

—No quiero hacerlo.

—Necesito que sigas enseñándome esgrima. Que me ayudes a...

—Esta ha sido mi última lección. No habrá más.

Alexander la contempló de manera fija y la acomodó entre sus brazos para volverla a besar.

—En ese caso, haré gala de tus enseñanzas. ¿Estarás a mi lado?

—Siempre.

—Anoche quisiste intervenir.

—De haberme dejado, sería yo quien se batiera con Travis.

—Es mi destino. Comprende. Sería egoísta por mi parte si tú...

—Lo hubiera hecho con gusto.

—¿Por que no me contaste que habías visto a Travis en la casa de McGillvrai?

—Porque en ese momento habrías salido huyendo de mi lado hacia una muerte segura, Laimie. Si te lo hubiera contado, te habría faltado tiempo para plantarte en casa de McGillvrai y esperar la llegada de Travis. Cegada por tu venganza, no hubieras tenido posibilidades contra él. Es un soldado. No lo olvides. Se rige por la disciplina.

—Lo sé. ¿Olvidas que lo vi batirse con Fergus? Sé la clase de hombre que es.

—Tuviste valor al abofetearlo.

—Creo que lo estaba esperando. Por eso dijo lo que dijo de mí y de pedirle perdón —le recordó sintiendo que, con solo pensarlo, su deseo de consumir su venganza se acrecentaba.

—No descartes que vuelva a hacerlo para ponerte nerviosa y hacerte

cometer algún error que podría ser fatal. Mantente fría en todo momento. Solo de ese modo lograrás tu objetivo. Y si por casualidad caes herida y no puedes continuar, yo lo haré por ti y acabaré con él.

—Es de agradecer tu gesto, pero no hará falta —le aseguró, se puso de puntillas para rozar sus labios y cerró los ojos para intensificar más la sensación que él le transmitía.

—Siento decirlo, pero está amaneciendo, Laimie.

Ella volvió la mirada hacia los primeros rayos de luz que rasgaban el velo de la noche. No se soltó de Alexander para juntos ser testigos de ese momento.

—Prométeme que veremos amaneceres desde lo alto de Blair.

—Siempre que tú me prometas que seguirás a mi lado después de hoy.

Lo contempló entre el velo de las lágrimas que anegaban sus ojos y que ella luchaba por contener. Se limitó a asentir antes de besarlo una última vez y separarse para ir en busca de su destino.

El frío de la mañana los acogió nada más poner un pie fuera de la casa. El cielo, pese a que no había terminado de clarear, aparecía gris. Laimie no era supersticiosa, por ese motivo, no le dio ninguna importancia al aspecto del día. Se dirigió a la cuadra en busca de su caballo, seguida de cerca por Alexander. Le había dado un último consejo y una última artimaña por si necesitaba emplearla para salvar su vida, antes de que bajaran a comer algo y a despedirse de sus padres hasta su regreso. Ellos no querían ver el duelo. El temor a revivir lo de aquel aciago día en el que Laimie y Fergus celebraban su compromiso los tenía paralizados.

Laimie permanecía callada en todo momento. Pensativa y concentrada en lo que iba a hacer. No quería que nada la distrajera, ni siquiera una mirada de Alexander. Este no le dijo nada. La dejó hacer a su modo, sin intervenir. Avanzaron hacia el lugar convenido para el duelo, el que ya estaba rodeado por una infinidad de curiosos que se habían hecho eco de lo que iba a

acontecer.

—Vamos, Laimie, acaba con ese presuntuoso inglés.

—El orgullo de Escocia y de los McDonald están contigo, muchacha.

Eran algunas de las proclamas que le lanzaban para animarla y hacerle ver a Laimie que la gente estaba de su parte.

Al llegar al lugar, Travis y varios hombres ya los aguardaban. Alexander se apeó del caballo y, tras atarlo a un árbol, junto al de Laimie, caminó al lado de ella hasta donde se encontraba la comitiva del duelo. Travis vestía de negro de los pies a la cabeza y sonreía encantado.

—Temía que no os presentaseis —ironizó.

—¿Y perderme la oportunidad de veros arrastrándoos como una vulgar comadreja? —le rebatió Laimie. Se desprendió de su capa y dejó al descubierto su cuerpo lleno de curvas. Se había vestido con pantalones y botas altas. Una camisa de tono oscuro bajo un chaleco. El pelo, recogido con una cinta, le caía sobre la espalda. Se había puesto unos guantes finos de piel de color negro—. Caballeros. Zanjemos la cuestión.

Laimie lanzó una mirada al juez y, luego, a Travis para comprobar su talante. Ocultó sus nervios tras una máscara pétrea. Apretó los dientes y entrecerró sus ojos mientras observaba a este último. Engreído como el mismo día que había dado muerte a Fergus. Ella esperaba poderle borrar esa sonrisa del rostro.

—El duelo será a primera sangre —comenzó diciendo el juez—. Si alguno de los dos contendientes resultase herido, el doctor examinará la herida y procederá a detener el duelo o a seguir según la gravedad que revista.

—A muerte —lo interrumpió Laimie con un tono frío y sereno que sobresaltó al juez. Este parpadeó en repetidas ocasiones como si no creyera lo que había escuchado.

Alexander hizo ademán de decir algo, pero recordó que no era quién para intervenir. Era el momento de ella, y él no iba a estropearlo. Si Laimie proponía a muerte y Travis aceptaba, entonces no habría más que decir.

—¿Estáis segura?

—Si. ¿Y vos?

—Sin duda. Parece ser que tenéis ganas de reuniros con vuestro prometido. Sea, pues, a muerte.

El juez frunció el ceño, contrariado.

—En ese caso. No hay más que decir. Salvo que alguno de los contendientes necesite el servicio del médico o abandone el duelo —resumió el juez mirando a ambos duelistas—. Ocupen sus respectivos lugares.

Laimie se volvió hacia Alexander para recoger el florete que él le tendía. Sus manos se rozaron por un instante y fue él quien atrapó los dedos de ella entre los propios. La miró de manera fija.

—Ten cuidado.

Laimie asintió sin hacer ningún gesto. Deseó fundirse con él en ese instante. Besarlo y acariciarlo como no lo había hecho antes. Confesarle lo que en verdad sentía por él. Pero prefirió dejarlo pasar. No era el momento de confesiones sentimentales. No cuando la propia vida estaba en juego.

Ella se volvió para adoptar la posición de inicio del duelo, pero se encontró con que Travis no estaba dispuesto a respetar las normas. Justo cuando ella se volvía, él ya estaba tirando su primer ataque, el que Laimie logró esquivar ante su asombro.

—¡Ya veo que no pretendéis guardar el decoro de las normas! —advirtió ella. Reaccionó de manera rápida y adoptó una pose más acorde a la situación. Laimie sentía que su corazón y sus pulsaciones habían experimentado una brusca sacudida.

—No hemos venido a dedicarnos lindezas. Y puesto que vos habéis sugerido que sea a muerte, no estoy dispuesto a perder el tiempo. De manera que veamos qué tal se os da defenderos. —Travis inició un nuevo ataque simple cuyo fin era engañarla y terminar con un ataque falso doble. Pero Laimie no tuvo problemas en parar y desviar su estocada, y pasar al ataque—. Vaya, sin duda que os batís mejor que el petimetre del que fuera vuestro

prometido. Serías un digno rival para él. Pero aunque sepáis parar una estocada simple, uno no puede aprender lo que otros hemos practicado durante media vida.

Alexander observaba con toda atención el desarrollo del duelo. El intercambio de golpes era feroz. Ninguno de ellos parecía ceder terreno, lo que significaba que solo el cansancio podría hacer que uno o el otro cometiera un error. Laimie parecía tranquila y confiada en sus posibilidades. La observó hacer un ataque de glisada, uno de los ataques más ciertos de la esgrima y que obliga al contrario a ponerse en guardia.

Travis se vio sorprendido por ese movimiento, pero también por la destreza de ella. Comenzaba a pensar que aquella situación se estaba volviendo algo embarazosa para sus intereses. A continuación, ella dio una llamada con su florete y consiguió que Travis abandonara su posición de guardia. Este no podía rehacerse y pasar al ataque por mucho que lo intentaba, y todo se complicó cuando la punta del florete de Laimie lo alcanzó en su brazo izquierdo, rasgó la tela y laceró la carne. Hubo una especie de pausa en la que ambos contendientes se miraron fijamente. Luego, Travis se llevó la mano hacia la herida. Al retirarla, contempló sus dedos impregnados en su propia sangre. Sonrió de manera irónica y volvió su atención a Laimie.

—Sin duda vais en serio. Ya veo que os habéis preparado. ¿Con ese traidor de McGillvrai? —le preguntó mientras regresaba al ataque en un intento por sorprenderla. Su acero le devolvió la caricia antes recibida. La estocada fue a la altura del hombro de Laimie, lo que sobresaltó a Alexander—. *Touchée*.

Laimie sintió una ligera punzada de escozor en la zona herida, pero al momento se preparó para reanudar su duelo ante las miradas de asombro de los allí reunidos.

—Les recuerdo que podemos para el duelo y que el doctor revise las heridas —les recordó el juez mientras ambos contendientes proseguían tirando y parando estocadas en busca de la que inclinara el duelo a su favor.

Alexander esperaba que la herida en el hombro de ella no mermara las

fuerzas de Laimie. Parecía entera, firme en su disposición a acabar con Travis y enterrar el pasado de una vez por todas. La observó moverse con agilidad y rapidez, mientras que Travis estaba algo tocado porque sin duda que no esperaba que ella se batiera así.

Laimie sentía la urgente necesidad de terminar con aquello cuanto antes. Sin embargo, recordó los consejos de Alexander respecto de mantenerse fría y no dejarse llevar por su espíritu vengativo. Retrocedió unos pasos y dejó que Travis llevara la iniciativa.

—Veo que retrocedéis —advirtió entre risas.

—No confundáis mi retroceso con una retirada —le aconsejó. Volvió al ataque y lo engaño como Alexander lo había hecho con ella en una ocasión en la que ambos se batían. Laimie se movió con rapidez, tiró su estocada hasta el fondo y logró herir a Travis en el costado. Por una fracción de segundo, sus miradas se encontraron. La de ella chispeaba de emoción, de triunfo, mientras la de él era una mezcla de agónica sorpresa y temor ante la posible muerte.

Los asistentes exclamaron un grito de sorpresa cuando habían visto cómo Laimie ejecutaba aquella estocada tan certera y dejaba mal herido a Travis. Ella se rehízo, adoptó su posición de guardia y contempló a Travis contraer su rostro por el dolor de la herida. En esta ocasión, había sido una estocada más certera y dañina que el corte en el brazo. Él se limitó a sonreír.

—Vaya, habéis... vuelto a herirme... —Travis se dio cuenta de que respirar comenzaba a ser algo más trabajoso y que las fuerzas parecían querer abandonarlo debido a la pérdida de sangre—. Pero todavía no habéis acabado conmigo.

—¿Necesitáis que el doctor os atienda? —le preguntó el juez mirando con seriedad y preocupación a Travis, cuyo rostro se contraía por el dolor.

—Es a muerte, como solicitó la señorita —recordó sonriendo a Laimie una vez más.

—Entonces que así sea —le dijo ella dispuesta a tirar una estocada hasta el

fondo.

Travis la vio venir y se dispuso a contrarrestar el ataque. Pero, en esa ocasión, a Laimie no le supuso ningún contratiempo parar su estocada y desarmarlo. Travis quedó a merced de ella y sonrió de manera cínica pese a los dos cortes que tenía y a la sangre que iba perdiendo.

—Deberíais haberme pedido disculpas... ¡De ese modo habrías disfrutado como la perra que sois!

Laimie lo empujó, apoyó su bota en el estómago de Travis, y este cayó sobre la hierba húmeda por el rocío de la mañana. Su mirada era fría y cortante como el acero que esgrimía en su mano y que apuntaba al pecho de Travis. Nadie de los presentes intervino, pues el combate había sido declarado a muerte y la vencedora tenía el derecho a ejecutar a su adversario, o bien ser magnánima y perdonarlo. Pero ninguno de los allí presentes confiaba en esto último.

Alexander contempló con atención el final de aquella situación. Sabía que ella lo mataría porque había vivido para ello durante todo este tiempo.

—Os dije que no cejaría hasta veros tumbado de espaldas, con la punta de mi florete apuntándoos —le recordó mientras Travis sonreía.

—¿De verdad vais a hacerlo? ¿O vais a salir huyendo con el rabo entre las piernas como hizo el Estuardo cuando se vio perdido? —Travis no tuvo más tiempo de vida. No pudo si quiera sonreír, ya que sintió el aguijonazo de la fría muerte.

Laimie hundió su florete en el pecho de Travis de tal manera que lo dejó clavado en la tierra. Deslizó el nudo que cerraba su garganta y sintió el sollozo acudiendo a su pecho. Sintió ganas de llorar, de gritar, pero los nervios del momento la atenazaban. Sintió que una ola de calor la envolvía y la retiraba de la visión del cuerpo sin vida de Travis.

Alexander la abrazó y se la llevó lejos. Le besó el pelo, los ojos, el rostro y, por último, los labios para tratar de tranquilizarla. La sintió temblar asustada entre sus brazos. No en vano acababa de segar la vida de su mayor pesadilla.

En ese momento, ya podía seguir adelante con su vida. Podía enterrar el pasado de una vez por todas.

Laimie permanecía aferrada al cuerpo de Alexander, con la cabeza apoyada contra su pecho. Escuchaba su respiración pausada, los latidos de su corazón acompañados a los de ella. La paz y la tranquilidad de las que por fin podían disfrutar. Los dedos de Alexander se deslizaron bajo el mentón de ella y la obligaron a levantar su mirada hacia él.

Alexander se concentró en aquel par de ojos brillantes y de aspecto cristalino por las lágrimas retenidas. Sin duda alguna, ella necesitaba llorar para soltar toda la tensión acumulada durante todo el tiempo que había deseado llegar a ese punto. Travis estaba muerto y Fergus, por fin, vengando.

—Todo ha terminado, Laimie. Todo.

—He cerrado un episodio de mi vida; pero ahora empieza otro —le susurró, cerró los ojos y lo besó con suavidad, rozando la boca de él, para perderse en la ensoñación del momento.

Laimie caminaba con mucho cuidado por entre las tumbas del cementerio de Fort William mientras buscaba una en cuestión. Se detuvo frente a la lápida de Fergus y, agachándose, arrancó las malas hierbas que habían crecido y las cambió por el ramillete de flores frescas que llevaba. Le dedicó una tímida sonrisa al tiempo que pasaba su mano por la fría piedra en la que aparecía grabado su nombre y la fecha de nacimiento y de su muerte.

—¿Cómo estás? Yo sigo en el mundo, viva después de cumplir lo que te prometí el día que te enterré. Pues bien... Lo he hecho, Fergus —comenzó a decir como si en verdad estuviera hablando con él—. Cumplí mi venganza y acabé con Travis. Ahora ambos podremos descansar en paz. Te echo de menos. —Ella se detuvo para enjugarse las lágrimas que rodaban por sus mejillas y que empapaban la tela de su camisa—. No lo habría conseguido sin

la ayuda de varias personas y, en especial, de una. Alexander Murray de Atholl. Quería decirte que siento por él algo especial. Algo que me ha servido para llegar hasta el final de mi camino. Espero que lo entiendas y que me des tu bendición. Cuidará de mí, no te preocupes. Quiero que sepas que, aunque lo ame, siempre tendrás mi cariño y mi recuerdo. Espero que comprendas que debo seguir con mi vida, Fergus. Y que esto no es un adiós, sino un hasta pronto.

Laimie se limpió el rostro con el dorso de su mano antes de levantarse y contemplar la lápida por unos segundos. Luego, cogió aire y se volvió hacia el camino que conducía a la salida. Estaba en paz con ella misma. Sus fantasmas del pasado habían desaparecido en el mismo momento en el que había hundido el acero de su florete en el pecho de Travis. Y en ese momento solo quería pensar en el futuro que se abría ante ella.

Días después, castillo de Blair

Alexander permanecía de pie frente al retrato de su difunta esposa. Estaba solo en el salón, rodeado por un silencio roto por el crepitar de las llamas que ardían en el hogar. Con la mirada puesta en ella, intentaba comprender cómo era posible que Laimie hubiera llegado hasta dónde él nunca creyó que podría hacer. Se había instalado en el interior de su ser sin pedir permiso, más bien, de una manera abrupta e inesperada. Cuando él quiso darse cuenta, esa testaruda muchacha formaba parte de él, hasta el punto de arriesgarlo todo por ella.

Alexander escuchó los pasos a su espalda y supo que no eran los de Laimie. Oyó la respiración pausada de Jhonas al llegar junto a él y quedarse con la mirada fija en el retrato de su propia hija.

—¿Hablando con ella? —le preguntó sin apartar la vista ni un momento hacia Alexander.

—Creo que le debo una explicación por lo que estoy pensando hacer.

—Yo creo que no es necesaria después de todo. Estoy convencido de que estará contenta y feliz por que hayas encontrado una compañera.

—Laimie no va a sustituirla —le aseguró a Jhonas mirándolo ofuscado con esa idea, con que este pensara que él olvidaría a su hija.

—No tienes que justificarte. Además, soy consciente de que nunca lo harás. Fui testigo de cómo y cuánto la amabas. Un amor como el vuestro no cae en el olvido. Pero necesitas una mujer que te acompañe el resto de tus días, Alexander.

—¿Crees que he hecho lo correcto?

—¿Me estás pidiendo permiso? ¿Tú? —le preguntó Jhonas contemplando a Alexander sin poder llegar a creer que lo hubiera dicho—. Eres el jefe del clan Murray. No tienes que pedírmelo ni justificar que Laimie se haya instalado en Blair.

Alexander apretó los labios y asintió.

—Se me hace difícil después de todo lo sucedido. Pero sentía que debía hacerlo. Que la necesito y que no podía dejarla sola.

—Has hecho lo correcto. Por cierto, ¿dónde está? —Jhonas arqueó su ceja con suspicacia mientras observaba a Alexander sonreír.

Laimie se movía con agilidad sobre el suelo de madera deslustrado de la sala de armas. En su mano, un florete con el que ejecutaba movimientos, lances, paradas y estocadas con un adversario imaginario. Ni siquiera el sonido de la puerta al abrirse, los pasos descendiendo los escalones o la presencia de Alexander frente a ella lograron que se detuviera.

Alexander se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho. Desde esa posición, se limitó a sonreír al tiempo que la contemplaba ensimismado. Jhonas tenía razón: necesitaba una compañera para el resto de sus días. Y a fe que ella estaba delante de él. Alexander sentía la mirada de reojo que Laimie le lanzaba cada cierto tiempo, controlando sus movimientos. En un abrir y cerrar de ojos, Laimie estuvo frente a él,

sujetando el florete como si lo retara.

—Ni hablar. No pienso aceptar el reto.

—¿No quieres practicar?

—No. ¿Y tú? ¿Le has cogido gusto a la esgrima?

—Una nunca termina de aprender, ¿no es verdad? —preguntó mientras Alexander hacía una gesto de no darle importancia a ello.

—¿Qué más te da? Ya has logrado lo que buscabas. Acabaste con Travis y cerraste esa cuenta pendiente con el pasado, ¿no?

—Sí —la afirmación salió casi forzada por entre los labios de ella. Bajó la mirada y el florete, al suelo—. No sé cómo me siento. Pensé que tal vez...

—¿Te sentirías diferente? ¿Mejor? —Alexander la sujetó por los brazos para atraerla hacia él—. Deja que te diga que maté a muchos soldados ingleses en la última rebelión en Escocia porque pensaba que de ese modo la nación sería libre para elegir a su propio rey. Y mira de qué sirvió. De nada. Londres gobierna en Escocia. Y no nos queda otra que aceptarlo y llevarlo lo mejor que podamos. Cuando los soldados mataron a Meredith y a mis hijos, juré acabar con todos ellos. Pero eso no me los devolvería con vida. Matar a Travis no te ha devuelto a tu prometido.

—Pero ahora puede descansar en paz.

—¿Y tú? Durante años he vivido como una bestia enjaulada entre estos muros de Blair, sin darme cuenta de que mi odio hacia lo inglés me estaba consumiendo la vida. Tal vez Meredith te envió aquí para que me hicieras comprenderlo. Tal vez Fergus te puso en mi camino para que te hiciera ver que no merecía la pena arriesgarlo todo.

—Tuve miedo de seguir sus pasos. A una parte de mí no le habría importado.

—¿Y a la otra? —Alexander arqueó una ceja con expectación por lo que ella tuviera que confesarle.

—La otra pensaba lo mismo que acabas de confesarme; que esa venganza me estaba comiendo por dentro, sin dejarme ver la realidad. Tuve miedo de

perderte, Alexander, porque me di cuenta de que solo tú podrías salvarme.

—Creo que, al encontrarnos, nos hemos salvado mutuamente, ¿no crees? — Alexander la envolvió en su abrazo, la atrajo contra su cuerpo y la miró a los ojos como si quisiera perderse en estos. Le pasó una mano por la mejilla sintiendo la suavidad de su piel. El pulgar recorrió su rostro hasta detenerse en sus labios antes de inclinarse sobre ellos para tomarlos con delicadeza.

Laimie rodeó a Alexander, se aferró a su espalda con fuerza y determinación, y dejó que la besara y la meciera. Sintió el golpe de la pasión, de la necesidad y del cariño en un solo instante.

Se apartó de él con una sonrisa pícaro.

—¿Una última lección antes de asearnos? —le sugirió sujetándolo por la camisa para alzarse sobre las puntas de sus botas.

—Había olvidado lo cabezota que eres, Laimie McDonald —le recordó, lo que hizo que ella sonriera divertida—. No más. Tú fuiste la última lección. Y en cuanto a lo de asearnos... No tengo ninguna objeción.

—Pero... tú no necesitas, si no has hecho ejercicio.

—Conozco una manera más placentera de hacerlo para ganarme el aseo. Y siempre se puede aprender algo nuevo —le susurró en sus propios labios antes de apoderarse de ellos y escuchar a Laimie gemir de aprobación mientras rodeaba el cuello de Alexander para profundizar el beso.

AGRADECIMIENTOS

A Penguin Random House y Ediciones B por seguir confiando en Laimie Scott.

A Lola Gude, por seguir incansable al pie del cañón.

A Maribel, por su dedicación, su sinceridad y consejos. Por estar siempre ahí.

Agradecer a la correctora, Mimi, por su paciencia con mis historias, por sus sabios consejos. Gracias, por hacer mejor la historia.

Y por último, pero no menos importante, a ti, lector/@, gracias por haber llegado hasta aquí. Espero que pronto vuelvas a sumergirte entre las páginas de una de mis historias. GRACIAS por tu confianza una vez más.

Si te ha gustado

La última lección

te recomendamos comenzar a leer

Savage & Blue

de *Karen Delorbe*



PRÓLOGO

Para Regina, con cariño

Mis dos palabras favoritas en todo el mundo: Gabriel Savage.

¿Quién era? El hombre más hermoso sobre la faz de la Tierra. Mi ídolo. Mi amor imposible. Mi escritor favorito. Había comprado todos sus libros, aunque aún no me había firmado ninguno. He soñado con conocerlo desde que leí *Susurros en el tiempo*, unos años atrás. Era la mejor historia romántica del mundo.

Alguien capaz de escribir palabras tan hermosas y crear héroes que son el sueño de cualquier mujer debía de ser el hombre perfecto.

Tenía que serlo.

—¿Qué tal si es un viejo? —preguntó Lena, mi mejor amiga.

Ella me acompañaba cuando quería tomarse un descanso de sus deberes de madre. Tenía tres niños revoltosos y un esposo que se comportaba como otro hijo más.

—¿Qué tal si es feo? —continuó.

—¿No has visto sus fotos? —la interrumpí.

—Podría no ser él. Quizás usó un modelo profesional para que se hiciera pasar por él y lo promoció.

—Ya deja de decir esas cosas —la regañé, apretando el libro contra mi pecho.

No existía un hombre más bello que mi Gabe.

—¿Dejaría de gustarte si descubrieras que las fotos son falsas?

—Entiende que no me gusta. Yo amo a ese hombre —contesté, algo irritada por su actitud—. Y nada de lo que digas me hará amarlo menos. Además, aunque fuera feo, su alma seguiría siendo hermosa.

—¿Cómo lo sabes? Digo, ¿cómo sabes que tiene un alma hermosa? No lo conoces.

Aaagh. Ella siempre llevándome la contraria. Le encantaba discutir.

—¡Por supuesto que lo conozco! Por sus libros. —Le enseñé la preciosa novela que tenía entre mis manos.

Ella la tomó y leyó en voz alta:

—«Gabriel Savage nació en agosto de 1989 y estudió filología. Hizo Artes escénicas desde muy joven alentado por su madre, una famosa actriz y modelo alemana. Descubrió su amor por la literatura durante su adolescencia, gracias a su padre, y escribió varias obras teatrales antes de saltar a la fama con su primera novela, *Susurros en el tiempo*. Ese éxito de ventas lo consagró como autor de novela romántica histórica con tan solo veintidós años». Qué envidia me da.

—Sigue leyendo.

—Como si no hubieras leído esto miles de veces —manifestó sacudiendo el libro ante mis ojos. Me dio miedo que se le cayera al piso. ¿Qué tal si se ensuciaba?

—Me gusta oírlo —contesté.

Ella siguió.

—«Un año después publicó *Deseo en la noche*, un thriller romántico situado en la época de la inquisición española, que lo colocó en el puesto número uno de ventas durante meses. En años posteriores escribió otros *best sellers*: *Bajo la luna de Venecia*, *El beso de la serpiente* y *Pasión carmesí*. Sus libros han sido traducidos a más de sesenta idiomas. Actualmente, es uno de los escritores más leídos del mundo».

—Y el más guapo de todos —agregué—. Debieron poner ese dato también. ¿Sabías que es uno de los solteros más codiciados del momento?

Suspiró meneando la cabeza y caminó tres pasos delante de mí.

—Esta fila está muy lenta. —Miró su reloj, quince minutos después—. En una hora debo regresar a casa. ¿Te molesta si voy por café?

—No. ¿Me traerías...

—*Mocha* grande con chocolate y tres de azúcar —me interrumpió—. Y un *muffin* de vainilla.

Le sonreí. Me conocía mejor que nadie.

—Te quiero. —Le lancé un beso.

—Me quieres porque te alimento. —Pasó por debajo del cordón rojo que delimitaba la fila—. Regreso enseguida.

Mi estómago rugió. Con la emoción de conocer a Gabriel, me había olvidado de comer. «Bendita seas, Lena. ¿Qué haría yo sin ti?».

Miré detrás de mí. La fila se extendía por casi dos cuadras. Un gran número de adolescentes y mujeres de edad avanzada aguardaban con ansias la firma del talentoso autor de *Deseo en la noche*. Todas, esperando mirarlo a los ojos y, quizás, encontrar esa chispa de conexión entre ambos... y descubrir que él era su alma gemela.

A Lena también le gustaba, a mí no me engañaba. Solo se hacía la que no para que su esposo *cara de pescado* no se pusiera celoso.

Esperaba que ella llegase a tiempo cuando por fin me tocara el turno de encontrarme frente a frente con él.

Cada vez estaba más cerca. ¿Cuánto se tardaba uno en comprarse un café? ¿Diez minutos? ¿Quince? Habían pasado como veinte y Lena no aparecía por ninguna parte.

—Maldición —mascullé, asomándome por el costado de la fila.

Había demasiada gente y no lograba ver nada.

Me puse en puntas de pie, pero mi metro cincuenta y cinco no ayudó mucho. Me sentía un *hobbit* en la multitud. ¿Por qué Gabriel tenía tantas admiradoras? «Ah, sí», recordé. Era tremendamente guapo, con ese pelo rubio enmarcando su rostro de dios griego y esos brillantes ojos verdes. Además, era alto, delgado y elegante. Siempre me había preguntado cómo no se había decidido por el modelaje. Habría decorado mi casa entera con imágenes suyas sin camisa.

Llegó mi turno.

Me volteé un segundo, justo para ver a Lena que se abría paso por entre la gente. Le hice una seña para que se apresurara y caminé despacio para darle algo de tiempo, aunque tal vez eso no les gustara a los organizadores. Sus caras largas los delataban. Tampoco a Gabriel pareció agradaarle; con los ojos entornados tamborileaba en la mesa con su lapicera.

—Vamos, Lena, corre —dije entre dientes para luego ofrecer la mejor de mis sonrisas al hombre de mis sueños.

Debería ser ilegal ser tan sexy. Llevaba puesta una camisa negra y, ¡ay Dios!, unos anteojos que me hicieron querer lanzármele encima.

«Lucirían lindos sobre mi mesa de noche», pensé.

Cuando me tuvo enfrente, torció la cabeza y estiró la mano en mi dirección. Esperaba algo de mí: ¿mi alma?

Los tacones de Lena se escuchaban cada vez más cerca. Repiqueteaban en los pisos de cerámica.

—Con permiso, a un lado —decía.

Quizás temía que yo hiciera alguna estupidez. Solía vigilarme cada vez que salíamos, como si fuese mi madre. A decir verdad, era más madre para mí que la verdadera, a quien no veía desde hacía ocho años.

—¿Vas a darme el libro? —preguntó Gabriel, cuyos ojos me tenían embobada.

—¿Eh?

«¿Qué libro?».

—Para que lo firme —aclaró, sin el menor rastro de simpatía.

Debió de pensar que era tonta. ¿Para qué más iba a hacer fila durante tres horas con un libro en las manos? Se lo alcancé avergonzada, esperando sentir el roce de sus dedos y una corriente eléctrica en mi cuerpo, igual que ocurría en sus novelas.

El hombre ni siquiera me tocó.

—¿Tu nombre? —preguntó sin mirarme.

—Regina —suspiré.

No volvió a verme. ¡Y yo que me había preparado para él! Me había puesto un vestidito corto rosa pálido que hacía maravillas por mi figura, y sandalias de taco alto. Además me había colocado maquillaje, cosa que no solía hacer a menudo, con el único fin de enamorarlo. Creo que los labios rojo *wild* no funcionaban con este señor. Ni las minifaldas. Ni siquiera las sonrisas. ¿Sería gay como siempre afirmaba Lena?

—¡Gina, Gina! —gritó mi amiga, corriendo hacia mí y entregándome mi café caliente—. Su nombre es Gina.

Él escribió algo en mi libro y enseguida me lo ofreció.

Entonces, cuando estuve a punto de tomarlo, sucedió: Lena y yo nos estiramos al mismo tiempo para recogerlo y, de algún modo, nuestros brazos chocaron entre sí. Mi café salió volando y...

Cayó justo sobre el regazo de Gabriel Savage.

—Debe odiarme —lloriqueé, ya en casa de mi amiga.

—Nah. —Lena se despatarró en un sillón y se quitó los zapatos.

—¿Bromeas? Hasta yo me odiaría. —Me dejé caer en la alfombra. Lo que en realidad quería era tirarme dentro de un pozo y no salir hasta los ochenta años—. Ya no podré casarme con él.

—Niña, pero ¿qué estás diciendo? Mientras aún respire, tienes chance.

Su tono maternal me hacía sentir como una puberta trastornada con su primer amor no correspondido. ¿A quién quería engañar? Ese hombre jamás se fijaría en mí, ni teniéndome a medio metro de distancia. Ya lo había comprobado.

—Viste lo que pasó —musité con el rostro oculto detrás de un almohadón.

—Fue un accidente. Pudo haberle pasado a cualquiera. —Me quitó el almohadón antes de que lo empapara con mis lágrimas y volvió a dejarlo en el sofá.

Hice una mueca.

—Esas cosas solo me ocurren a mí. Soy un completo desastre.

Accidente, lo del café; pero luego me había echado sobre él con la intención de limpiarle los pantalones. ¿Qué tenía en la cabeza?

—Soy una tonta, Malena —exclamé inclinada contra su rodilla—. Y todo el mundo lo vio. No volveré a salir en público. Jamás.

—Ya... ya... —Intentó consolarme dándome palmadas en la cabeza, como si fuera un animalito—. Quizás mañana nadie lo recuerde. Y no creo que el señor Savage vaya a detestarte por eso. Seguro le han ocurrido cosas peores.

Claro, lo más seguro era que yo fuera responsable por todas ellas.

Al día siguiente, descubrí horrorizada que alguien había subido mi bochornoso accidente con el café a YouTube. Lo que me faltaba.

—Él debe odiarme —repetí, acariciando la firma que decía: «Para Regina, con cariño, Gabriel Savage».

Deseé que fuese verdad.

¿Puede la venganza unir a dos personas que lo han perdido todo tras la guerra?



Laimie McDonald está radiante ante su inminente boda. La guerra ha terminado y por fin ella puede intentar ser feliz. Sin embargo, no puede presagiar lo que el destino le tiene preparado. Días antes de sus esponsales contempla la muerte de su prometido a manos de un oficial inglés en un duelo. Laimie promete que no descansará hasta obtener lo que ha jurado:

venganza. Su maestro de armas le recomienda que viaje al norte en busca de Alexander Atholl para que la ayude a perfeccionar su estilo.

Laimie descubre a un hombre abatido por las derrotas, solitario y huraño que ha perdido a su esposa e hijos. Lo que en un principio es un continuo rechazo por su parte, irá derivando en una relación profesor-alumna con consecuencias inesperadas para ambos. Hasta el punto de que Alexander decida abandonar la vida que ha llevado por algo que ni tan siquiera sabía que necesitaba.

Laimie Scott cursó estudios de Filología Inglesa en la Universidad de Salamanca para posteriormente doctorarse en el campo de la novela histórica y la obra del escritor escocés Sir Walter Scott. Comenzó su carrera literaria publicando diversos relatos en revistas y blogs hasta que se lanzó a escribir novela romántica, género en el que lleva ya unos años publicando. En el campo de la investigación literaria colabora con varias revistas y participa en diversos eventos académicos relacionados con su especialidad.

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Laimie Scott

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-006-6

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

LA ÚLTIMA LECCIÓN

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

AGRADECIMIENTOS

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE LAIMIE SCOTT

CRÉDITOS